

“Tener agua sin tenerla”
**Organización socio-espacial y experiencias corporales en la búsqueda,
acceso y tratamiento del agua para consumo humano en el bajo San Jorge**

Monografía de grado
Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología

Director: Alejandro Camargo.

Presentado por: Silvia Natalia Corredor Rodríguez.

Semestre II-2020
Bogotá, Colombia



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

“El agua es un elemento complejo y fascinante que nos recuerda constantemente nuestra dependencia de ella y la fragilidad de nuestra existencia. Sin agua, no podemos vivir, el agua es fuente de vida, bienestar y placer, pero su presencia también puede ser problemática y amenazante”.

Convivir con el agua
Alejandro Camargo y Juana Camacho.



Tabla de contenidos

Introducción

“Somos el pulmón pero de agua de Colombia”	7
La Niña: el fenómeno natural que cambió el rumbo de La Mojana.....	9
De la perla del Fonce a la perla del San Jorge.....	15
Un viaje por las aguas del San Jorge.....	17

Capítulo 1

“Ahí hay espacio y agua”	19
1.1 La organización espacial: un elemento clave en el acceso y la clasificación del agua	20
1.2 “El agua hay que conservarla y tratarla para consumirla porque sino estamos en riesgo”.....	31
1.3 Relatos y creencias: otra forma de significar y relacionarse con el agua.....	41
1.3.1 “El que está contaminado con mercurio es el pescado, no el agua”.....	41
1.3.2 “Dicen que hay un pozo de agua bendita dentro del bosque”	43

Capítulo 2

“La autobomba se cansó”	48
2.1 “Las mujeres y los niños somos los encargados”.....	49
2.2 Experiencias corporales de mujeres: dolores y enfermedades vinculados con el agua.....	55
2.3 “Usted tiene que hacerse al agua”	63

Conclusiones

El final del recorrido	69
-------------------------------------	----

Referencias	75
--------------------------	----

Tabla de imágenes

Mapas

Mapa 1. Municipios que componen la región de La Mojana.....	8
Mapa 2. Veredas investigadas del bajo San Jorge.....	12

Imágenes

Imagen 1. San Marcos, Sucre. 2016.....	7
Imagen 2. Mapa recorrido San Marcos-Campanito. Realizado por Miguel Severiche. 2019...20	
Imagen 3. Cartografía El Torno. Realizada por Yudaldo Zambrano. 2019.....	21
Imagen 4. Cartografía Venecia 1. Realizada por Miguel Severiche. 2019.....	25
Imagen 5. Cartografía La Mancha. Realizada por Marina González. 2019.....	29
Imagen 6. Cartografía La Mancha 1. Realizada por Marina González. 2019.....	29
Imagen 7. Filtros utilizados por la población de La Mojana. Elaboración propia. 2020.....	33
Imagen 8. Tecnologías del agua. Vereda El Torno. Elaboración propia. 2020.....	33
Imagen 9. Agua del río filtrada con tinajera y cloro. Elaboración propia. 2020.....	34
Imagen 10. Conexión entre pozo y casa. Realizado por Dora Herrera. 2019.....	35
Imagen 11. Tecnologías del agua. Vereda Venecia. Elaboración propia. 2020.....	36
Imagen 12. Cartel informativo del Fondo de Adaptación. 2020.....	42
Imagen 13. Altar de la capilla de Santa Inés del Monte. 2020.....	44
Imagen 14. Cuadro del profeta Enoc. 2020.....	44
Imagen 15. Pozo y fuente de agua bendita Santa Inés. 2020.....	46
Imagen 16. Recipientes de almacenamiento. Realizado por Aura María Reinól. 2019.....	50
Imagen 17. Recipientes de almacenamiento. Realizado por Olga García. 2019.....	51
Imagen 18. Acceso al agua del río verano-invierno. Realizado por Sandra Madera. 2019.....	53
Imagen 19. Recolección de agua lluvia. Realizado por Dora Herrera. 2019.....	54
Imagen 20. Cartografía del cuerpo. Realizado por Aura María Reinól. 2019.....	56
Imagen 21. Cartografía del cuerpo. Realizado por Olga García. 2019.....	58
Imagen 22. Mural de bienvenida para el Príncipe de Noruega. El Torno. 2019.....	63

Tablas

Tabla 1. Caracterización del agua en El Torno. Elaboración propia. 2020.....	23
Tabla 2. Caracterización del agua en Venecia 1. Elaboración propia. 2020.....	27
Tabla 3. Caracterización del agua en La Mancha 1. Elaboración propia. 2020.....	30

Agradecimientos

A los habitantes de las veredas El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 de San Marcos, Sucre, quienes me abrieron las puertas de sus casas, me alimentaron, me cuidaron, me aconsejaron y me guiaron en este viaje por las tierras del bajo río San Jorge. A las mujeres mojaneras por su confianza, por permitirme conocer y aprender junto a ustedes las particularidades de esta región y las formas en que sortean diariamente el abastecimiento del agua que consumen; sin ustedes esta investigación no hubiese sido posible. Llevo en mi corazón su fuerza, templanza y el amor incondicional que entregan, no solo a sus familias, sino también a todos los foráneos que llegamos a sus tierras maravillados por sus paisajes e historias para investigar.

Quiero agradecer especialmente a la familia Severiche Herrera, a Dorita, Miguel y Neyla, quienes me recibieron en su casa durante mi estadía en campo y que desde el primer momento en que nos conocimos en diciembre de 2016, me brindaron su cariño, consejos y sabiduría. Se convirtieron en una segunda familia para mí y siempre llevaré conmigo todas sus palabras, abrazos, chistes, e ímpetu por ir más allá; estoy segura que serán la base para seguir mi camino como investigadora.

Aunque mi investigación la realicé en el bajo río San Jorge, también quiero dedicar unas líneas a las mujeres y hombres que conocí en las diferentes visitas que realicé a la región y que sin duda, forjaron mi interés investigativo en La Mojana y en este tema en particular. A las familias de Seheve, Sincelejito, Cuenca, Las Flores, El Chinchorro y Santa Inés agradezco su inmensa amabilidad y su disposición a responder las preguntas de una mujer santandereana que por primera vez se enfrentaba, maravillada, a un paisaje de llanura y a lo que Orlando Fals Borda denominó el *ethos costeño*. De ustedes guardo gratos recuerdos y enseñanzas sobre la pesca, el dominó, la hicotea, la ciénaga de La Caimanera, el sistema de canales zenú y la historia del Profeta Enoc. Espero regresar para investigar sobre estos temas y seguir descubriendo sus acciones de resistencia y adaptabilidad que se condensan tan fielmente en la figura del hombre hicotea.

A Juana Camacho y Alejandro Camargo quienes fueron mis maestros, tutores y consejeros en todos estos años de investigación en La Mojana. Gracias por confiar en mí, en mi trabajo y en mi disposición por aprender porque sin esto, mi trayectoria por esta región no hubiese sucedido. Sus investigaciones, su ejemplo como académicos y seres humanos, sus consejos e incluso regaños, fueron claves para desarrollar esta investigación y serán la base para el camino que quiero emprender como antropóloga. Agradezco también a mis docentes del programa de Antropología de la Universidad del Rosario, sus clases y reflexiones me incentivaron a entrar a este pregrado y a estar segura de que había sido la decisión correcta. A mis compañeros y colegas de la Escuela de Ciencias Humanas, que compartieron conmigo el proceso de formulación, elaboración y escritura de esta monografía. Principalmente a Carlos Sebastián Rodríguez y a Juan Antonio Cardoso pues juntos emprendimos este viaje por La Mojana, en el que nos dejamos cautivar por estas tierras que ahora consideramos nuestro segundo hogar.

Quiero agradecer a mis amigas Angie Rodríguez, María Jimena Neira, Camila Agudelo y Daniela Montes quienes me alentaron en los momentos más difíciles de este proceso, me orientaron y acompañaron en la travesía de realizar una monografía de grado. A todas las demás personas que de una u otra forma aportaron a esta investigación y a quienes ya no siguen en mi caminar, quiero agradecerles por todos sus consejos, apoyo y retroalimentación.

Por último pero no menos importante, agradezco infinitamente a Dios por iluminar mi camino, por brindarme fortaleza y compañía en momentos de angustia y soledad, principalmente en campo, y en toda mi trayectoria profesional. A mis padres, quienes son mi soporte, motor, ejemplo y maestros de vida, de quienes aprendí a ser constante, a trabajar en equipo y a brindar lo mejor de mí en cada cosa que realice. Finalmente, a mi hermana, por sus consejos, paciencia, apoyo y aliento durante este proceso y porque gracias a ella decidí luchar por este sueño de ser antropóloga.



Introducción

“Somos el pulmón pero de agua de Colombia”

Al llegar a San Marcos, Sucre, conocido como la puerta de La Mojana, uno se enfrenta a una llanura inmensa donde las aguas del río San Jorge se mezclan con el color del cielo, por lo que es difícil diferenciar dónde termina uno e inicia el otro. Sus innumerables cuerpos de agua como ciénagas, zapales y caños hacen de esta planicie una zona inundable en época de lluvias, o de “invierno”, como la llaman en la región. En 2016, se estimaba que el 49,85% del área municipal se encontraba amenazada por fenómenos hidrometeorológicos¹. Es por esto que la figura del hombre hicotea² creada por el sociólogo Orlando Fals Borda (1984), ha sido la insignia de resistencia y adaptación a la variabilidad climática de los habitantes que integran La Mojana.



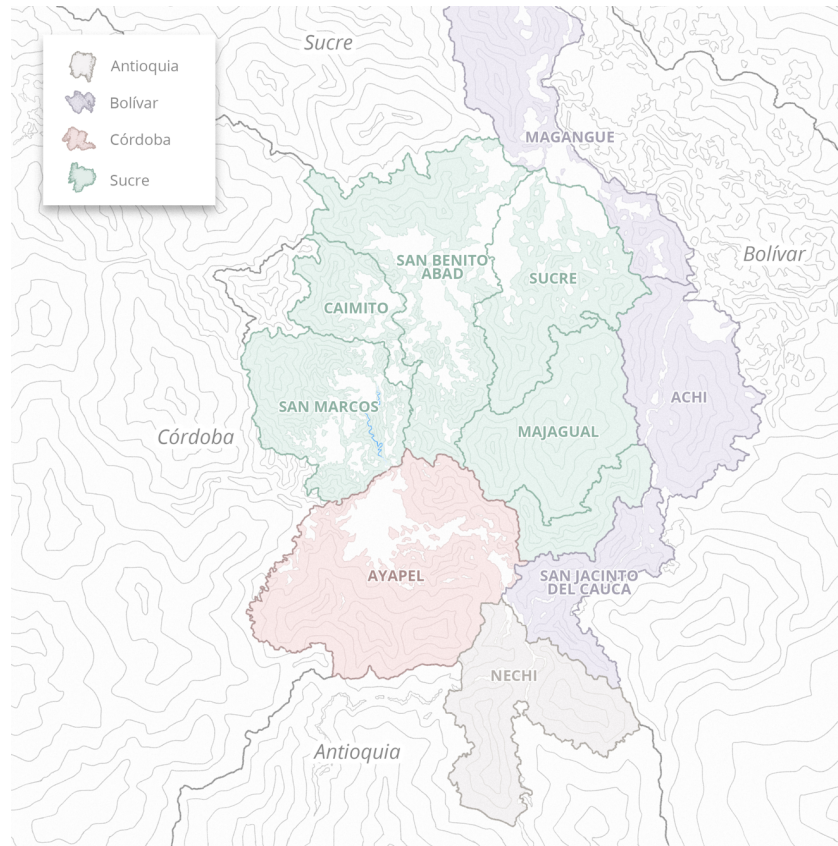
Imagen 1. San Marcos, Sucre. 2016.

La región de La Mojana es conocida como “uno de los depósitos de agua dulce más importantes del país” (Camacho, 2018: 60) porque allí desembocan los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge, y a su vez, las aguas de ciénagas y caños que conectan a los departamentos de Sucre, Bolívar, Córdoba y Antioquia (Ver mapa 1). Al hacer parte del complejo cenagoso de la Depresión Momposina, esta región se mantiene con agua todo el año, a pesar de tener temporadas de sequía y precipitación (Camargo, 2009). Por estas particularidades geográficas, La Mojana es considerada una de las zonas inundables más extensas del país, con una superficie de 75 km quedando tan solo 10,48% del terreno libre de inundación (Banco Mundial, 2012). Sucre es

¹ Tomado de la ficha territorial de TerriData del DNP: <https://terridata.dnp.gov.co/index-app.html#/perfiles/70708>

² La hicotea es una tortuga de agua dulce que abunda en la Depresión Momposina y “tiene la particularidad de enterrarse durante el verano y resistir hambre y sed” (Fals Borda, 1984: 27B). Por esta razón, la relación de este animal con los habitantes de esta región es la capacidad de sortear la variabilidad climática y el aguante ante las adversidades. Además, la hicotea es uno de los platos más famosos y apetecidos durante la celebración de la Semana Santa.

uno de los departamentos con mayor porcentaje de territorio propenso a inundaciones (42,7%), seguido de Bolívar (19,75%) y Córdoba (15,1%) (IDEAM, 2019).



Mapa 1. Municipios que componen la región de La Mojana. Elaboración: Junior Molina. 2021.

Aunque están rodeados de agua, muchas personas de esta región no tienen acceso a este recurso, ya que esta zona no cuenta con condiciones idóneas para que el agua sea de consumo humano; como dice el señor Jesús Elías Mesa es “tener agua sin tenerla”. En primer lugar, la calidad del agua se ve afectada por los desechos de las actividades agrícolas y ganaderas, y los residuos de la actividad minera realizada a orillas del río Cauca (Aguilera, 2004). En segundo lugar, las infraestructuras de acueducto y alcantarillado son limitadas en las zonas rurales, y esto ha causado una serie de retos que deben afrontar los habitantes para el abastecimiento de este recurso, entre ellos, la contaminación en los cuerpos de agua. En 2010 las inundaciones catastróficas causadas por el fenómeno de La Niña, ocasionaron grandes afectaciones en los pocos sistemas de acueducto y alcantarillado a nivel rural, y a su vez, contribuyeron a la intensificación de una preocupación nacional por los daños sociales, de salud y ambientales causados por el cambio climático.

A pesar de estas amenazas, las condiciones geográficas y la precariedad infraestructural, las personas que habitan La Mojana deben resolver a diario la necesidad de conseguir y tratar el agua para su consumo habitual. Para ello, estas personas crean, adoptan y transforman tecnologías y saberes para acceder a un tipo de agua que se adecúe a sus necesidades. Esos saberes y tecnologías incluyen el uso de cloro en piedra y recipientes para filtrar el agua,

motobombas para acceder a ella, entre otros artefactos, con los que se crean una tipología de agua basada en olores, sabores y texturas. Pero ¿cómo deciden estas personas qué tipo de tecnología usar, cuánto y de qué manera? y ¿qué significado tienen esos saberes y tecnologías para quienes deben resolver el problema del acceso al agua a diario? Por ello, mi objetivo central es comprender cómo las personas de La Mojana movilizan tecnologías y conocimientos para solventar el desafío cotidiano de acceder al agua apta para consumo humano. A partir de lo anterior, en esta monografía comprobaré que la manera como la gente de La Mojana moviliza las tecnologías y los saberes sobre el manejo del agua en el hogar no solo involucra el uso de herramientas y formas de manejarlas y entenderlas, sino que también implican relaciones socioespaciales más amplias y experiencias corporales marcadas por el género. Para emprender el camino que me llevó a resolver mi objetivo y a desarrollar este argumento, es clave conocer el impacto del fenómeno de La Niña en esta región, y los debates que esta situación suscitó entorno al cambio climático y a la gestión del agua en el país.

La Niña: el fenómeno natural que cambió el rumbo de La Mojana

En el año 2010 la región de La Mojana fue una de las más afectadas por la ola invernal denominada *fenómeno de La Niña*. Este evento natural de variabilidad climática causa mayores índices de precipitaciones, es decir fuertes y frecuentes lluvias, principalmente en las regiones Andina y Caribe (IDEAM, 2014). A raíz de esta situación, los niveles de algunos ríos del país no bajaron en los meses en los que normalmente sucede este ciclo (julio y agosto). Al contrario, sus cauces aumentaron generando grandes inundaciones y afectaciones principalmente en las regiones Caribe, Andina y Pacífico (IDEAM, 2014). El fenómeno de La Niña inició en el mes de junio, pero se fortaleció hacia finales del año 2010 e inicios del 2011 alcanzando la categoría de fuerte (DANE, 2011).

En la región de La Mojana se registraron más de 212.000 personas damnificadas por este evento, es decir, cerca del 43,4% de la población total (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2012). En el departamento de Sucre, se registraron cerca de 174.000 personas y hogares damnificados durante la ola invernal de 2010-2011 (DANE, 2011). A raíz de esta situación, La Niña prendió las alarmas no solo sobre cómo se deben afrontar este tipo de situaciones ambientales sino también sobre el déficit en el cumplimiento de los derechos del agua y saneamiento de este recurso para el consumo humano en el área rural.

Tras una situación de inundación como la que padeció la región de La Mojana, se eleva la responsabilidad del Estado en cumplir con su obligación de garantizar el acceso de agua suficiente y de calidad para las necesidades básicas de los habitantes, entre ellas, el consumo humano. En Colombia el acceso al agua debe considerarse como un derecho humano y una responsabilidad estatal garantizarlo, “un derecho social fundamental mediante el cual el Estado debe realizar las acciones positivas necesarias para garantizar el acceso al agua para satisfacer necesidades básicas a aquellos que no estén en capacidad de hacerlo” (Gómez y Rodríguez, 2013: 47). Asimismo, este recurso también es considerado como un servicio público, el cual debe ser “suficiente, salubre, aceptable, accesible y asequible para el uso personal o

doméstico”³. La calidad de este recurso debe permitir su uso a nivel personal y doméstico en labores como el lavado y el aseo propio, la limpieza del hogar, la producción de alimentos y el consumo humano sin generar enfermedades (Gómez y Rodríguez, 2013). Sin embargo, a nivel nacional, la cobertura de este servicio en el área rural es de 73,2 % frente al 97,8% en el área urbana⁴.

Con este panorama ambiental afectado por la variabilidad climática, organizaciones nacionales e internacionales comenzaron a formular diversos proyectos de intervención enfocados, principalmente, en gestión del agua. A partir de esto, comenzaron a introducir discursos sobre los hábitos y características “adecuadas” del tratamiento del agua en zonas vulnerables por la pobreza, pues de esta forma, se contrarrestan los efectos de esta situación y así, se transita el camino hacia el desarrollo de los países (IDEAM, 2019; Kakar y Thomas, 2012).

Uno de los primeros proyectos implementados en la zona se tituló “Reducción del riesgo y de la vulnerabilidad frente al cambio climático en la región de la Depresión Momposina en Colombia” y fue financiado por el Fondo de Adaptación del Protocolo de Kioto y el Fondo de Adaptación de Colombia. Además, contó con la coordinación técnica del Ministerio de Ambiente y fue implementado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (IDEAM), el Instituto Humboldt, entre otras organizaciones nacionales y locales⁵. Con este proyecto las organizaciones buscaron reducir las vulnerabilidades de las comunidades y de los humedales de los municipios de Ayapel (Córdoba), San Marcos y San Benito Abad (Sucre) por la variabilidad climática (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2012).

Durante los cuatro años de implementación, el proyecto benefició a más de 2.000 familias de La Mojana con la entrega de viveros comunitarios, rehabilitación de caños y humedales, un Sistema de Alertas Tempranas y una vivienda modelo adaptada a la variabilidad climática de la zona, ubicada en la vereda El Torno de San Marcos. Con la restauración de los humedales, las organizaciones buscaban mejorar las condiciones ecológicas y ambientales de la región y contribuir al mejoramiento “de la dinámica del agua como una medida de reducción de riesgos y protección de la población en el mediano plazo” (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2012: 2). El agua para consumo humano se contempla dentro de esta dinámica y en el caso particular del municipio de San Marcos, la cobertura de acueducto de la zona rural era del 16% en 2011 frente al porcentaje nacional de 72,86% en el mismo sector⁶. Por esta razón, las organizaciones entregaron a la comunidad unos recipientes de plástico llamados *filtros* para almacenar y limpiar el agua de consumo humano, complementando los entregados durante la inundación por la Cruz Roja.

Tras la implementación de este primer proyecto, en 2017 el Green Climate Fund (Fondo Verde del Clima) aprobó la financiación del proyecto llamado “Mejorando las prácticas de gestión

³ Tomado de la Sentencia T-740/11: <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2011/T-740-11.htm>

⁴ Tomado del Plan Director de Agua y Saneamiento Básico (2018-2030) del Viceministerio.

⁵ Tomado del Portal del PNUD-Colombia: <https://n9.cl/0iux1>

⁶ Tomado del Plan municipal de desarrollo 2016-2019 de San Marcos, Sucre.

del agua resilientes al cambio climático para las comunidades vulnerables en La Mojana”. La implementación de este proyecto está destinada a ocho años y se busca dar cumplimiento a los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en especial, al de “agua limpia y saneamiento”, creados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). En los once municipios que componen esta región, este plan ahora llamado “Mojana clima y vida” busca mejorar la calidad y gestión del uso del agua para consumo humano, para la agricultura, y restablecer “el flujo de agua natural en la región para que sirva de amortiguador para reducir los impactos de los eventos extremos mediante la restauración de las funciones del ecosistema” (Green Climate Fund, 2017: 6).

“Mojana clima y vida” se fundamenta en el estudio realizado por el Gobierno colombiano y presentado al Fondo Verde del Clima, en el que se afirma que cerca de 17 mil familias rurales de la región no cuentan con un acueducto o infraestructura adecuada para el procesamiento del agua para consumo humano. Debido a esta situación, las comunidades han tenido que recurrir a diferentes prácticas y tecnologías para transformar el agua del ambiente (río, lluvia y subterránea) en apta para el consumo. Algunas de las alternativas de tratamiento han sido el cloro en piedra, el alumbre y el límpido, acompañadas del uso de *tinaja* o *tinajera*, recipiente de barro para almacenar el agua y que por sus componentes ayuda a filtrar las impurezas del agua.

Por medio de estos elementos y técnicas, los habitantes de la región, en especial quienes están ubicados a orillas del San Jorge, han sorteado las dificultades de consumir un agua apta para el consumo humano. Con la llegada de estas organizaciones y la asignación de los filtros, se ha establecido una interacción con otros elementos utilizados previamente por los habitantes como mangueras, tanques, toldillos, paños, tejas de zinc y motobombas para acceder al agua. Asimismo, los saberes para transformar el agua en apta para el consumo han dialogado con los discursos del cambio climático y las “reglas” científicas sobre las características que debe tener este recurso para ser consumible. En ese encuentro, propiedades como el color, el olor, el sabor y la experiencia corporal con el agua juegan un papel central en la relación entre las personas y este recurso.

La llegada de organizaciones enfocadas en trabajar la vulnerabilidad al cambio climático en poblaciones rurales de La Mojana refleja una preocupación contemporánea más amplia sobre los altos índices de pobreza (Brocklehurst, 2012) y el abandono estatal (Kakar y Thomas, 2012) de los territorios en los que se presentan problemáticas relacionadas con el acceso y la calidad del agua. Por ende, investigar sobre el agua para consumo humano en esta región del Caribe colombiano permite analizar la interacción del ser humano con el ambiente a raíz de unas necesidades; y los discursos y las prácticas que se han construido desde la experiencia con este recurso y con la interacción con los proyectos nacionales e internacionales enfocados en el manejo del agua.

Las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1, del municipio de San Marcos, Sucre, son el escenario en el que se desarrolla mi investigación. Estas comunidades asentadas a orillas del río San Jorge que hacen parte de la región de La Mojana sucreña, han tejido unas relaciones

particulares con este cuerpo de agua y con las demás fuentes a las que acceden (lluvia y subterránea). Aún cuando están ubicadas a orillas de un mismo río, las prácticas e ideas relacionadas con el agua son diferentes en cada una de las veredas investigadas.

La tesis central de esta monografía radica en demostrar que el tratamiento del agua para consumo humano en zonas donde no hay acceso a este recurso, no es solo un asunto técnico sino también social en el que la *organización socioespacial* y las *experiencias corporales* se entrelazan alrededor de las tecnologías, las prácticas y los saberes sobre la gestión del agua. Esta situación nos permite pensar que las tecnologías van más allá de los objetos y su manera de usarlos, ya que se integran a las relaciones sociales, corporales y epistemológicas de quienes las usan. De esta forma, se da paso a una reflexión antropológica sobre el tratamiento del agua para consumo humano, donde las experiencias cotidianas de las personas en un entorno etnográfico, climático, social y cultural cambiante, así como los significados que construyen sobre el agua y la manera de tratarla, se vuelven centrales para la comprensión del problema más amplio del acceso a este recurso.

Desarrollaré estas ideas en dos apartados que corresponden a los objetivos específicos de esta investigación. En el primero, examino el papel de la organización espacial de las veredas (parcelas y conglomerado) en la toma de decisiones sobre el abastecimiento, la clasificación y la significación del agua, por parte de los habitantes ribereños. En el segundo, analizo las experiencias corporales de las mujeres en relación con la búsqueda, acceso y tratamiento del agua para consumo humano.



Mapa 2. Veredas investigadas del bajo San Jorge. Elaboración: Junior Molina. 2021.

Esta investigación parte de concebir que el agua fluye a través de la vida social (Orlove y Caton, 2010) y entrelaza prácticas y decisiones de apropiación (Mendoza, 2019). Esto se debe a que existen múltiples formas de entender y valorar el agua (Strang, 2019), pues al no ser un objeto singular (Barnes y Alatout, 2012), puede ser analizado desde la multiplicidad de características biofísicas y representaciones particulares (Yates et al., 2015) que varían de un contexto a otro. En este caso específico, los habitantes ribereños del San Jorge acuden a sus sentidos para clasificar y significar el agua de acuerdo a su olor, color y sabor. Por esta razón, la *materialidad del agua*, es decir, los “atributos físicos del agua que afectan su relación con el cuerpo humano y el medio ambiente, y que configuran su uso” (Orlove y Caton, 2010: 403), permite comprender el agua como un elemento interconectado con diferentes actores, niveles, significados y cambios ambientales (Orlove y Rasmussen, 2017).

En este análisis fue fundamental la forma en que están organizadas espacialmente las veredas, ya que desde allí es posible identificar la toma de decisiones sobre el abastecimiento y la clasificación del agua. Esto se debe a que en el espacio están inmersas prácticas sociales, producciones materiales, relaciones sociales (Lefebvre, 2013; Nates, 2010) y objetos naturales y sociales que se conectan para darle un sentido de pertenencia, propiedad y/o poder a un lugar (Cresswell, 2014). Sumado a esto, los habitantes de las veredas han utilizado y desarrollado una serie de tecnologías, prácticas y saberes para transformar el agua del ambiente en apta para consumo humano. Para efectos de esta investigación, entenderé la tecnología como la integración de herramientas, conocimientos y habilidades para dar forma a las acciones de sus usuarios y dominar una actividad particular (Bønnelykke, 2016; Ingold, 2000; Lemmonier, 2002; Nye, 2006; Verbeek, 2006). Por esto, los filtros, el cloro en piedra, el pozo, la motobomba, entre otros, dejan de ser simples objetos para transformarse en artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006), pues se convierten en extensiones del cuerpo útiles en el tratamiento, acceso y construcción de saberes relacionados con el agua. Sin embargo, su apropiación se da de forma diferenciada en cada una de las veredas, por lo que examinar dichos procesos es relevante para comprender las múltiples formas de entender y manejar el agua, al igual que su variación en el espacio.

Las experiencias corporales también han sido claves en el proceso de interacción con este recurso. Lo sensorial ha sido elemental para la clasificación del agua, pues desde el olor, sabor y color, las personas le otorgan significados como: fresca, *gruesa*, delgada, *mona*, clara y a partir de ello, les dan diferentes usos. Sin embargo, las experiencias corporales incluyen también el uso del cuerpo de las mujeres en su conjunto, pues han sido ellas las encargadas de abastecer el hogar⁷ y recorrer largas distancias para acceder al agua. Además, las mujeres cargan sobre sus hombros esta responsabilidad que ha tenido como consecuencia dolores y enfermedades en sus cuerpos. Las mujeres también han sido autoras de artefactos, herramientas y elementos para tratar y almacenar el agua para consumir. Aunque los hombres también han aportado a la creación y adecuación de tecnologías para transformar el agua del entorno en apta para el consumo, han sido ellas las encargadas socialmente de esta tarea, pues el uso de este recurso es central en las actividades del hogar como preparar alimentos, la limpieza y las

⁷ Entendido como “una unidad social fundamental para agrupar y compartir recursos” (Wutich et al., 2017: 2).

necesidades personales. Estas “actividades feminizadas”, como lo menciona Sultana (2011), son el resultado de una división sexual del trabajo en la que los hombres generalmente no participan, ya que cumplen el rol de abastecimiento de alimento desde la pesca o la agricultura.

Destacar la labor de las mujeres relacionada con la búsqueda, acceso y tratamiento del agua para consumo humano opera en esta investigación no desde la idealización de sus saberes y participación (Sultana, 2014; Sultana, 2018), sino con el fin de reivindicar la importancia de su trabajo en el ámbito del hogar y del manejo de un recurso vital. Asimismo, enfoco las discusiones en torno al cuerpo de las mujeres como “una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora” (Esteban, 2013: 25), aspecto que lleva a comprender la tecnología en su relación con lo sensorial y la experiencia en el proceso de creación de saberes vinculados con el acceso, búsqueda y tratamiento del agua para consumo humano.

La principal contribución de esta investigación es mostrar que detrás del agua para consumo humano, en lugares donde su acceso no es garantizado, hay un entramado de relaciones espaciales, significados, prácticas, tecnologías, experiencias y saberes locales que dialogan con proyectos y conocimientos expertos sobre el manejo del agua en el hogar, pero que se movilizan independiente de ellos. Es decir, que esta investigación invita a pensar el problema del acceso al agua para consumo humano más allá del aspecto instrumental que se resuelve con herramientas específicas, para resaltar las experiencias y decisiones cotidianas, así como la creación de conocimientos y técnicas asociadas al mundo de los significados del agua. Asimismo, la reflexión etnográfica que realicé en esta monografía sobre el agua del río, la lluvia pero en especial, el agua subterránea aporta a la deuda de la antropología y las ciencias sociales de reflexionar sobre otras manifestaciones del agua como la subterránea (Camargo y Camacho, 2019).

A nivel conceptual, mi aporte se da en dos campos que enriquecen las discusiones sobre el agua en las ciencias sociales y en la antropología. El primero de ellos está relacionado con las tecnologías, pues al considerarlas desde la perspectiva de lo cotidiano, estas se comprenden como el ensamblaje de herramientas, conocimientos, habilidades, decisiones, significados y formas de clasificar que permiten suplir las necesidades básicas del hogar y consolidar saberes relacionados con el manejo del agua. De esta forma, llevar la discusión más allá de lo meramente técnico e integrarla al ámbito social y cultural, permite comprender las tecnologías como extensiones del cuerpo marcados por el género que facilitan la interacción con este recurso. El segundo campo se refiere al aporte en las discusiones sobre la relación entre la mujer y el agua en las ciencias sociales, las cuales se han desarrollado en el campo de los estudios de género, la geografía y el género y desarrollo (Rico, 1998; Arellano, 2003). Al retomar las experiencias corporales de las mujeres relacionadas con el agua para consumo humano, se resalta su papel de administradoras de este recurso en el hogar, las consecuencias de este rol traducidas en dolores en sus cuerpos, y comprender el acceso y tratamiento del agua como un asunto corporal y sensorial marcado por el género.

De la perla del Fonce a la perla del San Jorge

A finales del año 2016 visité por primera vez la región. Llegué al municipio de San Marcos como asistente de investigación de dos mentores que llevan trabajando muchos años en la zona. Durante una corta semana realizamos un taller sobre los tipos de agua en la región y en esta oportunidad conocí a Miguel Severiche y Dora Herrera, dos habitantes de la vereda de Venecia 1 de San Marcos, quienes tres años más tarde, se convirtieron en mis guías y hasta papás durante el trabajo de campo de esta investigación.

Regresé a la región al siguiente año en el marco de una Escuela de Campo del programa de Antropología de la Universidad del Rosario. Nuestra visita coincidió con el desarrollo del proyecto “Rehabilitación del ecosistema de humedal en la región de La Mojana para mitigar el efecto de las inundaciones” implementado por el Instituto Humboldt. Gracias a esto, pudimos integrarnos, durante un mes, junto al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) a este proyecto. Este estuvo enfocado en la restauración y recuperación de humedales de los municipios de San Marcos, Ayapel y San Benito Abad afectados por la variabilidad climática. En esta oportunidad, visité la comunidad Sincelejito de Ayapel y las veredas Cuenca y Las Flores de San Marcos.

A raíz de estas experiencias de investigación, en el año 2019 decidí regresar, esta vez sola, a desarrollar mi propia indagación para mi monografía de grado en antropología. Soy una mujer santandereana, oriunda de San Gil, Santander, municipio conocido como “La Perla del Fonce” por tener al río Fonce como arteria fluvial. Por primera vez, después de haber visitado en dos ocasiones el municipio de San Marcos leí en su entrada un gran letrero que decía “Bienvenidos a la Perla del San Jorge”. Esta frase me hizo sentir como en casa y darme cuenta que iba por buen camino. Aunque sus cauces no se unen, sentí que las aguas del río Fonce me estaban guiando hasta el San Jorge para investigar y navegar las paradojas sobre el acceso a este recurso en contextos particulares como el de La Mojana sucreña.

Para esta nueva visita a la región, me hospedé en la casa de Miguel Severiche y Dora Herrera ubicada a orillas del San Jorge. Durante dos meses recorrí en moto y caminando el *terraplén*⁸ que conecta las veredas de El Torno, Venecia y La Mancha en las que centré mi investigación. En esta ocasión, tuve la oportunidad de adentrarme más a la cotidianidad de las familias mojaneras y conocer de cerca las actividades relacionadas con el acceso, búsqueda y tratamiento del agua.

En Venecia 1 y La Mancha 1, veredas organizadas en parcelas, pude observar la relación de sus habitantes con el río San Jorge, la cual está mediada por el uso de motobombas para acceder a sus aguas y dirigir las, por medio de mangueras, a los cultivos y animales. Asimismo, conocí el proceso de recolección del agua lluvia utilizada en estas dos veredas para el consumo, el cual integra tejas de zinc, un toldillo y el recipiente de almacenamiento. En El Torno, vereda

⁸ Un terraplén es un montículo de tierra que se construye para evitar inundaciones en época de invierno cuando los niveles del río aumentan.

organizada en conglomerado, acompañé a algunas mujeres al río San Jorge a recolectar agua de allí y observé de cerca el proceso de tratamiento de este recurso con el cloro en piedra, al igual que los diferentes recipientes de almacenamiento como las tinajeras y los tanques de concreto y plástico. Todas estas actividades de la cotidianidad relacionadas con la búsqueda, acceso y tratamiento del agua, en un contexto donde la población ha sorteado con garras y coraza fuerte, como la hicoatea, las adversidades climáticas y ambientales del territorio, me brindaron un escenario en el que la observación participante funcionó como “una técnica de producción de datos [en la que] el etnógrafo observa las prácticas o “el hacer” de los agentes sociales [...] y a la vez participa en el desarrollo de estas prácticas de diferentes maneras y en distintos grados” (Jociles, 2018: 126). Lo participativo de mi observación fue colaborar con las tareas de acceso a este recurso, probar los sabores del agua después de su tratamiento e integrarme al conocimiento de las prácticas sociales, por medio de esta técnica (Jociles, 2018).

Como bien es sabido en el campo de la investigación social, en la mayoría de los casos, los planes o cronogramas planteados antes del viaje no son definitivos ni rígidos porque al llegar al territorio, sus realidades se encargan de darle un vuelco radical y abrir nuevas preguntas. Sin duda, mi caso no sería la excepción. En la formulación inicial de esta investigación, no había contemplado a las mujeres como foco de mi análisis. Sin embargo, la experiencia de trabajo de campo me direccionó a tejer una relación estrecha con las mujeres de las tres veredas, por medio de entrevistas y visitas, la cual me permitió tener un acercamiento a sus saberes y experiencias corporales relacionadas con el acceso, búsqueda y tratamiento del agua para consumo humano. A través de entrevistas a profundidad, las cuales fueron realizadas durante el desarrollo de actividades del hogar como la limpieza o preparación de alimentos, tuve acceso a una escena adicional de observación participante en la que pude obtener datos objetivos y subjetivos (Beaud, 2018) de las actividades relacionadas con el agua.

Asimismo, gracias a estas experiencias y los consejos aportados durante las entrevistas y los ejercicios de observación participante, logré no enfermarme durante mi estadía por el consumo de agua. De igual forma, logré conocer un nuevo campo de investigación con el que tuve un acercamiento sensorial que me llevó a reflexionar (Guber, 2005) sobre mis propias experiencias corporales con el agua. Lo anterior, me motivó a integrar a esta investigación mis notas de campo y experiencias con el agua (Emerson, 1995) porque se convirtieron en un insumo de análisis respecto a los saberes de las mujeres sobre el uso y tratamiento de este recurso.

De esta forma, la presente investigación fue tomando su propio cauce y yo terminé dejándome guiar por él, descubriendo una serie de paradojas, saberes y contrastes interesantes respecto al manejo del agua en el hogar. Para sortear este nuevo camino que se abría ante mí, en medio de caminos polvorosos y otras veces algo inundados por las lluvias, me basé en herramientas de investigación cualitativas de corte etnográficas para acercarme a la realidad de estas comunidades del bajo San Jorge. La particularidad y utilidad de dicho enfoque para esta investigación es que me brindó la posibilidad de “comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros” (Guber, 2001: 5) y así, desde la escritura poder hilar las experiencias de los habitantes de esta región con las discusiones teóricas ya mencionadas.

A partir de la herramienta de líneas de tiempo, pude acceder a un panorama general de la creación de cada una de las veredas y los sucesos centrales relacionados con el agua para consumo humano. Algunos de ellos son la construcción de los pozos, las inundaciones, el acceso al servicio de energía eléctrica y la llegada de organizaciones internacionales. La cartografía social fue otra herramienta utilizada porque desde “la organización y acción alrededor de un espacio físico y social específico” (Vélez et al., 2012: 62) pude tener un acercamiento, en perspectiva, sobre los retos y dificultades en el acceso y búsqueda del agua para consumo humano. Durante mi estadía en las veredas del bajo San Jorge, desarrollé este ejercicio con líderes y amas de casa de las tres comunidades investigadas logrando identificar elementos claves, a nivel de organización espacial, que inciden en las formas de acceso y clasificación del agua.

El ejercicio de cartografía social tuvo un alcance de mapeo colectivo (Vélez et al., 2012) en el que las mujeres y sus hijas identificaron la distribución de recipientes de almacenamiento de agua, la ubicación de las fuentes de acceso (pozo o río) y los elementos de conexión y distribución como las mangueras. A raíz de este ejercicio, desarrollé tres cartografías del cuerpo en el que las mujeres de la vereda El Torno señalaron las partes de sus cuerpos más afectadas por el acceso y búsqueda del agua, debido al peso y traslado de los recipientes cargados con este recurso. Todas estas herramientas se convirtieron en aliadas en el desarrollo de esta investigación porque con ellas pude recopilar y tejer las experiencias corporales, relatos, saberes y la forma de organización espacial de los habitantes del bajo San Jorge con las discusiones analíticas expuestas a continuación.

Un viaje por las aguas del San Jorge

El argumento central de esta investigación lo desarrollo en dos capítulos, los cuales serán referenciados como un viaje por las aguas del río San Jorge, en dos partes. El primero enfocado en la organización espacial y el segundo, en las experiencias corporales de las mujeres. El primer capítulo o parte de este viaje se titula “Ahí hay espacio y agua” y argumentaré que el tratamiento del agua para consumo humano está mediado por la forma en que las personas se organizan espacialmente en un territorio, pues a partir de esto, crean diferentes experiencias, tecnologías, relatos y clasificaciones en torno al agua. A pesar de estar ubicados a orillas del mismo río, los habitantes de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 no tratan, ni usan ni entienden el agua de la misma manera que la de sus vecinos, y esto se debe a hábitos, saberes y a las posibilidades de acceder al agua subterránea, considerada la ‘más apta’ para el consumo. Esta primera parte consta de tres puntos importantes en el que narro las particularidades de cada vereda, las prácticas y tecnologías utilizadas para el tratamiento del agua para consumo, y los relatos que se han creado alrededor de este recurso. A partir de estos relatos, los habitantes han moldeado sus prácticas, saberes e ideas referentes al agua en un contexto geográfico particular como La Mojana sucreña.

El segundo capítulo recibe el nombre de “La autobomba se cansó” planteo que el acceso y el tratamiento del agua para consumo humano no solo es un proceso técnico sino también corporal, pues en el cuerpo se inscriben lo sensorial y los dolores relacionados con la

clasificación, búsqueda y tratamiento de este recurso. Esto se debe a que el cuerpo es “una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora” (Esteban, 2013: 25), la cual opera como fuente de conocimiento para la toma de decisiones frente al tratamiento y para determinar la calidad del agua. Estos procesos de corporización se generan, principalmente, en las mujeres quienes son las encargadas de abastecer el hogar con este recurso para usos domésticos, sanitarios y de higiene (Martínez & Minaverry, 2008), y a su vez, para suplir necesidades relacionadas con el agua como la alimentación y la hidratación. Esta segunda parte del viaje la desarrollaré en tres puntos importantes: la responsabilidad de las mujeres en el abastecimiento de agua para consumo humano, las experiencias de dolor, y la adaptación del cuerpo humano frente a este recurso.

A partir de un análisis a escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015) reconoceré y haré explícita la interrelación con los niveles locales, nacionales e internacionales en los que se encuentra inmersa la problemática sobre el acceso y calidad del agua para consumo humano en el bajo San Jorge. Así que póngase cómodo, abroche bien su salvavidas y emprendamos este viaje por las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 llamado: “Tener agua sin tenerla”: organización socio-espacial y experiencias corporales en la búsqueda, acceso y tratamiento del agua para consumo humano en el bajo San Jorge.



Capítulo 1: **“Ahí hay espacio y agua”**

A orillas del río San Jorge se han asentado diversas comunidades a lo largo del tiempo, entre ellas El Torno, Venecia y La Mancha. La cotidianidad de los habitantes de estas veredas va al ritmo del río y de sus cambios estacionales (verano-invierno) hasta el punto de ingresar a una relación cíclica con sus aguas y las demás que los abastecen, como la subterránea y la lluvia. Aunque estén al borde del mismo río, cada una de las comunidades integradas en esta investigación tiene relaciones particulares con este y con los diferentes recursos hídricos a los que pueden acceder. Por esto, el argumento de este capítulo es que el tratamiento del agua para consumo humano está mediado por la forma en que las personas se organizan espacialmente en un territorio, pues a partir de esto, crean diferentes experiencias, tecnologías, relatos y clasificaciones en torno al agua. A pesar de estar ubicados a orillas del San Jorge, los habitantes de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 no tratan, usan ni entienden el agua de la misma manera que la de sus vecinos, y esto se debe a costumbres, saberes y a las posibilidades de acceder al agua subterránea, considerada la ‘más apta’ para el consumo.

A través de un viaje por las aguas del San Jorge, vena fluvial que une estas tres veredas, realizaré un análisis comparativo sobre la forma en que los habitantes de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 clasifican, conceptualizan, significan y utilizan el agua del río, la lluvia y la subterránea. Asimismo, analizaré la interrelación entre prácticas, tecnologías y conocimientos a partir de las particularidades de cada vereda. Esta primera parte del viaje tendrá tres puntos importantes. En el primero llamado ‘La organización espacial: un elemento clave en el acceso y la clasificación del agua’ abordaré la influencia de la organización espacial de cada vereda en el acceso y clasificación de este recurso a partir de un análisis comparativo.

En el segundo punto titulado “El agua hay que conservarla y tratarla para consumirla porque sino estamos en riesgo” pondré en discusión las prácticas y tecnologías del agua utilizadas en cada vereda, las similitudes y diferencias entre ellas, y la influencia del servicio de energía eléctrica en el acceso al agua subterránea y en las dinámicas de consumo de este recurso. El tercer y último punto de la primera parte de este viaje, lo llamo ‘Relatos y creencias: otra forma de significar y relacionarse con el agua’. En él retomaré las narraciones sobre la contaminación del agua por mercurio y la historia del Profeta Enoc quien bendijo una fuente de agua en el corregimiento de Santa Inés del municipio de San Marcos. A partir de estos relatos, los habitantes de estas veredas han moldeado sus prácticas, saberes e ideas referentes al agua en un contexto geográfico particular como La Mojana sucreña. El cauce que guiará la primera parte de este viaje serán las decisiones que hombres y mujeres toman a diario para sortear las adversidades ambientales y sociales que se presentan en relación con el abastecimiento, tratamiento, uso y significación del agua para consumo humano en la región.

1.1 La organización espacial: un elemento clave en el acceso y la clasificación del agua

“Lo que hemos denominado lugar, es aquel que las sociedades organizan para hacer funcionar sus valores, es la inscripción de un código (social) sobre el espacio”
(Nates, 2010: 225).

Al hablar de organización espacial se alude a las discusiones en torno al espacio y al territorio, en las que están inmersos elementos como las prácticas sociales, la producción material y las relaciones sociales (Lefebvre, 2013; Nates, 2010). La unión de estos elementos da paso a la intervención del espacio, en diferentes escalas, en las que se integran objetos naturales y sociales que se relacionan para darle un sentido, ya sea de pertenencia, propiedad y/o poder a un lugar determinado (Cresswell, 2014; Lefebvre, 2013). En este caso particular, la organización espacial de las comunidades de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1, al igual que su historia de fundación, se relacionan con la forma como sus habitantes acceden, se relacionan y clasifican el agua.

Analizar la forma en que están organizadas espacialmente estas comunidades ribereñas nos lleva a comprender cómo el agua fluye a través de la vida social (Orlove y Caton, 2010) y entrelaza prácticas y decisiones de apropiación (Mendoza, 2019) de este recurso. Al enfatizar en la historia de cada una de las veredas, se podrá interpretar la relación del cambio espacial con la transformación de experiencias relacionadas con el agua, por parte de los habitantes de estas comunidades. Para esto, iniciaré explicando cómo se llega a cada una de las veredas investigadas del bajo San Jorge, sus particularidades y la clasificación que hacen del agua que los rodea para así determinar cuál es la más apta para el consumo humano.

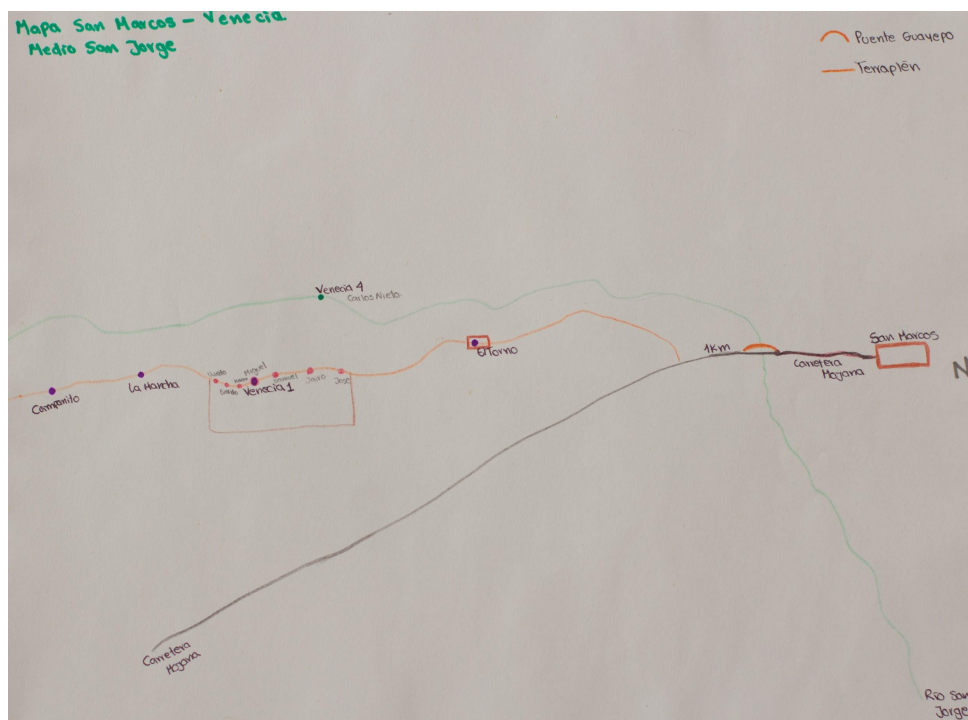


Imagen 2. Mapa recorrido San Marcos-Campanito. Realizado por Miguel Severiche. 2019.

Para llegar a las comunidades ribereñas de El Torno, Venecia o La Mancha desde el municipio de San Marcos hay dos opciones: carretera o río. Para la primera, se toma la vía que conduce a Majagual, a La Mojana, y al pasar el puente Guayepo a un kilómetro, aproximadamente, al costado derecho hay un desvío para tomar una carretera destapada. Este recorrido toma menos tiempo, en él se puede disfrutar del paisaje de las cosechas de arroz, de las cabezas de ganado cebú y búfalo y en algunos tramos, se alcanza a observar el río San Jorge. Esta vía es un *terraplén*⁹ que fue construido como barrera entre los asentamientos humanos y el río, y que también es utilizado como ruta para la ganadería trashumante.

La segunda opción, aunque toma más tiempo, es una de las que más se disfruta. El *yonson*¹⁰ se puede abordar desde las 5 a.m. en el puerto del municipio. La brisa fresca de la ciénaga golpea el rostro de los viajeros que intentan ubicarse en medio de costales con comida, maletas, encargos, cantinas para recoger la leche y demás equipaje que acarrea “el lechero”¹¹. Cuando las aguas de la ciénaga se mezclan con las del río San Jorge, se observa el inicio de un camino serpenteado en el que, en sus orillas, se encuentran cultivos de plátano, arroz, algunas cabezas de ganado y las pequeñas comunidades que se han asentado allí a lo largo de la historia.

Tras cuarenta minutos de camino, aproximadamente, se encuentra El Torno, una comunidad ribereña que recibe su nombre por estar ubicada en una curva del río. Cerca de 100 familias viven en este lugar, el cual cuenta con un pozo subterráneo de 84 metros de profundidad, un tanque elevado de 10.000 litros, un centro educativo y una sede del bienestar familiar. Como se observa en la cartografía realizada por el señor Yudaldo Zambrano, a El Torno lo atraviesa la tubería principal, que sale del pozo subterráneo y llega hasta la última vivienda del caserío. A lo largo del trayecto, se pueden observar una serie de mangueras direccionadas a cada casa. Aunque existen más viviendas en El Torno de las que están dibujadas, aparecen tan solo algunas debido al tamaño del papel y por decisión del autor del mapa.

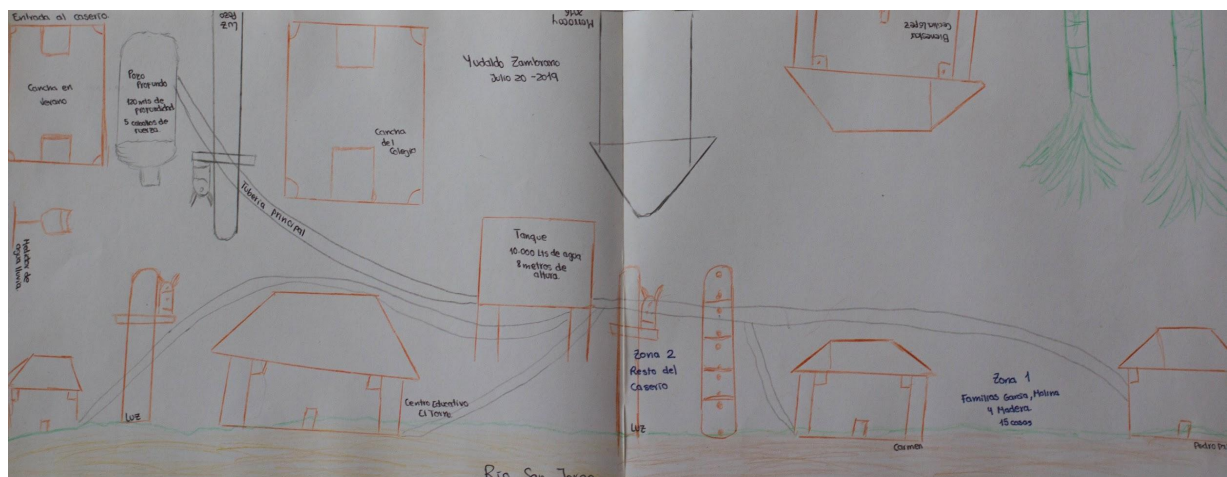


Imagen 3. Cartografía El Torno. Realizada por Yudaldo Zambrano. 2019.

⁹ Un terraplén es un montículo de tierra que se construye para evitar inundaciones en época de invierno cuando los niveles del río aumentan.

¹⁰ Son pequeñas chalupas o botes a motor. Reciben este nombre por la marca del motor Johnson.

¹¹ El *yonson* también recibe este nombre porque es utilizado para recolectar la leche de las fincas a borde del río.

En el ejercicio de cartografía con el señor Yudaldo Zambrano, se estima que el caserío fue creado a mediados de la década de 1950 y diez años después, estaban asentadas 12 familias. Cada una de ellas se fue organizando a partir de la cercanía con el río y de la altura de la tierra, sin ningún orden estipulado. Para esa época, recuerda el señor Yudaldo, había más abundancia, mucho pescado y más tierra para cultivar *chopos*, mangos y para criar puercos. Con el paso del tiempo, el número de familias aumentaba, la tierra escaseaba y los cultivos de pancoger terminaron sembrados en tierras arrendadas. La cría de puercos sí se mantuvo, a pesar del poco espacio que tenían, pues año a año iba aumentando hasta llegar a ser más de 100 familias en el caserío. A raíz de la organización de las casas y la falta de espacio, el pozo subterráneo se construyó por la entrada terrestre del caserío, porque como relata el señor Yudaldo Zambrano “acá la mayoría de gente no tenía para dar el espacio, entonces lo consiguieron con el señor Aníbal Monterroso y se buscó afuera porque como acá hay fosas sépticas, de pronto esas aguas penetraban el pozo”.

La construcción del pozo finalizó el 25 de agosto de 2006, tras dos meses de trabajo, y se gestó gracias a que fue parte de las promesas de campaña a la alcaldía del señor Ismael Zuleta. El señor Yudaldo participó en la construcción del pozo y cuenta que el arquitecto de la obra fue un señor de Sahagún que empleó a cinco habitantes de El Torno. El pozo funciona con una motobomba de dos caballos de fuerza y tuvieron que instalar dos postes de luz con codificadores para su actividad. El manejo del pozo está a cargo de la Junta Directiva de la Asociación de Mujeres Campesinas, pescadores y Agricultores de El Torno (ASOCANTOR) y la Junta de Acción Comunal del caserío. Todos los días se bombea durante tres horas (7:30 a.m. a 10:30 a.m.) para que las personas recolecten el agua necesaria para las labores del día.

Con la construcción del pozo subterráneo en 2006, los habitantes de El Torno comenzaron a abastecerse de esta agua, ya que antes utilizaban la del río y algunas veces la lluvia. Aunque una parte de la población continúa consumiendo agua del San Jorge, en especial los adultos mayores, el ingreso del pozo ajustó las dinámicas del caserío frente al acceso, la clasificación y la preferencia de este recurso. Cada una de ellas (subterránea, río y lluvia) se clasifica a partir de su color, olor y sabor, el cual cambia según la época del año (verano e invierno). Estos atributos físicos del agua “afectan su relación con el cuerpo humano, el medio ambiente y configuran su uso” (Orlove y Caton, 2010: 403). Es decir, la materialidad del agua entra a jugar un papel relevante en las relaciones que se desarrollan entorno al agua (Barnes y Alatout, 2012) y en la multiplicidad al momento de entenderla y otorgarle un valor (Strang, 2019). En la siguiente tabla se encuentran organizados los tres tipos de agua, las descripciones más comunes de los habitantes de El Torno, los usos y el tratamiento que le dan a cada una de ellas. Este último aspecto se desarrollará a profundidad en el apartado 1.2 de este capítulo.



	DESCRIPCIÓN	USOS	TRATAMIENTO
POZO	Para algunas personas, es clara, limpia, dulce, fresca, blanca, es decir, transparente. En verano es amarga y salada. Para quienes solo consumen agua de río, el agua del pozo es verde, babosa, sabe a <i>maluco</i> porque está estancada.	Lavado de ropa, labores de la cocina y consumo diario. Desde que existe el pozo, el acceso al agua se facilitó porque llega directamente a las casas, a través de la <i>pluma</i> (llave).	Se debe mantener tapada para que dure por varios días. Para que se mantenga, algunas personas le agregan cloro líquido. A las plumas, le colocan una tela para que "cuele" el agua.
LLUVIA	Trae parásitos, sabe a ceniza, es negra pero fría y fresca. Es buena para lavar porque da espuma. "Si viene de arriba, es buena", afirma una habitante de la vereda.	Se utiliza para lavar, nada más. No se recoge para el consumo porque las latas de zinc de las casas son muy sucias.	El recipiente en el que se recogerá tiene un toldo para "colar" el agua y evitar que se le entren animales.
RÍO	Se caracteriza por ser dulce, fresca, sabrosa, viva porque corre, magnífica. Según la época del año tiene un color y sabor particular.  Clarita, dulce, fresca, verde.  Mona, amarilla, café, sucia, negra, <i>curtía</i> por la tierra.	Las personas que viven a orillas del río, la consumen. También la utilizan para lavar la ropa. Antiguamente se lavaba directamente en el río, ahora la trasladan hasta sus casas.	Utilizan cloro en piedra para <i>clarearla</i> , es decir, que el sedimento quede al final del recipiente. Luego de esto, se almacena en tinajeras o en tinas de plástico. Antiguamente, utilizaban tuna rayada para tratar el agua.

Tabla 1. Caracterización del agua en El Torno. Elaboración propia. 2020.

Como se puede observar en la Tabla 1, las descripciones de cada una de “las aguas” están mediadas por factores como la estación del año (verano-invierno), el color, el sabor y la preferencia de consumo de las personas. Quienes aún beben agua del río, describen de forma negativa el sabor y aspecto del agua de pozo, pues según ellos, no se han acostumbrado y les ha generado molestias estomacales. Además, las características de “amarga y salada” que se le otorgan al agua del pozo en verano están relacionadas con los tubos de metal que la extraen. La mayoría de los habitantes de El Torno manifestaron su molestia ante el rechazo de cambiar los tubos por unos de material PVC para evitar ese sabor y el “acentón amarillo” que deja en los recipientes. La Junta de Acción Comunal es la que recibe dichas quejas y expresan que “los tubos de hierro no se pueden cambiar porque vienen enroscados y son los que aguantan la presión del agua”. En cambio, si se utilizaran tubos PVC, como lo solicitan los habitantes, la presión de la electrobomba los reventaría e inmediatamente, el pozo quedaría inservible. Sin embargo, para contrarrestar los efectos de los tubos de hierro, la Junta solicita a la Alcaldía de San Marcos un mantenimiento profundo al pozo cada uno o dos años.

A pesar de esta situación, los habitantes de El Torno que prefieren consumir el agua del pozo en vez de la del río basan esta decisión en los discursos sobre contaminación que se han instaurado en la zona. A raíz de la actividad minera realizada a orillas del río Magdalena y Cauca, residuos nocivos como el mercurio, el arsénico y el plomo llegan a las aguas del San Jorge, generando afectación en la salud humana y ambiental (Camacho, 2018). De igual manera, con la inundación de 2010-2011 las alertas sobre la contaminación del agua se activaron. El señor Antonio Madera, habitante de El Torno y presidente de ASOCANTOR, menciona que:

Cuando hubo la inundación 2010-2011, las aguas quedaron muy afectadas con el mercurio, toda la zona del río San Jorge, entonces desde ahí comenzamos a recibir capacitaciones del Fondo de Adaptación. Nos repartieron tanques para recolectar agua lluvia en vez de agua del río, pero hay ciertas personas que están acostumbradas a la del río.

Aunque en el año 2017, el Fondo de Adaptación entregó algunos tanques de almacenamiento de agua lluvia para contrarrestar las dificultades de acceso al agua, los habitantes de El Torno no la recogen ni consumen. Según personas de la vereda, las tejas de zinc del caserío están muy sucias y recoger el agua lluvia demanda más tiempo. En cambio, con el agua del pozo, es abrir la *pluma*¹² y listo. Además, existe un mito sobre el agua lluvia. Una habitante de la vereda, en una entrevista informal, me comentó que el arcoíris toma la lluvia y luego la derrama llena de parásitos y pescaditos. Al comentar esta historia con más personas me confirmaban que era verdad y que por esto tampoco la consumen, porque está llena de parásitos y microorganismos que pueden causar enfermedades.

La posibilidad de acceder a diversas fuentes de agua para abastecerse y otorgarle características diferenciadas, según la época del año, refleja una relación estacional entre el agua y quien la consume. Es decir, se forjan vínculos particulares a partir de la materialidad del agua (Yates et al., 2015). En la Tabla 1 se puede observar cómo el agua del río, en verano, es clarita, dulce, fresca y verde; mientras que en invierno es amarilla y sucia. En conversaciones informales, los habitantes del caserío manifestaron que en verano no es necesario tratar el agua del río, sino que se puede consumir directamente, pues su aspecto es “claro y transparente”. En cambio, en época de lluvias, el agua del río hay que tratarla para poder utilizarla, ya sea para consumo o cualquier actividad en el hogar, pues la carga de sedimento y tierra no permite que ésta pueda ser utilizada inmediatamente. Por ende, relacionarse con el agua desde la heterogeneidad, es decir, desde las múltiples fuentes y características otorgadas a cada una (subterránea, río y lluvia), permite que se construyan valores y prácticas particulares (Walsh, 2018) alrededor de estas. En el segundo apartado de este capítulo analizaré a profundidad la relación de la materialidad con las tecnologías destinadas al tratamiento del agua para consumo humano.

Ahora bien, en las comunidades de Venecia y La Mancha es mayor el consumo de agua lluvia que la del río. Mi hipótesis es que esta decisión está relacionada con el lugar de procedencia de las personas que habitan estas veredas, sus labores y trayectorias. Las personas que actualmente viven en Venecia y La Mancha llegaron allí para la década de 1990 provenientes de diferentes partes del país, en especial, de los departamentos que componen la región de La Mojana (Antioquia, Bolívar, Córdoba y Sucre) debido a un proceso de repartición de tierras a orillas del San Jorge (Camacho, 2018). Al entender los lugares en términos de interacciones sociales (Massey, 1994), quienes provengan de contextos de sabana, montaña o costa tienen unas relaciones particulares con los recursos del entorno y a su vez, unas prácticas, en este caso, referentes al acceso y consumo del agua. Por ende, al movilizarse a un nuevo lugar, las prácticas de consumo y tratamiento de este recurso se trasladan e incluso, se adaptan a las nuevas condiciones geográficas. Miguel Severiche habitante de Venecia 1 mencionó en una entrevista:

¹² Nombre que recibe la llave del agua.

Nosotros casi nunca tomamos agua del río. Yo siempre he sido muy precavido y traía de El Torno o La Mancha, de donde tenían acueducto para consumir. A nosotros nunca nos gustó el agua de río porque es un agua turbia, no es clara, por tratamiento que le hiciéramos a mí no me gustaba. Desde que nosotros llegamos, por aquí había una violencia, allí arriba mataban mucha gente y los tiraban al río, al igual que los animales, nosotros nos dábamos cuenta. Yo sabía que también el río tenía una cantidad de químico por los cultivos de arroz.

Además de Miguel, en Venecia 1 la señora Sonia utiliza el agua del río y la subterránea solo para las labores agrícolas y del hogar. Para consumir, compra agua de bolsa traída desde San Marcos, afirma Liz una joven que trabaja en esa casa. Las prácticas de consumo de agua por parte de los habitantes de Venecia 1 y La Mancha 1 están mediadas por sus lugares de procedencia y por unas ideas particulares sobre las características que debe tener el agua para poder ser consumida. Como lo menciona Miguel Severiche en la cita anterior, características como la claridad y la limpieza son claves para catalogar el agua como apta para el consumo. En cambio, para la población de El Torno el agua del río se caracteriza por ser “dulce, fresca y sabrosa” y como muchos expresaron, esto se debe a que son “nacidos y criados” en estas tierras en las que han vivido de la pesca y de su relación con el San Jorge.

Continuando con el recorrido por las aguas del río San Jorge, a unos cuarenta minutos en *yonson*, se encuentra Venecia y a tan solo unos minutos más adelante, está La Mancha. La historia de estas dos veredas está relacionada porque hacen parte de la antigua finca de 3.000 hectáreas del sirio-libanés Miguel Raad, llamada La Mancha (Camacho, 2018). Cerca de 814 hectáreas fueron heredadas a su hijo Jorge Raad, quien le puso el nombre de Venecia “como la ciudad italiana construida sobre el agua” (Camacho, 2018: 33). Luego de unos años, Jorge Raad vendió Venecia al agrónomo Maya quien se dedicó a sembrar arroz. A finales de la década de 1980, la familia Maya decide vender la finca al entonces Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora) por presión de los constantes robos perpetrados por la guerrilla (Camacho, 2018). Tras una serie de procesos administrativos de selección, formación y legalización de los predios, los campesinos recibieron sus parcelas en marzo de 1994. Un total de 40 familias salieron beneficiadas para vivir en Venecia y se repartieron en tres zonas: Venecia 1, ubicada al borde del río San Jorge con 14 familias; Venecia 2, cerca del caño Mosquito con 13 familias; y Venecia 3 cerca al Caño Voloria con 13 familias (Camacho, 2018).

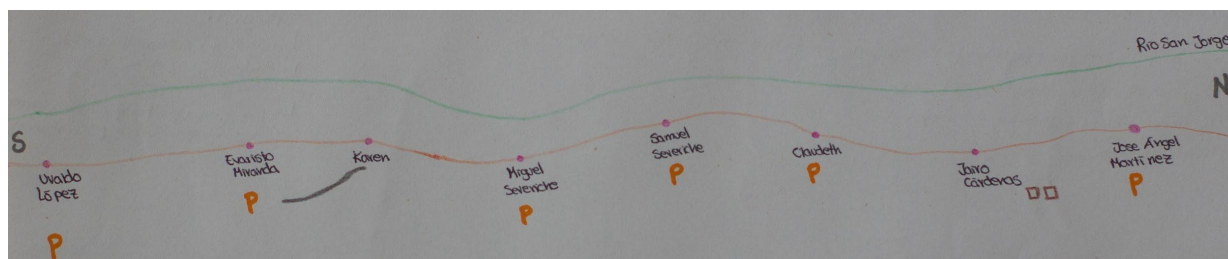


Imagen 4. Cartografía Venecia 1. Realizada por Miguel Severiche. 2019.

Para el desarrollo de esta investigación, trabajé con las familias de Venecia 1 debido a su cercanía al río y a los lazos forjados desde el año 2016 cuando inicié mi trabajo de campo en

esta región. Actualmente, en Venecia 1 están establecidas 11 familias, cada una con su parcela de 20 hectáreas. Sin embargo, solo 8 fueron beneficiadas con un pozo profundo individual en el marco de un proyecto silvopastoril del Fondo de Adaptación en 2017. Cada uno de estos pozos tiene una profundidad de 42 metros, por lo que estaban dispuestos para el mantenimiento del ganado. Sin embargo, por la falta de conectividad con el pozo profundo de La Mancha, los habitantes de Venecia 1 tomaron estos pozos para el almacenamiento de agua para consumo interno de cada vivienda. Según Grética Ledesma funcionaria de la Corporación para el Desarrollo Sostenible de La Mojana y el San Jorge (Corpomojana), la profundidad de los pozos para el agua de consumo humano debe ser mayor a 50 metros porque de lo contrario, éste puede contaminarse con otras fuentes o con las escorrentías de los cultivos. Sin embargo, existen algunas zonas en las que se encuentra agua apta para el consumo humano a tan solo 30 metros de profundidad, menciona la funcionaria.

Las dinámicas que se desarrollan alrededor del agua en Venecia 1 son particulares debido a dos factores fundamentales. El primero es que, al tener un pozo profundo por parcela, los habitantes pueden hacer uso de él con la intensidad que deseen. Por ejemplo, el señor Evaristo Miranda bombea 12 horas al día, mientras que los demás bombean cada vez que lo necesiten o cuando el tanque queda vacío. Las familias que no tienen un pozo en su predio se abastecen de los tanques de sus vecinos, por medio de mangueras de más de 100 metros de longitud y llegan a acuerdos sobre la periodicidad del consumo. El segundo factor, es que la mayoría de las personas que llegaron a estas parcelas en 1994 son provenientes de la sabana, de zonas cercanas a San Marcos y sus actividades son principalmente agrícolas. Este elemento influye en las prácticas y toma de decisiones de las personas entorno al agua, en este caso específico, el consumo del agua del río. Al no tener una tradición pesquera dentro de sus actividades agrícolas, su relación con el agua, a nivel de consumo, ha sido diferente porque los pescadores suelen beber agua directamente del río o las ciénagas durante sus jornadas de trabajo.

En la siguiente tabla se puede observar la caracterización que hacen los habitantes de Venecia 1 sobre los tres tipos de agua. En el caso de la lluvia, se evidencia su importancia al ser catalogada como “la mejor de todas las aguas” y la que es utilizada para el consumo humano. El uso de tejas de zinc es central para la recolección de esta agua y para evitar la suciedad que puede provenir de las tejas, los habitantes de Venecia 1 esperan unos cuantos minutos de fuerte lluvia para que ésta limpie las tejas de zinc que utilizarán como canales para conducir el agua a un recipiente. Respecto al río, al igual que en El Torno, las características del agua están mediadas por la época del año. Sin embargo, se puede observar que muy pocas personas de la vereda la utilizan para el consumo humano, pero sí para el de los animales. Además, en la siguiente tabla se evidencia el papel que juegan los filtros entregados por el PNUD y la Cruz Roja en el tratamiento del agua, principalmente la subterránea y la lluvia. Aunque en El Torno una parte de la población también los tiene, su uso es reducido, en comparación con Venecia 1.



	DESCRIPCIÓN	USOS	TRATAMIENTO
POZO	Clarita, limpia, pura por el subsuelo, cristalina y sin sabor. Algunas veces su sabor es a hierro y su color es amarillo.	Para consumo, la cocina y lavar la ropa. En algunas parcelas, la utilizan para los cultivos y el ganado. Los tanques de almacenamiento fueron dados por el Fondo de Adaptación en 2017 en un proyecto de silvopastoril.	Se utiliza cloro en piedra para "limpiarla" y luego, se pasa por unos filtros de barro entregados por el PNUD. El agua la almacenan en tinajas o recipientes de plástico. Colocan un trapo o lienzo en la pluma para colar el agua.
LLUVIA	La consideran "la mejor de todas las aguas". Es rica, fría, clarita, limpia, oxigenada, dulce o sin sabor.	Para consumo humano, las labores de la casa y los animales.	Se recoge con una teja de zinc y el recipiente que recibe el agua tiene un toldo para colarla. Algunas veces le agregan cloro o la filtran antes de consumir.
RÍO	<p>Revuelta, sucia, mona, delgada, amarilla y sin sabor. Para los pescadores es sabrosa aunque algunos ya no la consumen.</p> <p> Clarita, dulce, fresca, verde.</p> <p> Mona, amarilla, café, sucia, negra, <i>curtía</i> por la tierra.</p>	Muy pocas personas de esta vereda la utilizan. Principalmente se destina para los animales. Tan solo una familia de las 11 que viven allí, la utiliza para lavar y consumir.	Para obtenerla, utilizan una electrobomba a borde de río, en época de invierno y verano. Le agregan cloro en piedra y la almacenan en una tinajera para consumo, y en un recipiente de cemento para lavar.

Tabla 2. Caracterización del agua en Venecia 1. Elaboración propia. 2020.

A partir de las descripciones condensadas en la tabla anterior, se puede observar el agua como un objeto no singular (Barnes y Alatout, 2012) el cual, desde su multiplicidad por sus componentes físicos, forja relaciones y usos particulares sobre ella. En el caso de la lluvia, características como ‘sin sabor’ y ‘fría’ influyen en su clasificación de ser “la mejor de todas” y la preferida para el consumo humano. Asimismo, las tecnologías que se utilizan para el tratamiento o acceso al agua influyen en las características que esta adquiere y, por lo tanto, se le otorga un uso particular (Bønnelykke, 2016). En el caso del agua proveniente del pozo, el cloro en piedra es un elemento que transforma las propiedades del agua (a nivel de color y textura) generando que pueda ser considerada como un agua consumible.

Al cruzar las tablas de El Torno y Venecia 1, se encuentran una serie de similitudes y diferencias, brindando así nuevos elementos de análisis. El pozo ofrece una facilidad frente al acceso al agua considerada apta para consumo humano, pues “ahora solo es abrir la llave” como muchos habitantes afirman. Además, es un agua que no necesita mucho tratamiento, según expresan las personas de estas dos veredas porque con tan solo poner un paño de tela en las llaves, el agua se puede consumir directamente. Para quienes tienen problemas estomacales o para los foráneos que llegan del centro del país, principalmente, solo basta con pasar esta agua por los filtros entregados por el PNUD para que no cause ningún problema. Las diferencias que se encuentran entre estas dos veredas hacen referencia a la lluvia y el agua del río. Mientras que para los habitantes de Venecia 1 la lluvia es la mejor agua de todas, para los de El Torno ésta trae parásitos y mal sabor. Estas diferencias están fundamentadas en las condiciones de las tejas de zinc con las cuales se puede recolectar esta agua, y en unas creencias particulares en torno a la contaminación de la lluvia (historia del arcoíris).

De igual forma, las diferencias frente al agua del río radican en las trayectorias de los habitantes de las veredas. En el Torno, la pesca es una de las principales actividades generando así, una relación más cercana con el río. En cambio, para los habitantes de Venecia 1, oriundos de zonas de sabana y principalmente ganaderos y agricultores, las aguas del río se asocian con contaminación y violencia. Dora Herrera habitante de Venecia 1, durante un ejercicio de cartografía mencionó que “en el río echan basura, muertos y hay mercurio, en cambio, la lluvia viene del cielo, no pasa por tantas cosas como el río”. A pesar de que el discurso sobre contaminación de mercurio ha sido generalizado en la zona desde la llegada de las ONG en 2011, los habitantes de El Torno afirman que “el mercurio está en el pescado, no en el agua sino todos estaríamos infectados”. Los relatos y creencias relacionados con la contaminación por mercurio los abordaré en el último apartado de este capítulo.

Por último, otro aspecto para analizar frente a la diferencia de consumo de agua del río entre estas dos veredas es la forma de acceder a ella. Mientras que en El Torno se hace “a peso de pulmón”, es decir, llenando recipientes al borde del río, en Venecia 1 las dos familias que utilizan esta agua para los animales y su consumo no fueron beneficiarias de pozos subterráneos, por lo que utilizan una motobomba para acceder al agua del río. Para este último caso, el uso de la motobomba suple la ausencia de un pozo propio y el desgaste físico es menor, pues sus viviendas están ubicadas a orillas del río y por medio de mangueras y motores pueden distribuir el agua a los animales y cultivos de sus parcelas.

En cambio, en El Torno algunas familias aún consumen agua del río y son las mujeres las que deben recorrer entre 25 y 100 metros para llegar al San Jorge, llenar los recipientes o *tambucos*, regresar a casa, almacenar el agua y volver al río. Este proceso se repite hasta cinco veces para llenar todos los recipientes de la casa destinados al almacenamiento del agua. El desplazamiento y esfuerzo que deben realizar las mujeres en El Torno es mayor a si se diera en Venecia 1 o La Mancha 1 y se debe a la forma en que está organizada esta vereda. Las casas en El Torno se construyeron sin seguir un orden estipulado, por lo que los caminos que conectan las casas atraviesan muchas de ellas y da una sensación de laberinto. Por esto, tan solo unas pocas casas están ubicadas cerca al río. En cambio, en Venecia 1 y La Mancha 1, al ser parcelamientos, su distribución es más cuadrículada por lo que el acceso al río se facilita.

Ahora bien, La Mancha fue la gran finca del sirio-libanés Miguel Raad que recibe su nombre “por el canal de la Mancha que separa Inglaterra y Francia” (Camacho, 2018: 50). Tras la división de la finca, la parte que le correspondió a lo que aún se llama La Mancha está ubicada en tierras más altas, por lo que cuenta con árboles como el campano, cañañolo, roble, guarumo y guásimo que sirven de sombra y algunos de alimento para el ganado. Al igual que en Venecia, los habitantes de La Mancha se dividieron en tres sectores: Macha 1 frente al río, Mancha 2 en el medio y los demás en Caño Viloría (Camacho, 2018). Actualmente, viven 35 familias repartidas de la siguiente forma: 10 a borde del río, 7 en La Mancha 2 y 18 en la parte de Viloría¹³.

¹³ Información suministrada por Marina González, representante legal de la Asociación de familias Agropecuarias y piscicultores del San Marcos (Asofasan).

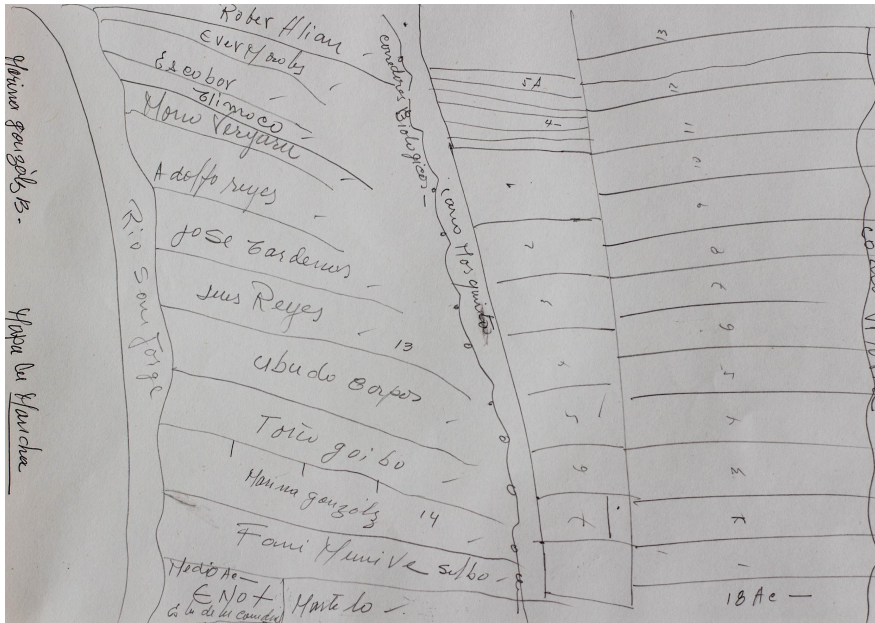


Imagen 5. Cartografía La Mancha. Realizada por Marina González. 2019.

Durante el desarrollo de mi investigación, trabajé con las familias de La Mancha 1, ubicadas a orillas del San Jorge. Esta parte de la vereda está conformada por 13 parcelas, las cuales están atravesadas por la tubería que abastece a todas estas familias, la cual llega hasta el límite con Venecia 1 (Ver Imagen 6). Esto se debe a que, por varios años, los habitantes de Venecia 1 accedieron al agua subterránea del pozo de 40 metros de La Mancha 1, y por medio de la tubería, se conectaban a este servicio.

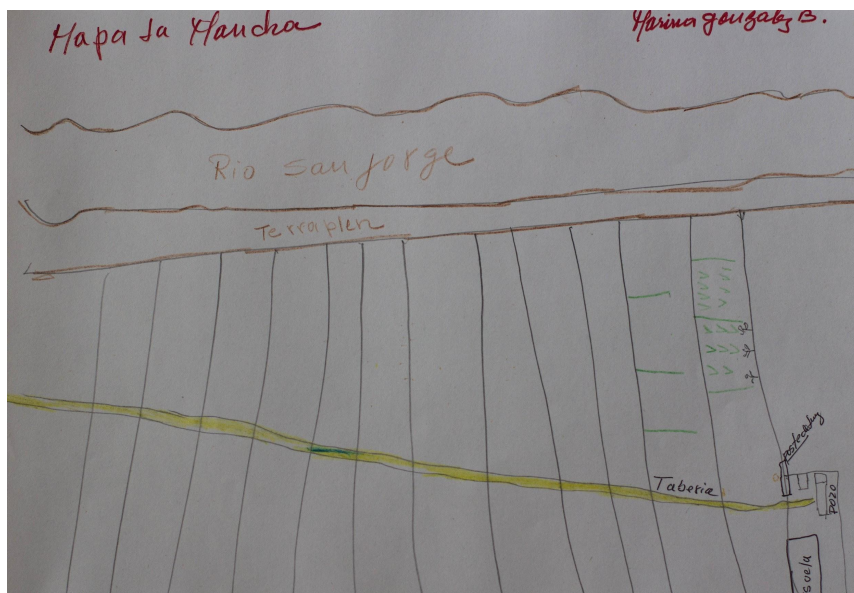


Imagen 6. Cartografía La Mancha 1. Realizada por Marina González. 2019.

El pozo profundo y su tanque elevado están ubicados en el predio de la escuela donde vive el señor Enor, encargado del mantenimiento del pozo. Cada familia de La Mancha 1 le paga dos mil pesos mensuales al señor Enor para activar el pozo en la mañana y en la tarde durante tres horas. Para su funcionamiento, la comunidad tiene un poste independiente de energía para

asegurar la extracción del agua subterránea. Este pozo fue construido en el año 2011 pero comenzó a funcionar en 2013, luego de la gran inundación. Aunque llevan varios años con este pozo y catalogan su agua como “delgada” y “dulce”, algunos habitantes manifiestan que, si cada familia tuviera un pozo en su parcela, como sucede en Venecia 1, tendrían asegurada el agua. Sin embargo, la intermitencia del servicio está hilada al de energía, pues a pesar de contar con un poste independiente para su funcionamiento, las veredas ubicadas a orillas del San Jorge han tenido problemas con las conexiones que provee Electricaribe, empresa prestadora del servicio de energía en la costa caribe del país. “Si no hay luz, toca sacar el agua del río y echarle cloro. Da pereza sacarla del río porque con el pozo es solo abrir la llave y ya”, afirma el señor Enor.

Al igual que en El Torno, Venecia 1, La Mancha 1 y las comunidades que integran la región de La Mojana, el discurso sobre la contaminación del agua del río San Jorge es álgido. Para la señora Marina González “el agua del río es rica en mercurio y níquel” por la actividad minera que se realiza en el occidente del país y llega a estas aguas por la conexión del San Jorge con el río Cauca. Sin embargo, deben acudir a esta agua cuando se presentan problemas con el pozo, especialmente, por una falla en el servicio de energía. En la siguiente tabla se puede observar las características que los habitantes de La Mancha 1 le otorgan a cada una de las aguas, los usos y el tratamiento que le dan.



	DESCRIPCIÓN	USOS	TRATAMIENTO
POZO	Delgada, clarita, dulce y sin olor.	La utilizan para consumir, lavar y cocinar. En algunas ocasiones, se destina para el mantenimiento de animales y cultivos.	El cloro en piedra para limpiarla y luego al filtro del PNUD o de la Cruz Roja, entregados durante la emergencia de 2010-2011. Algunas personas utilizan filtros de revista para el agua que consumen.
LLUVIA	Tiene menos color que la de pozo y no tiene sabor.	No la utilizan porque tienen el pozo. Sin embargo, algunas personas lavan los <i>trastes</i> o implementos de la cocina con esta agua.	La recolectan directamente en ollas o recipientes de plástico. No la tratan con nada.
RÍO	Dulce, delgada, sin olor y para algunos, sin sabor. Según una habitante de la vereda, es más contaminada y "rica en mercurio".  Clarita, dulce, fresca, verde.  Mona, amarilla, café, sucia, negra, <i>curtía</i> por la tierra.	Desde que tienen pozo, dejaron de consumirla. Sin embargo, cuando se va la luz la utilizan para lavar, cocinar y consumir.	Utilizan cloro en piedra y luego en tinaja o recipiente de plástico para que los residuos se asienten.

Tabla 3. Caracterización del agua en La Mancha. Elaboración propia. 2020.

Los habitantes de La Mancha 1, a comparación de sus vecinos, no utilizan el agua lluvia para el consumo porque tienen acceso al agua de pozo. Sin embargo, sí la almacenan para desarrollar labores del hogar como ‘lavar los trastes’. Desde el funcionamiento del pozo de La Mancha 1

en 2013, las familias entrevistadas afirman no haber vuelto a consumir agua del río o procuran, en la medida de lo posible, mantener agua del pozo almacenada para no tener que recurrir al río por si se presenta algún corte de luz. Para que el agua se mantenga en buen estado, tanto las personas de La Mancha 1 como de las otras dos veredas, comentan que hay que tener los recipientes bien sellados y antes de consumirla, pasarla por los filtros o almacenarla en *tinajas*¹⁴. Sin embargo, no todas las personas de La Mancha 1 ni de las veredas investigadas tienen acceso a estos artefactos, por lo que han tenido que recurrir a otros elementos como cloro, tunas o hervir el agua para transformarla en apta para el consumo.

Las tablas de caracterización del agua de las tres veredas concuerdan en adjetivos similares para describir, a partir del olor, color, sabor y textura, el agua de pozo, lluvia y río. Estos elementos diferenciadores han sido clave al momento de decidir el uso y el tratamiento que se le dará a cada una de las aguas y a su vez, “medir” el nivel de contaminación que éstas puedan tener (Wutich et al., 2017). De igual forma, estos aspectos son referentes al momento de tratar el agua, por ejemplo, con el cloro. Luego de sumergir la piedra de cloro al recipiente con agua, esta debe quedar transparente y sin sabor para ser apta para el consumo, pero si queda amarga y con un aspecto blanco, es indicio que se le agregó más cloro del debido. Todos estos significados y valores atribuidos al agua, por parte de diferentes actores, inciden en la forma en que será utilizada (Orlove y Caton, 2010) y en la relación que se tejerá con cada una de ellas.

Como se ha analizado a lo largo de este apartado, cada una de las veredas tiene una organización espacial particular que incide en las dificultades o facilidades del acceso constante al agua, ya sea del río o subterránea. En el caso del río, las largas distancias y el esfuerzo físico que deben realizar las mujeres para abastecer sus hogares evidencian no solo una problemática sobre el acceso sino también la calidad del agua (Wutich et al., 2017), pues se enfrentan a índices de contaminación más altos debido a los desechos que son arrojados al San Jorge. De igual forma, las características atribuidas a cada tipo de agua y las diferencias que se encuentran entre cada vereda llevan a entender este recurso desde la pluralidad y la complejidad (Barnes y Alatout, 2012) en el que aguas, territorios y cuerpos se relacionan y guían la creación de prácticas y decisiones en torno a su tratamiento (Ulloa y Romero, 2018; Mendoza, 2019).

1.2 “El agua hay que conservarla y tratarla para consumirla porque sino estamos en riesgo”¹⁵

El agua es un precioso líquido necesario para la vida, sin agua no hay vida,
Marina González, lideresa de La Mancha.

Transformar el agua del entorno, ya sea lluvia, del río o subterránea, en apta para el consumo humano requiere de tecnologías y prácticas que se desarrollan en un lugar particular, a partir de interacciones y acuerdos con los demás individuos, y la mezcla de conocimientos recopilados y elaborados en el tiempo. Las comunidades del bajo río San Jorge han adaptado y

¹⁴ Recipiente de barro para almacenar agua. También son llamadas tinajeras.

¹⁵ Frase del señor Evaristo Miranda, habitante de la vereda Venecia 1.

creado una serie de tecnologías que han sido vitales en el tratamiento del agua para consumo humano. Aunque existen algunas comunes, cada vereda ha desarrollado prácticas de tratamiento acordes a las fuentes de agua preferentes para abastecerse, y por ende, a conocimientos específicos (Rasmussen, 2015).

Para entrar a la segunda parada de esta primera parte del viaje, iniciaré analizando las decisiones de hombres y mujeres sobre las tecnologías utilizadas para el tratamiento del agua. Al concebir el agua como un objeto inestable y diferente para las personas, el papel de las tecnologías del agua es central en las relaciones entre los humanos y el mundo (Bønnelykke, 2016), pues su apropiación y habilidad por parte de quienes las usan, dan paso a que no sean meramente objetos (Nye, 2006; Verbeek, 2006). Asimismo, la apropiación y utilidad de dichas tecnologías se dan en el marco de las prácticas en las que se reúne “materia, acción y significado” (Lahiri-Dutt, 2015: 644), lo que a su vez da cuenta de elementos culturales y sociales de la comunidad que las utiliza. Por lo anterior, analizar las tecnologías y prácticas relacionadas con el agua permite un acercamiento etnográfico al engranaje de procesos, personas, elementos y conocimientos en el tratamiento del agua para consumo humano.

Como lo mencioné en el apartado anterior, la vereda El Torno cuenta con un pozo de 84 metros de profundidad del cual se abastecen la mayoría de sus habitantes. Quienes no consumen de forma abundante esta agua, encuentran en el río San Jorge su fuente de alimento e hidratación. Para sortear la calidad de este recurso, los habitantes de El Torno han adaptado e incorporado a su cotidianidad diferentes elementos como filtros, tinajeras, cloro en piedra, toldillos y paños para la transformación del agua. En el caso de los filtros, estos fueron adoptados por los habitantes de la vereda tras la inundación de 2010-2011, pues con este suceso La Mojana se convirtió en un foco de implementación de proyectos para mejorar la calidad del agua en la región e implementar nuevas formas de afrontar las vulnerabilidades del cambio climático (Green Climate Fund, 2017).

Los filtros cuentan con un recipiente de plástico y dentro de él, una pequeña tinaja de barro y una columna de carbón llamada por la población *vela*, la cual aporta al proceso de purificación del agua (Ver imagen 7). Muchos de estos filtros fueron desechados por la población debido a que *la vela* tiene una vida útil de máximo dos años, y con el paso del tiempo, el agua no salía limpia. Además, el valor de esta pieza es superior a \$200.000 COP y solo se consigue en Montería, por lo que su valor aumenta. Otro elemento clave para el funcionamiento de estos filtros es el recipiente de barro o *tinaja* debido a que el material con el que está hecho aporta al proceso de limpieza del agua. Este recipiente es muy delicado y la probabilidad de que se rompa es muy amplia y sin él, el filtro queda inservible.



Filtro PNUD

Columna de carbón o vela

Filtro Cruz Roja

Imagen 7. Filtros utilizados por la población de La Mojana. Elaboración propia. 2020.

Los demás elementos como el cloro en piedra, los toldillos y los paños son utilizados por la mayoría de los habitantes de estas veredas y son de fácil acceso (ver imagen 8). El más común es el cloro en piedra, el cual se consigue en bloque en los graneros de San Marcos a \$2.000 COP y rinde más de un mes. Los toldillos y los paños puestos en los tanques de almacenamiento y en las *plumas* son elementos que se encuentran en las casas. El cloro, los toldillos y los paños comenzaron a ser utilizados luego de algunas capacitaciones sobre el tratamiento del agua realizadas por el área de planeación del municipio de San Marcos. Dulima Pérez, coordinadora de salud pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019) menciona que en esas capacitaciones “se les recomienda que usen cloro para clorar el agua y que pueden colar el agua con un paño o tela” como alternativa de tratamiento para el agua que van a consumir o utilizar en las labores del hogar.



**Tecnologías del agua
Vereda El Torno
San Marcos-Sucre**

Imagen 8. Tecnologías del agua. Vereda El Torno. Elaboración propia. 2020.

Utilizar estos artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) en la cotidianidad ha sido una alternativa clave para el tratamiento del agua por parte de los habitantes de la vereda El Torno. No solo se trata el agua del río sino también la que proviene del pozo, porque a pesar de ser subterránea trae una serie de residuos. La señora Sandra Madera utiliza el agua del pozo para lavar y bañarse, y la llave que utiliza para acceder a esta tiene un paño. Ella menciona que “el trapito de la pluma hay que revisarlo, cuando tiene mucha suciedad no deja pasar el agua, se pone amarillo y toca lavarlo bien para que el agua baje”. Como se pudo observar en la Imagen 8, los residuos son de color amarillo tierra, y tienen un olor a metal, que corresponde al material de los tubos que extraen el agua subterránea y de las posibles filtraciones que pueden presentarse bajo tierra.

En la siguiente imagen se puede observar cuál es el aspecto del agua del río con dos tratamientos diferentes: la tinajera y el cloro. En la primera, se observa transparente y como mencionan los habitantes de Venecia 1 “no sabe ni huele a nada”. En el segundo, aún se observa un poco de sedimento del río, pero tras veinte minutos, aproximadamente, la apariencia del agua es igual al de la primera. Estos aspectos son claves para las mujeres que día a día sortean la cantidad de cloro y el tiempo que toma el tratamiento para poder utilizar el agua en la preparación de alimentos o para la limpieza. Las mujeres son las encargadas de la recolección y tratamiento del agua, pues esta tarea “feminizada” (Sultana, 2018) sigue siendo relegada principalmente a ellas, pues los hombres están enfocados en labores agrícolas y de pesca. Según Sandra Madera, habitante de El Torno, “el proceso del cloro es demorado, cuando uno se baña con agua del río, hay que dejarla bastante porque sino el pelo le queda a uno amolcochado”.



Imagen 9. Agua del río filtrada con tinajera y cloro. Elaboración propia. 2020.

El toldillo o *anjeo* es utilizado, generalmente, en las habitaciones para evitar la picadura de mosquitos. Sin embargo, han sido utilizados a lo largo de la historia en la boca de los tanques donde se almacena el agua. Según el señor Pedro Álvarez, esta idea fue de las mujeres y funciona para que no le entren animales al agua o para cuando se recoge la lluvia no se pasen

ramas ni suciedad. Las mujeres tienen el rol de proveedoras y encargadas del abastecimiento y tratamiento del agua para consumo en los hogares (Sultana, 2011) de estas veredas de La Mojana sucreña. Por esto, ellas han sido clave en la adopción y creación de tecnologías para el tratamiento del agua. Esta labor ha generado no solo responsabilidades sino también repercusiones en sus cuerpos debido a las cargas y distancias que deben afrontar día a día (Sultana et al., 2016) para acceder a este recurso. Este aspecto lo desarrollaré a profundidad en el segundo capítulo de esta investigación.

En Venecia 1 y en La Mancha 1 también utilizan las tecnologías y elementos mencionados en el caso de El Torno. Sin embargo, se introducen las tejas de zinc como artefacto para recolectar la lluvia, las cuales conducen el agua hasta el recipiente de almacenamiento. En algunas casas de Venecia 1, las mujeres pasan el agua lluvia por los filtros antes de consumirla, pues según ellas, este procedimiento representa un refuerzo en el tratamiento y limpieza del agua. En otras, el agua se almacena en la tinaja para mantenerla fría y para que ésta se purifique, debido a que el material de barro con las que están hechas aporta a este proceso, y además, es una práctica heredada de sus madres y abuelas quienes solo contaban con este recipiente para el tratamiento del agua.

En el paisaje de Venecia 1 es muy común ver metros de mangueras que van desde los pozos a las casas y otras ubicadas a orillas del río San Jorge. Las primeras, se encargan de distribuir el agua a diferentes partes de la casa. Por ejemplo, en la imagen 10 se puede observar el mapa de conexión de la casa de Dora Herrera donde una manguera de 42 metros conecta el pozo con un recipiente de 80 litros ubicado en la cocina. Aunque no aparece en el dibujo, de la llave ubicada en la cocina Dora conecta una segunda manguera, de una longitud similar a la del pozo, para llenar la tinajera de 80 litros destinada al agua para consumo y al recipiente de 100 litros para las demás labores del hogar. Las mangueras ubicadas a orillas del San Jorge están conectadas a motobombas que sacan agua del río y la dirigen a los bebederos de animales, principalmente ganado raza cebú.

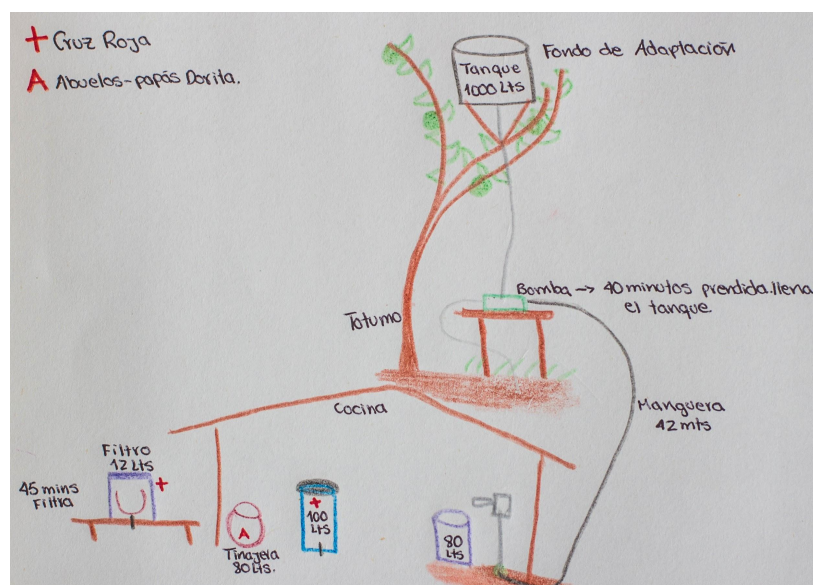


Imagen 10. Conexión entre pozo y casa. Realizado por Dora Herrera. 2019.

Las mangueras funcionan como dispositivos tecnológicos (López, 2016) que ayudan a transportar el agua a diferentes puntos y a su vez, interconectan lugares y elementos con los que se asegura el acceso al agua (Bønnelykke, 2016). Asimismo, estos dispositivos contribuyen a que se tejan relaciones entre los vecinos. Por ejemplo, en Venecia 1 no todas las parcelas tienen su propio pozo profundo y es gracias a las mangueras y a la solidaridad entre vecinos que estas personas pueden acceder al agua subterránea.

Maritza y Domingo son vivientes en una pequeña parcela de Venecia 1 que no cuenta con pozo propio. Cuando llegaron, sacaban el agua directamente del río porque les daba pena pedirles a sus vecinos, hasta que un día hablaron con el señor Evaristo y pudieron instalar una manguera de más de 100 metros que conectara su casa con el pozo profundo de su vecino. Acordaron horarios para poder activar el pozo y conducir el agua hasta su casa. Para Maritza eso fue muy bueno, aunque me dice “me puse floja porque ya no tengo que ir hasta al río a traerla, solo hay que abrir la llave y mover las mangueras”¹⁶.

Un caso similar sucedió entre Venecia 1 y La Mancha 1 antes de que el Fondo de Adaptación les entregara los pozos profundos. Por medio de una manguera que conectaba las dos veredas por el terraplén, las personas de Venecia podían acceder al agua subterránea. Según Miguel Severiche, la construcción del pozo en La Mancha tenía como finalidad no solo brindar agua a las personas que vivían allí sino también a los que llegaban a Venecia. Las pautas de pago establecidas para el señor Enor también fueron acatadas por las familias de Venecia 1 que se beneficiaban del servicio, hasta el año en que recibieron los pozos por parte del Fondo de Adaptación. Algunas veces, el servicio del pozo de La Mancha 1 era intermitente porque la tubería se rompía constantemente debido a que estaba instalada en pleno camino por el que pasan motos y el ganado de fincas vecinas. Por esta razón, acudían a la teja de zinc, el toldillo y la tinajera para acceder y tratar el agua, elementos que se pueden observar en la siguiente imagen junto a otros artefactos tecnológicos utilizados en Venecia 1 como la motobomba y las mangueras.



Imagen 11. Tecnologías del agua. Vereda Venecia. Elaboración propia. 2020.

¹⁶ Tomado del diario de campo.

Ahora bien, el Green Climate Fund (2017) aprobó la financiación del proyecto “Mejorando las prácticas de gestión del agua resilientes al cambio climático para las comunidades vulnerables en La Mojana” en esta región. La información recolectada por el Gobierno colombiano y presentada a esta institución, arroja unos datos interesantes para ser analizados a la luz de las tecnologías del agua. En primer lugar, afirma que “el 100% de las familias consultadas expresan que las aguas para el consumo humano no son tratadas” (Green Climate Fund, 2017: 147). De las 16 comunidades consultadas para la formulación de este proyecto, del área de San Marcos solo se encuentra El Torno con la participación de la Asociación de Mujeres Campesinas, pescadores y Agricultores de la vereda El Torno (ASOCANTOR).

La respuesta de estas comunidades, en las que está incluida El Torno, puede ser analizada como un discurso oculto (Scott, 1990) en el sentido que deslegitiman sus propias tecnologías y saberes construidos respecto al tratamiento del agua, con el fin de ser foco de interés e intervención para las entidades del Gobierno. Esto se debe a que los discursos ocultos no solo contienen actos de lenguaje sino también una serie de prácticas (Scott, 1990) con las que se sustenta lo dicho. Por esto, afirmar que las aguas que consumen no son tratadas, dirigen la mirada de estas organizaciones a los territorios encuestados para ser priorizados en la entrega de infraestructuras y desarrollo de proyectos que contribuyan a mejorar esta situación. Cabe resaltar que los habitantes de estas veredas están expuestos a una serie de elementos contaminantes como pesticidas utilizados en la agricultura y el mercurio de la minería, los cuales dificultan un acceso óptimo del agua.

Además, la cobertura de microacueductos o pozos profundos y el mantenimiento de estos son mínimos, y aunque según el Censo 2018 la cobertura es de un 90,5% esta cifra no diferencia lo rural de lo urbano. En el Plan de Desarrollo Municipal (2016-2019) se estima que a 2014 la cobertura de microacueductos en la zona rural era de 40% y aunque no es muy claro el aumento durante los cuatro años de gobierno, las infraestructuras de acceso al agua para consumo humano en la zona rural del municipio de San Marcos siguen siendo mínimas. Por ende, diferentes instituciones municipales y departamentales han enfocado esfuerzos en temas de educación y alternativas de tratamiento del agua, como lo afirma Dulima Pérez, coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019). Sin embargo, estos esfuerzos corren el riesgo de limitarse al ámbito pedagógico y no complementarse con la dotación de infraestructura. En el caso del proyecto aprobado por el Green Climate Fund (2017), se contempla la mejora en infraestructura hídrica y la instalación de unos tanques para la recolección de agua lluvia en los próximos años. Este tipo de propuestas, aunque pueden parecer efectivas, dejan de lado los intereses y prácticas de las comunidades que se beneficiarán de ellos. Como se mencionó en el apartado anterior, los habitantes de El Torno no consumen el agua lluvia y quizás se puedan encontrar escenarios similares a lo largo de La Mojana.

Desde el ámbito legal, acceder al agua y de calidad para el consumo humano es “un derecho social fundamental mediante el cual el Estado debe realizar las acciones positivas necesarias para garantizar el acceso al agua para satisfacer necesidades básicas a aquellos que no estén en capacidad de hacerlo” (Gómez y Rodríguez, 2013: 47). Aunque desde la institucionalidad se han creado mecanismos como el Sistema para la Protección y Control de la Calidad del Agua

para Consumo Humano¹⁷, la Superintendencia de Servicios Públicos y Domiciliarios, entre otras, el cumplimiento de este derecho sigue siendo un gran reto para las entidades locales y nacionales. En el caso de San Marcos, el servicio de acueducto, alcantarillado y manejo de basuras no se presta de forma óptima en el área rural debido a la condición de las vías y a las inundaciones que se presentan en época de invierno, afirma Isai Ruiz Secretario de Planeación de la Alcaldía 2016-2019. Además, la búsqueda y seguridad de tener agua para consumo humano por parte de los habitantes de estas veredas no solo muestra una ineficiencia en el sistema estatal de suplir este derecho sino también un entramado de relaciones que las personas crean con el lugar en el que habitan, la búsqueda de estrategias de ubicación (predios altos o cercanos a fuentes de agua), herencias, entre otros (Wutich et al., 2017).

Ahora bien, entender el acceso al agua para consumo humano no debe pensarse solamente desde el ámbito ambiental y legal de este derecho fundamental sino también desde el acceso a servicios públicos como la energía. En el caso de estas veredas, el servicio de energía es necesario para que las motobombas de los pozos profundos funcionen y obtengan el agua subterránea. Con esto, el servicio de energía eléctrica se convierte en una pieza más de este engranaje tecnológico para acceder al agua. El pago o no pago de un recibo, el daño en la infraestructura, algún problema con la empresa prestadora del servicio en la región Caribe (Electricaribe) o tan solo una tormenta eléctrica, puede generar cambios en las dinámicas cotidianas que involucren el agua (limpieza, cocina e hidratación humana y de animales) y dejar a los habitantes de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 sin este recurso por varios días e incluso semanas.

Integrar el servicio de energía eléctrica a la ecuación, da paso a analizar la idea de otorgarle un precio al agua porque a pesar de no ser entendida como una mercancía ni realizar un pago directo por ella, su acceso sí se ve afectado por el funcionamiento del servicio pago de energía. Según la Unidad de Planeación Minero-Energética, en 2018 la cobertura de energía en el área rural de San Marcos era de 94%. Sin embargo, en el Plan Municipal de Desarrollo de la Alcaldía 2016-2019 se hace explícita la “precaria e insuficiente infraestructura de energía eléctrica” presente en la zona rural del municipio. Este servicio al igual que su infraestructura se debilita en la medida en que uno se aleja del casco urbano. En el Torno el servicio de energía llegó a mediados del año 2000, y es más constante que en las otras dos veredas investigadas debido a que El Torno está conectado directamente a las redes de la cabecera municipal por su cercanía a ella. En cambio, en Venecia 1 y La Mancha 1 el servicio de energía llegó en el 2010 por medio de un megaproyecto. No obstante, la creciente de ese año dejó grandes afectaciones.

Para el 2009-2010, hubo un programa sobre un megaproyecto de energía en toda La Mojana. El Estado le encargó ese trabajo a una empresa que llamaban ISA, que fue la constructora de la infraestructura. Electricaribe no es el dueño de la infraestructura, él pone el kilovatio de luz. Cuando llegó la creciente de 2010, ya ISA había construido casi el 100% de la infraestructura, pero parte de ella se la llevó el agua. Nadie más nunca apareció para arreglar lo que el invierno se llevó entonces esta parte de nosotros quedó sin terminar la obra. El 10 de junio de 2010 era la fecha de entrega, vino la creciente, todo se vino abajo y nunca se terminó. Yo recuerdo que

¹⁷ Decreto número 1575 de 2007.

saltaba en una pata porque el 14 empezaba el mundial e íbamos a tener energía, compramos televisor y todo antes de tenerla, y la creciente se la llevó, narra Miguel Severiche, habitante de Venecia 1.

A raíz de la inundación de 2010-2011 esta parte de La Mojana sucreña quedó sin servicio de energía oficial, por lo que es intermitente y con las tormentas eléctricas que se presentan en época de invierno los daños son mayores. Ante esta situación, los habitantes de Venecia 1 y La Mancha 1 se organizaron y relata Miguel Severiche “trozamos esos cables donde estaba el daño y dejamos los que estaban buenos, nos pegamos de la poca energía, de forma arbitraria”. Esta conexión ha permitido que los habitantes de estas veredas accedan a este servicio y en su mayoría, no realicen ningún pago. Muchos afirman que, al no tener el servicio oficial ni un medidor, no tienen la obligación de atender el cobro. Gracias a este acuerdo vecinal y el acceso a paneles solares por el proyecto silvopastoril, los habitantes de Venecia 1 y La Mancha 1 han podido sortear el servicio de energía. A pesar de ello, la intermitencia del servicio ha generado daños en algunos electrodomésticos como neveras, televisores, ventiladores y a futuro, pueden afectar las motobombas con las que funcionan los pozos subterráneos.

Ahora bien, en El Torno se presenta una situación diferente con el servicio de energía, pues allí cerca de 30 familias realizan un aporte mensual de \$3.000 COP para el pago del recibo de la energía consumida por el pozo profundo. Aunque el pago debe realizarlo cerca de 84 familias, esta modalidad de “no pago” corresponde a diferencias económicas entre los habitantes de la vereda o al poco uso que hacen de dicha agua, pues como mencionaba anteriormente, una parte de la población de El Torno aún consume y se abastece del agua del río San Jorge. En esta vereda se han presentado problemas por la recolección y el pago oportuno para cancelar el recibo de energía. Esta tarea está a cargo de la Junta Directiva de ASOCANTOR responsable del funcionamiento y mantenimiento del pozo en esta vereda. El no pago por parte de algunas familias ha generado disgustos entre los habitantes y ha sido presentado como falta de voluntad, por lo que la Junta ha creado estrategias para incentivar el aporte oportuno. Mirlay Martínez, encargada de recolectar el dinero, comenta:

Hay casos cuando no me quieren pagar ni el 30% de la comunidad entonces yo los demoro 2 o 3 días sin bombear. Es una estrategia que genero para que me paguen rápido. Las personas que sí pagan se quejan porque ellos pagan puntual, pero como esto es una comunidad entonces por uno pagan todos. El lunes si no pagan habrá paro, recesión de agua.

El “paro de agua” implementado por la Junta de ASOCANTOR puede ser analizado desde la concepción política del agua, es decir, “lo que hacemos de ella” (Bocarejo, 2018), pues a partir de estas acciones se reproduce la idea del agua como un recurso escaso y, por ende, la posibilidad de otorgarle un precio a su suministro (López, 2016). Además, con esta estrategia la Junta instauró la idea de “pagar por el agua” como muchos le dicen al aporte que hacen para el recibo de energía, pues hay una relación causal de: sin aporte → el servicio se suspende. Igualmente, “el paro de agua” moldea las relaciones entre los vecinos porque se generan roces entre quienes pagan a tiempo y quienes no. Mirlay Martínez comenta que “cuando me demoro

en bombear, entre ellos comienzan a decirse ‘ve a pagar el agua para que nos bombeen’ y esa presión hace que la gente pague”.

Aunque los habitantes de El Torno tienen acceso al río San Jorge y en situaciones como estas acuden a él para abastecerse, este tipo de acciones para incentivar el pago reproducen el discurso del agua como recurso escaso (Wutich & Brewis, 2014) el cual se tiene que controlar, omitiendo que, por ciclo hidrológico, éste circula abundantemente. No obstante, la gente prefiere seguir pagando a pesar de tener dificultades para hacerlo por la facilidad que brinda el agua subterránea. El señor Pedro Madera afirma “tome o no hay que pagarla, aparte dicen que viene filtrada” porque “la tierra es el filtro número 1 del mundo” y esas características asociadas a la filtración como la limpieza refuerzan la práctica de consumir esta agua. Además, el acceso al agua del río requiere de esfuerzo físico, el tratamiento con el cloro o al hervirla toma su tiempo y como dicen en El Torno “con sed eso no da espera”.

Las prácticas de desconexión que se presentan en El Torno reflejan el modelo neoliberal en el que se diferencia a los ciudadanos entre quienes pueden y no pueden pagar. Aunque no es un foco de esta investigación, analizar la idea de otorgarle un precio al agua desde la óptica del neoliberalismo permite la posibilidad de observar la relación proveedor-cliente y la respuesta a unas necesidades del mercado por parte de los ciudadanos (López, 2016). Es importante aclarar, que el sistema de pago de El Torno no está inmerso dentro de un mercado como el de las empresas privadas. Sin embargo, opera de forma similar porque al no pagar en los tiempos estipulados se suspende el servicio. En este caso, las acciones para evitar el “no pago” generan cambios en las prácticas de consumo diario y a su vez, instaura implícitamente unas dinámicas de contabilidad del agua, haciendo de este recurso “un sujeto de medición, cálculo e intervención” (Von Schnitzler, 2008: 914). Dichas dinámicas pasan a ser responsabilidad de las mujeres, quienes abastecen el hogar de agua, y deben prever estas situaciones para así evitar un consumo o uso obligado del agua del río.

Frente a los problemas de energía, Miguel Severiche habitante de Venecia 1, menciona que la modalidad de luz prepago o los paneles solares pueden brindar una solución al mal servicio de energía que, por ende, afecta el acceso al agua. “La luz prepago es igual a la tarjetica de los celulares, hay unos puntos de venta y uno dice ‘véndame tantos kilovatios de luz’ y luego se mete la tarjeta en el aparatico y ahí te va diciendo cuánto te vas consumiendo”, menciona Severiche. Sin embargo, estas modalidades de mercantilización de la energía han sido analizadas críticamente porque siguen la línea discursiva de crear una racionalidad calculadora sobre estos recursos (Von Schnitzler, 2008) y a su vez, restringir las diversas tecnologías y prácticas alternas para acceder a ellos (López, 2016). Por ende, si se considera esta alternativa se obligaría a las personas a estar inmersas en unos cánones de cantidad y calidad de energía eléctrica que, sin duda, podrían garantizar la prestación constante de este servicio y a su vez, el acceso al agua subterránea.

1.3. Relatos y creencias: otra forma de significar y relacionarse con el agua

Al vivir rodeados de agua, los habitantes de las veredas a orillas del San Jorge han moldeado sus prácticas, saberes e ideas referentes al agua, a partir de una relación particular con este recurso. En este proceso de interacción, han sido clave los relatos y creencias que se han construido sobre el agua en esta zona de La Mojana sucreña. Durante mi trabajo de campo saltaron dos relatos claves en la vida de las comunidades ribereñas del bajo San Jorge. La primera titulada “El que está contaminado con mercurio es el pescado, no el agua” abordará las narrativas e ideas alrededor de la contaminación del agua y los cuerpos humanos por el mercurio. La segunda titulada “Dicen que hay un pozo de agua bendita dentro del bosque” es la historia del profeta Enoc, un hombre indígena que bendijo una fuente de agua en el corregimiento de Santa Inés del Monte del municipio de San Marcos.

Retomar estos relatos es importante porque “las creencias culturales superan las realidades de maneras asombrosas” (Orlove y Caton, 2010: 403), es decir, a partir de estas narraciones los habitantes se movilizan y moldean sus prácticas, saberes e ideas referentes al agua en un territorio determinado. En este caso, al estar ubicados a orillas del río San Jorge y hacer parte de la región de La Mojana, los habitantes de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 viven rodeados del agua la mayoría del año, por lo que este recurso y su interacción con él hace parte de su cotidianidad. Por ende, estos relatos brindan un acercamiento etnográfico sobre la incidencia de la organización espacial en un territorio y en la creación de experiencias, tecnologías, clasificaciones y relatos particulares sobre el agua para consumo humano.

1.3.1 “El que está contaminado con mercurio es el pescado, no el agua”

Tras la inundación de 2010-2011 que ocurrió en la región de La Mojana, el mercurio comenzó a ser un tema central en las discusiones cotidianas de los habitantes. “Todo ese mercurio corrió sobre la tierra, entonces se cree que la tierra está contaminada, cualquier planta que usted siembre sobre la tierra absorbe mercurio. Por eso, si no nos tragamos el mercurio del río va a ser por las plantas”, comenta Miguel Severiche habitante de Venecia 1. Sumado a esto, la presencia de organizaciones como el Fondo de Adaptación, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), entre otros, influyó en analizar el mercurio como elemento contaminante del agua, pues algunos estudios arrojaban la posibilidad de que este metal estuviera presente en fuentes superficiales (Green Climate Fund, 2017). Por esto, se iniciaron campañas informativas y se integraron los filtros como artefactos tecnológicos para tratar el agua y convertirla en apta para el consumo humano.

Según una investigación realizada por la Universidad de Córdoba (2017), las concentraciones de mercurio no solo se presentan en el agua sino también en los peces, los sedimentos de arroz y las plantas flotantes que consumen peces y animales. Por ende, una de las fuentes de agua más afectadas es el río San Jorge, pues allí llegan los sedimentos y residuos derivados de la explotación de oro del bajo Cauca y el río Nechí (Porrás, 2014). El agua del río no solo es utilizada como fuente de hidratación para varias familias asentadas a orillas del San Jorge, sino también como sistema de riego para cultivos de arroz, plátano, entre otros.

Todo esto llevó a que el Fondo de Adaptación repartiera carteles informativos como el que se observa en la Imagen 12, en el que se hacen explícitas recomendaciones para disminuir riesgos en la salud por metales pesados como el mercurio. Algunas de ellas son preparar el pescado en sancocho, lavar el arroz, cocinar bien la carne y hervir los vegetales y agua para reducir la presencia y efecto de estos metales en los alimentos y cuerpo humano. Asimismo, realizaron campañas informativas y pedagógicas con los habitantes de las veredas ribereñas. Don Evaristo Miranda, habitante de Venecia 1 comenta: “Nos enseñaron cuáles pescados tienen metales pesados y nos recomendaron comerlos una vez por semana. Todos los depredadores, entre ellos el bagre, son los más contaminados”.



Imagen 12. Cartel informativo del Fondo de Adaptación. 2020.

Las recomendaciones de reducir el consumo de peces como el bagre al igual que el bocachico, la arenca, el moncholo, el comelón, entre otros, se debe a que la ingesta de estas especies puede aumentar los niveles de mercurio en los seres humanos, generando riesgos en la salud y a futuro, un problema de salud pública nacional (Pangare & Idris, 2012; Universidad de Córdoba, 2017). Esto se podría presentar debido a la alta exposición de mercurio en la que se encuentran los habitantes de La Mojana tras la inundación, pues los metales de la minería se dispersaron a lo largo de estas sabanas.

Para quienes consumen agua del río San Jorge focalizar los discursos sobre contaminación de mercurio en el pescado refuerza su idea de que “el que está contaminado con mercurio es el pez y no el agua”. Para Pedro Madera habitante de El Torno “al agua [del río] no se le pega

nada, corre, le pega es la brisa” por lo que su consumo no significa la ingesta de mercurio. De igual forma, la señora Olga también habitante de El Torno, afirma:

El mercurio está en el pescado, no en el agua sino todos estaríamos infectados. Toda la vida he tomado agua del río. Yo nací y he vivido toda mi vida acá y hasta que me muera tomaré agua del río. Si se me seca el río será del pozo, pero así sea que haya un poquito la saco, así tenga que escurrir el río.

A pesar de estas presunciones respecto al agua del río, otros habitantes de las veredas investigadas creen que el mercurio también contamina el agua, por lo que han decidido sólo consumir agua subterránea. Marina González, habitante de La Mancha 1 no consume esta agua porque para ella “es rica en mercurio” y produce mareo. En una entrevista informal, Marina me comentó que el PNUD hizo un estudio sobre el nivel de mercurio en la zona y encontraron los cultivos, el agua y los animales afectados por este metal. Para ella, los habitantes de esta región “somos resilientes, nos hemos adaptado a esta agua” porque no se han presentado graves afectaciones a la salud. Miguel Severiche de Venecia 1 tampoco consume agua del río por los discursos de contaminación del agua por mercurio y otros desechos. El agua que consume es subterránea y la obtiene de un pozo de 50 metros de profundidad y ante esta situación comenta “ahora es que digan que el mercurio está a 50 metros” y se ríe.

Todo el aparataje tecnológico y discursivo que se creó alrededor de la contaminación del agua por mercurio evidencia que, a pesar de estar ubicados a orillas de un mismo río, los habitantes de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 tienen ideas y prácticas de consumo diferenciadas. Asimismo, encontrar posturas contradictorias sobre la contaminación del agua con mercurio evidencia que “una cosa es lo que la gente sabe (o dice que sabe) y otra es como interpreta esa información” (Auyero y Swistun, 2007: 148). Por esto, es que se logra convivir con un factor contaminante como el mercurio y en algunas situaciones, no dimensionar la gravedad de las afectaciones que puede generar, a futuro, en el cuerpo y en la salud humana.

1.3.2 “Dicen que hay un pozo de agua bendita dentro del bosque”

A 14 kilómetros de San Marcos, por la vía hacia el Viajano, se encuentra el corregimiento de Santa Inés del Monte, en el cual cada 3 de mayo se congregan cientos de peregrinos y creyentes en torno a una fuente de agua que es catalogada como bendita. Al entrar a este corregimiento, lo primero que se observa es una pequeña capilla color crema. Para el momento de mi visita, estaba desolada y tenía unas cuantas velas en su altar. En medio de la imagen de Santa Inés y del Niño Jesús de Praga, bajo llave se encuentra la fotografía del Profeta Enoc que, según algunos habitantes, fue el único retrato entregado por él a la comunidad.



Imagen 13. Altar de la capilla de Santa Inés del Monte. 2020.



Imagen 14. Cuadro del profeta Enoc. 2020.

Este personaje al que se le guarda culto y quien se convirtió en una figura central dentro de la fe católica de la región, se le atribuye una serie de milagros y la bendición del pozo de agua del corregimiento, el cual desde la visita del Profeta en el año 1926 no se ha secado. De esta historia no se ha escrito mucho, los pocos datos académicos están consignados en el libro “San Marcos del Carate: Historia social de un pueblo anfibio” del sociólogo sanmarquero Henry Huertas (2006). Según los relatos que él pudo recolectar durante años de investigación, está el siguiente:

“El 26 de abril del año de 1926 llegó a la región de Santa Inés del Monte un señor alto, blanco, con barbas y canoso predicando y dando consejos y predicciones como:

El profeta dijo que esas aguas eran benditas porque en ellas Juan había bautizado a Dios, desde entonces las aguas quedaron benditas. No tenía ni 3 horas de haber llegado cuando se reunieron todas las personas, ese año no había llovido aún; trataba a los hombres como José y a las mujeres de María y les dijo:

"Ajá José y no han sembrado".

Entonces respondieron: "No, porque no ha llovido".

"Mañana siembren porque va a llover un aguacero".

El día estaba muy claro y no se veía ninguna nube.

"Yo necesito estar solo porque voy a orar, les dijo; váyanse porque va a llover y los cogerá el agua".

Todas las personas nos retiramos y él quedó en un planito que había en la quebrada; cuando iban por el camino oyeron un ruido y dijeron algunos: "Apúrense que no es el viento sino el agua". Llegamos a las casas y empezó un torrencial aguacero, el cual no demoró, sino que cesó totalmente, entonces regresamos a donde estaba el profeta, pero el agua que había en los caminos era tanta que nos llegaba encima de los tobillos; cuando llegamos nos asombró la iluminación que tenía el lugar. Demoró aquí en Santa Inés 4 días predicando" (Huertas, 2006: 133-134).

Las fiestas del Profeta Enoc se celebran los 3 de mayo y reúne a personas de diferentes partes de La Mojana. Durante mi trabajo de campo los habitantes de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 me contaron sobre estas fiestas, la fe que le tienen al profeta e incluso, la importancia de esta congregación en sus vidas. En el caso de Miguel Severiche, fue en las fiestas del Profeta Enoc que conoció a su esposa Dora con la que lleva más de 30 años de vida juntos. En mi estadía en campo en el año 2019 quedé comprometida con algunos habitantes de acompañarlos a la celebración de estas fiestas en el año 2020. Debido a la situación de pandemia a nivel mundial, tendré que esperar un año más para peregrinar y vivir esta fiesta junto a ellos.

Sin embargo, tuve la posibilidad de conocer este lugar y hablar con algunos de sus habitantes. Una mujer que nos recibió esa tarde de domingo nos comentó que la fuente de agua nunca se ha secado y que la comunidad se abastece de ella para sacar el agua de beber, cocinar y demás labores. Antes tenían que caminar hasta el pozo, que está en medio de un pequeño bosque, para acceder al agua. Ahora, cuentan con una motobomba que la distribuye a las casas del corregimiento. "Es un agua sagrada, sabrosa y se puede tomar directamente", afirma la mujer mientras me ofrece un vaso con esta agua que, efectivamente, es muy refrescante. Aunque este pozo no solo abastece a personas de Santa Inés sino también de los alrededores, se afirma que es muy abundante e inagotable, aunque en los últimos años se ha reducido debido a que los arroyos que alimentan a esta fuente de agua han sido desviados para efectos de agricultura y ganadería.

El lugar donde se encuentra la fuente de agua tiene una construcción que la custodia, la cual está pintada con los colores de la bandera de Colombia: amarillo, azul y rojo. Según algunos habitantes del corregimiento, construyeron esto para preservar el pozo profundo y evitar que animales o personas se bañen dentro de él. A orillas de esta estructura, corre un pequeño arroyo del que también se abastecen y según miembros de la comunidad, su agua también es bendita.



Imagen 15. Pozo y fuente de agua bendita Santa Inés. 2020.

A partir de estos relatos, se puede analizar el agua como un elemento transversal en la vida cotidiana de las personas y las creencias que se tejen sobre ella, sus características y su calidad. Los discursos sobre el sabor, olor, color y demás aspectos congregados en las discusiones de la materialidad del agua (Orlove y Caton, 2010; Barnes y Alatout, 2012; Mendoza, 2019; Strang, 2019), retoman un papel central en estas dos historias gracias a que aportan elementos claves en la adopción de prácticas y saberes sobre el agua. Las particularidades geográficas, climáticas y culturales de La Mojana Sucreña, especialmente de las comunidades investigadas, brindan un lugar etnográfico en el que confluyen saberes, prácticas y tecnologías relacionadas con el agua apta para consumo humano, las cuales se han ido creando y adaptando en medio de discursos internacionales y nacionales sobre el tratamiento de este recurso en un contexto de cambio climático.

A lo largo de este capítulo, se puede evidenciar que el conjunto de tecnologías, prácticas y elementos utilizados para el acceso y tratamiento del agua para consumo humano, por parte de los habitantes de la vereda, demuestra la capacidad de este recurso de conectar intereses, instituciones y aspiraciones en diferentes ámbitos y escalas (Rasmussen, 2015). A escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015) la unión de artefactos tecnológicos consolida un conocimiento basado en experiencias y que podrían ser más sostenibles socialmente. Dicha escala está conectada con lo que pasa en la comunidad, pues como sucede en El Torno por el no pago de algunos habitantes se corta el agua para todos o sin la labor del señor Enor, el pozo profundo de La Mancha 1 no trabajaría diariamente. La situación del servicio de energía que padecen los habitantes de estas veredas tiene una conexión a escala nacional con los problemas de cobertura de servicios públicos en áreas rurales del país. Incluso, las tecnologías, prácticas y elementos para el tratamiento del agua están conectadas a escala internacional, pues muchos de estos como los filtros se incorporaron a la cotidianidad de los habitantes a través de organizaciones

como el PNUD que, a su vez, se encuentran inmersas en el discurso mundial sobre la adaptación al cambio climático.

A partir de elementos cotidianos como paños, toldillos, entre otros, los habitantes de estas veredas han conseguido transformar el agua subterránea, del río y la lluvia en apta para su consumo. A su vez, estas personas ubicadas a orillas del San Jorge han consolidado un conocimiento desde abajo (Lahiri-Dutt, 2015) que, aunque no es legítimo desde una mirada científica e institucional sobre la calidad del agua, les ha funcionado para anteponerse a unas condiciones geográficas y climáticas específicas. De igual forma, ante algunas instituciones como el PNUD, el Fondo de Adaptación o la misma Alcaldía los integrantes de estas veredas también han deslegitimado los procesos que realizan para convertir el agua en apta para el consumo. Estas acciones pueden ser analizadas como un llamado de atención al gobierno por parte de los habitantes, quienes reclaman al Estado su papel como principal interventor (Sáenz, 2008) con el que debe garantizar el cumplimiento, por ejemplo, del derecho al agua y así “satisfacer necesidades básicas a aquellos que no estén en capacidad de hacerlo” (Gómez y Rodríguez, 2013).

Por último, el no acceso al agua apta para consumo humano y tener que recorrer largas distancias para obtenerla, ya sea del pozo de un vecino o del río, genera situaciones de vergüenza y morales respecto a la responsabilidad de la persona de proveer y acceder a este recurso (Bønnelykke, 2016; López, 2016). Dichas situaciones se evidencian en las mujeres de las veredas investigadas, quienes por la división del trabajo por género relacionado con el agua (Sultana, 2011), asumen como innata la responsabilidad de abastecer y tratar el agua para consumo humano del hogar. Al asumir este rol, las mujeres padecen dolores físicos en sus cuerpos por acceder a un agua “de mejor calidad” o cuando no se cuenta con el dinero suficiente para aportar al pago del recibo de la luz, como sucede en El Torno, se recurre a otras fuentes o a familias. Por ende, asegurar el acceso al agua va más allá de una capacidad de pago, pues incluye relaciones vecinales (Björkman, 2014) y experiencias corporales (Esteban, 2013) de quienes buscan, acceden e intercambian saberes para el tratamiento del agua para consumo humano.



Capítulo 2

“La autobomba se cansó”

El acceso y tratamiento del agua para consumo humano no solo es un proceso técnico que involucra instrumentos sino que también es un proceso corporal, pues en el cuerpo se inscriben lo sensorial y los dolores físicos de la búsqueda de este recurso y las decisiones respecto a su tratamiento. Esto se debe a que el cuerpo es “una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora” (Esteban, 2013: 25), la cual opera como fuente de conocimiento para determinar las acciones frente al tratamiento del agua e identificar sus características idóneas para el consumo. Estos procesos de corporización se generan, principalmente, en las mujeres quienes son las encargadas de abastecer el hogar con este recurso para usos domésticos, sanitarios y de higiene (Martínez & Minaverry, 2008), y a su vez, para suplir necesidades relacionadas con el agua como la alimentación y la hidratación. De esta forma, el cuerpo es utilizado como mediador entre el hogar y las fuentes de abastecimiento (río o pozo). Para efectos de esta investigación, retomaré el concepto de hogar como “una unidad social fundamental para agrupar y compartir recursos” (Wutich et al., 2017: 2). A partir de la escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015) reconoceré y haré explícita la interrelación con los niveles locales, nacionales e internacionales en los que se encuentra inmersa la problemática sobre el acceso y la calidad del agua.

La segunda parte de este viaje nos llevará a explorar el cuerpo como un medio primordial de trabajo (Le Breton, 2019) para el acceso, tratamiento y uso del agua. Para ello, entenderé el cuerpo como “el lugar de la vivencia” (Esteban, 2013) y enfocaré mi análisis en las experiencias corporales de las mujeres de las veredas investigadas. Es importante aclarar que según el agua a la que tengan acceso, ya sea de río, pozo o lluvia, las experiencias de las mujeres varían. Por ejemplo, abastecerse del río implica recorrer largas distancias e invertir un esfuerzo físico mayor durante el proceso (Brocklehurst, 2012). Mi propósito con este capítulo no es llegar a un análisis reduccionista sobre el cuerpo de las mujeres sino tomarlo como hilo conector de ideas, sentidos, experiencias y dolores causados por el traslado y el tratamiento del agua. Asimismo, no busco idealizar a las mujeres sino destacar su labor y las consecuencias que ésta ha dejado en sus cuerpos, pues la división del trabajo por género (Sultana, 2014), en relación con el agua, es evidente en las comunidades protagonistas de esta investigación.

El recorrido en esta segunda fase por las aguas y asentamientos humanos a orillas del San Jorge tiene tres puntos claves. En el primero llamado “Las mujeres y los niños somos los encargados” estudiaré el rol de la mujer como responsable del abastecimiento del agua para consumo humano en el hogar y la relación de esta labor con las nociones de cuidado desde el concepto de “cuerpo para otros” (Lagarde, 2001). En el segundo titulado ‘Experiencias corporales de mujeres: dolores y enfermedades vinculados con el agua’ abordaré la noción de dolor desde dos aristas: el provocado en el cuerpo de las mujeres por la búsqueda y el acceso al agua, y el que se presenta al momento de consumirla como las molestias estomacales. De igual forma, analizaré las enfermedades hídricas que se presentan en contextos de contaminación de afluentes en La Mojana sucreña. Por último, en “Usted tiene que hacerse al agua” examinaré

el proceso de adaptación del cuerpo humano frente a este recurso, los saberes particulares creados a partir de la interacción con artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) para el tratamiento, y las experiencias corporales de las mujeres (Esteban, 2013) y demás integrantes del hogar al consumir y tener contacto con diferentes tipos de agua.

2.1 “Las mujeres y los niños somos los encargados”

En las zonas rurales de La Mojana predomina una división sexual del trabajo y de las actividades de sostenimiento del hogar. Los hombres usualmente se dedican a labores de ganadería, pesca o agricultura y son ellos quienes por lo general participan de la vida pública, los espacios de liderazgo, representación comunitaria y las negociaciones económicas externas del hogar. Las mujeres por el contrario son relegadas al espacio privado y son las responsables de atender todas las labores que conciernen al ámbito del hogar. Con respecto al agua, las mujeres están a cargo de la tarea del abastecimiento de este recurso para poder realizar las demás actividades asociadas con “la limpieza, la cocina y el cuidado de niños, enfermos y ancianos, cada uno de los cuales se naturaliza como trabajo de mujeres” (Sultana et al., 2016: 154). En este proceso, el cuerpo femenino se compromete físicamente, pues cargar el agua y transportarla requiere un esfuerzo físico alto. Esta serie de responsabilidades relacionadas con el abastecimiento del agua, que a su vez llevan a tareas del cuidado, permite entonces analizar el cuerpo de la mujer como “un espacio siempre dispuesto a cargar, y a recibir al otro” (Lagarde, 2001: 382), es decir, un cuerpo para otros.

En las actividades diarias de las mujeres se puede evidenciar la noción de cuerpo para otros y la transversalidad del agua en sus vidas cotidianas (Orlove y Caton, 2010). Las mujeres de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 tienen rutinas muy similares en sus hogares. La jornada inicia muy temprano, cerca de las 5 a.m. calentando la brasa para preparar el tinto, luego revisan los animales, en algunos casos reciben a los trabajadores, e inician la preparación del desayuno. Luego de despachar la primera comida del día, comienzan a organizar el almuerzo. En el caso de El Torno y La Mancha 1 las mujeres deben agregar una tarea más y es la recolección del agua. Como los pozos de esas veredas se encienden en la mañana por un corto periodo de tiempo, hay que aprovechar las horas de bombeo para almacenar la suficiente agua para las labores del día. Como expuse en el primer capítulo, en Venecia 1 las personas deciden cuándo encender la motobomba del pozo y por cuánto tiempo, por lo que esta actividad no tiene una periodicidad generalizada. Sin embargo, organizar las mangueras hasta los tanques de almacenamiento, tras activar el pozo, sí es una tarea que recae, en la mayoría de los casos, en las mujeres de Venecia 1.

Luego del almuerzo, las tareas de las mujeres se enfocan en limpiar la casa, lavar la ropa, alimentar a los animales como puercos, gallinas y patos, y cuando cae la tarde, preparar la cena. Hacia las 7 de la noche, las labores en la cocina finalizan, así que hay tiempo para tomar un baño y descansar. Las actividades y tareas que realizan las mujeres a lo largo del día están atravesadas por el agua que debe ser apta para el consumo y los diversos usos que se le dan, y por el cuidado de los otros como familiares y animales domésticos. Por ejemplo, para quienes recolectan el agua del río para las labores del hogar, deben tratarla con cloro en piedra, esperar

a que “claree”, es decir, que se vea transparente, para que sea apta al momento de utilizarla. Para lavar la ropa, las mujeres de las tres veredas afirman que sea cual sea el agua que se recolecte y trate, “si da espuma, es buena”. Cuando hay visita o alguna persona de la casa está enferma, el agua hay que pasarla varias veces por los filtros o hervirla, proceso que genera un esfuerzo adicional: la búsqueda de la leña (Sultana, 2010). Por ende, si las mujeres no garantizan la calidad del agua para los diversos usos, esto representa una falta en su responsabilidad de proveedora y administradora del agua en el hogar (Sultana et al., 2016). Asimismo, la búsqueda y garantía de un recurso apto para el consumo, junto a las labores del hogar, generan un desgaste físico en las mujeres (Viveros, 1995). Dicho desgaste desencadena una serie de dolores que son postergados porque las mujeres han interiorizado como algo “natural” dejar de lado el cuidado de su propia salud y priorizar el de las demás personas a su cargo.

Para Aura María Reinól, habitante de El Torno, abastecer su casa con agua es una tarea que requiere mucho esfuerzo. Para ella, la mejor agua es la del río porque es “viva, corre, no cría parásitos ni es gruesa¹⁸” y es la que le gustaría tomar y utilizar para todo. Sin embargo, me dice que lo dejó de hacer por “flojera” porque con el pozo solo es mover las mangueras y llevarlas a todo lado, sin tanto esfuerzo. En cambio, si quisiera consumir agua del río, tendría que caminar 100 metros hasta el San Jorge y hacer alrededor de veinte trayectos. En la siguiente imagen se pueden observar los recipientes de almacenamiento de agua de la casa de Aura María: tinajera, tanques de 20 y 60 litros para la cocina, otro para el baño y el tanque de concreto con su respectivo recipiente de 1.000 litros.

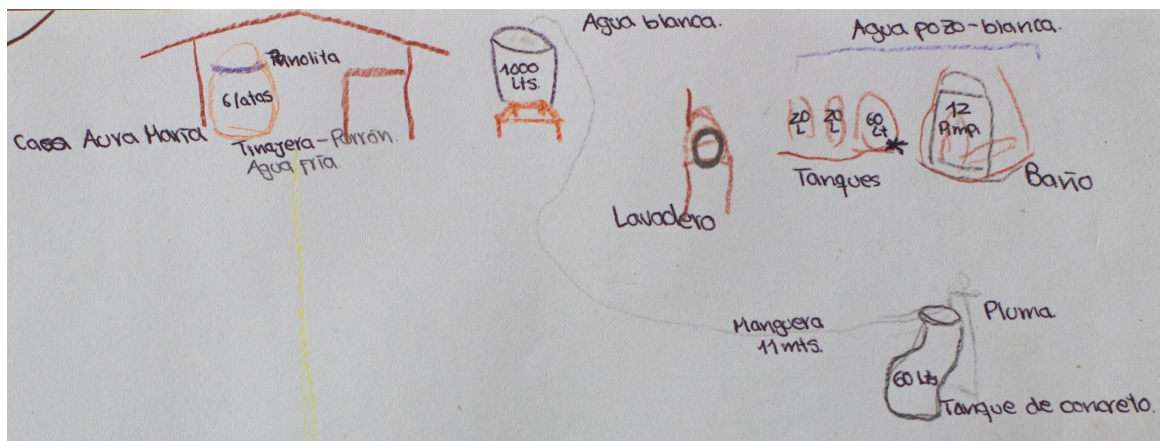


Imagen 16. Recipientes de almacenamiento. Realizado por Aura María Reinól. 2019.

Cuando decide recolectar agua del río, Aura María debe salir a las 6:00 a.m. para que el sol no haga más difícil el traslado de las *pimpinas*¹⁹ con agua hasta la casa. La tinajera es el primer recipiente que ella llena porque es el indicado para el agua de consumo, debido a que su material de barro la mantiene fría. Además, al momento de agregar el agua a la tinajera, le pone un trapo azul o *panolita* en la boca del recipiente para filtrar la suciedad o ramas que puede

¹⁸ Según las personas de esta región, el agua gruesa es la que se ve turbia o “mona” por el sedimento del río. Al consumirla es pesada y cuando se usa para lavar no hace espuma y mancha la ropa.

¹⁹ Recipiente de plástico en el que se almacena el agua. En la región también se les llama tambucos.

traer del río. Para llenar la tinajera, debe sacar entre cuatro y seis latas o pimpinas de 20 litros cada una. Luego, 12 pimpinas de agua para abastecer el tanque del baño y seis recipientes más para las labores de la cocina. Para ahorrar tiempo, “hay veces en que lleno dos y me las monto al hombro”, me dice. Este proceso le toma más de tres horas en época de invierno y en verano un poco más de tiempo, pues al bajar el nivel del río el agua se encuentra más lejos. Además, esta labor debe hacerla sola y el peso de los recipientes le ha generado dolores en la espalda, piernas y hombros, y se intensifican por la distancia que debe recorrer, pues no cuenta con una carretilla para trasladar las pimpinas del río a su casa. Este último aspecto sobre las molestias en el cuerpo a causa de la búsqueda y acceso al agua lo abordaré a profundidad en el segundo apartado de este capítulo.

“El agua del río es más rica que la de San Marcos”, expresa Aura María y agrega: “Si yo viviera a la orilla, tomaría siempre del río”. La distancia entre su casa y el río, y los dolores que le genera el traslado de los recipientes cargados de agua, ocasionó que Aura María redujera su consumo del San Jorge y aprovechara la facilidad que le brinda el pozo con la conexión de las mangueras. Para quienes viven cerca del San Jorge y prefieren consumir sus aguas, mantener esta opción es posible. Para Olga García habitante de El Torno, “el agua del río corre, es la mejor de todas” y la utiliza para beber, porque para las demás labores del hogar utiliza la del pozo por la facilidad que le brinda acceder a ella por medio de una llave. La casa de Olga está a tan solo 20 metros del río, por lo que el desgaste en la recolección del agua es menor, y además, cuenta con la ayuda de su hija de 16 años. Ellas no tienen un horario establecido porque salen por el agua tan pronto se acaba, pero afirman que es mejor hacerlo en la mañana para que al río no le llegue tanta basura. Para el consumo, Olga y su hija recogen 5 pimpinas de 20 litros cada una, tarea que les toma entre 10 a 15 minutos, y la almacenan en el recipiente color verde que se puede observar en la siguiente imagen.

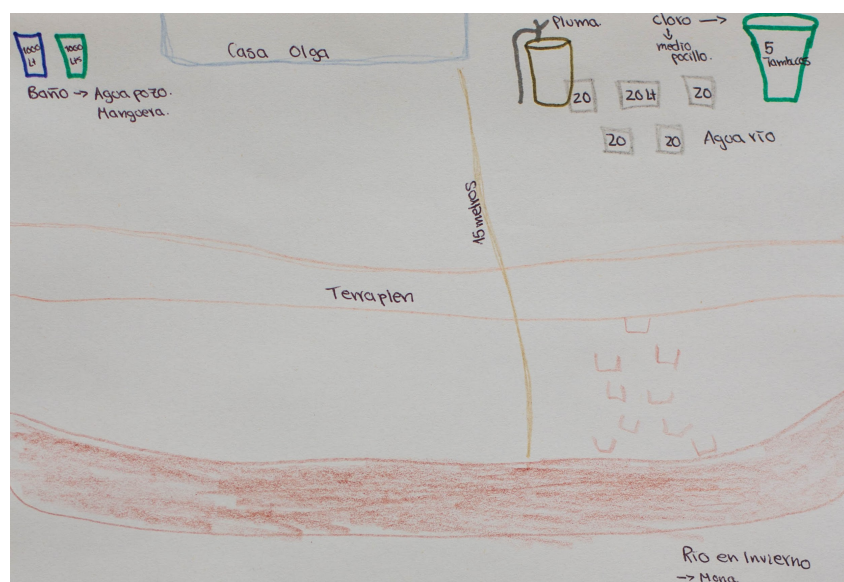


Imagen 17. Recipientes de almacenamiento. Realizado por Olga García. 2019.

El agua del río que recolectan Olga y su hija les dura aproximadamente un mes porque solo la utilizan para combatir la sed. Para mantenerla en buen estado, le agregan medio pocillo de cloro

en piedra derretido y el recipiente en el que la almacenan debe permanecer bien cerrado. En cambio, con el agua del pozo sí tienen problemas porque a pesar de tapar el tanque de concreto donde la reservan, éste se llena de parásitos. “Ya me duelen los pulmones de lavar ese tanque para quitarle el asiento verde”, menciona Olga y además, afirma que para evitar los parásitos añade unas gotas de límpido. Todas estas experiencias e ideas relacionadas con el agua influyen en la toma de decisiones por parte de las mujeres sobre cuál usar para las labores de limpieza, cocina y consumo. Aunque Olga utiliza el agua del pozo para cocinar, la de consumo es diferente y mientras saca una botellita de plástico de la nevera llena de agua de río me dice: “El día que yo no tenga mi agua, me aguanto y apuro con la sed”.

Para una parte importante de la población de El Torno, el agua del río sigue siendo una principal fuente de hidratación. A pesar de tener el pozo y la facilidad de obtener agua con tan solo abrir la llave, las características otorgadas a este recurso basadas en el sabor, olor y las repercusiones que tiene en la salud de las personas (Pangare & Idris, 2012) han sido claves para que las mujeres realicen esfuerzos para seguir consumiendo agua del río. Sandra Madera, habitante de El Torno, hace parte del grupo de personas de la vereda que aún consumen agua del río San Jorge. Para ella, el agua del pozo es verde, babosa, le cae mal porque le da dolor de estómago y le dice lo siguiente a sus vecinos que sí consumen de esta agua: “Así de verde como se pone esa agua, así serán sus tripas”. Por esto, Sandra semanalmente camina menos de 2 metros, que prácticamente son algunos pasos, hasta el San Jorge para abastecer su hogar con agua. Los recorridos al río debe hacerlos sola porque su hija de 12 años no sabe nadar y a Sandra le da mucho miedo que algo le suceda. Tiene un recipiente de plástico de 200 litros en el que la almacena y lo mantiene cerrado para que el agua se conserve en buen estado.

Sandra utiliza pimpinas de 20 litros y tiene que hacer cinco viajes hasta el río para llenar el tanque dispuesto para esta agua. Al terminar, toma el cloro en piedra, lo sumerge y lo mezcla mediante movimientos circulares, en el recipiente como parte del tratamiento. Por la cantidad de agua que almacena, debe esperar casi 20 minutos para corroborar que agregó la dosis correcta de cloro. Por medio del color del agua (transparente) y el sabor (que no esté amarga), Sandra verifica si debe agregar más cloro o si ya está lista para consumir o para utilizarla en las labores del hogar. Al preguntarle a Sandra cómo saber cuál es la dosis adecuada de cloro para el agua, ella me responde que es una cuestión de “ojo”, que se perfecciona con el ensayo y error. Sin duda, “la cuestión de ojo” hace parte de la dimensión corporal, pues por medio de prácticas, relaciones y simbolismos sociales (Esteban, 2013) vinculados con el agua apta para el consumo, pues tras un proceso repetitivo y sensorial se conoce la cantidad de cloro indicada para tratar el agua del San Jorge. Esta situación permite comprender que el cuerpo, por medio de sensaciones y percepciones (Mennelli y Rodríguez, 2018), opera como una entidad con la que se construye conocimiento en el mundo social.

En la imagen 18 se puede observar una cartografía realizada por Sandra con ayuda de su hija Yoregina, en la que retratan cómo es el río en verano e invierno, los recipientes de almacenamiento y las diferencias en el terreno que dificultan o facilitan el acceso al agua en cada época. En invierno (al costado izquierdo de la imagen), el color del agua del río es amarillo tierra y acceder a ella es sencillo porque está más cerca, no obstante, el peso de las pimpinas

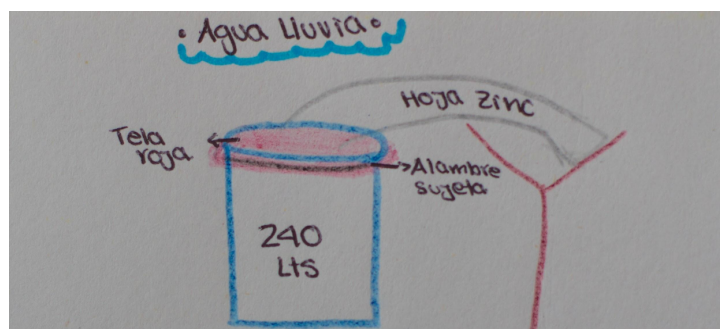


Imagen 19. Recolección de agua lluvia. Realizado por Dora Herrera. 2019.

En medio de un paisaje lleno de agua, como lo es La Mojana, pero con altos índices de contaminación de este recurso, la situación de las mujeres se agudiza al ser las encargadas de buscarla, tratarla y administrarla. En este contexto particular, entender el agua desde la práctica y el discurso cotidiano (Orlove y Rassmusen, 2017) implica reconocer una serie de acciones enfocadas en encontrar este recurso, trasladarlo, sortear con las épocas de escasez y su tratamiento para convertirla en apta para el consumo y las labores del hogar. Para desarrollar estas actividades y por ende, las demás que implican el uso del agua, las mujeres de estas veredas utilizan su cuerpo como herramienta (Le Breton, 2002) en el sentido en que, por medio del esfuerzo físico al igual que con el olfato, el tacto y el sabor, se relacionan con el ambiente y este recurso en particular.

Al posicionar al cuerpo como eje central de las actividades relacionadas con el agua, las mujeres padecen un desgaste físico (Lagarde, 2001) porque no es solo acceder y tratar este recurso, sino también proporcionarlo para las necesidades diarias, el consumo y la preparación de alimentos (Sultana, 2010; Wutich & Brewis, 2014). El deterioro físico que padecen las mujeres por desarrollar dichas acciones tiene raíces estructurales en la imposición social del “rol natural de cuidado”, en el que hay una entrega y responsabilidad por resolver las necesidades de los demás, dejando de lado las repercusiones en la salud propia. Al asumir este rol, las mujeres incorporan en su cotidianidad una serie de experiencias y hábitos socialmente aceptados (Castellanos, 1995) en las que esa entrega y posicionalidad del “cuerpo para otros” (Lagarde, 2001) es justificada e incluso, vista como inevitable. Por esto, a pesar de usar y beneficiarse del agua que recolectan, la prioridad se vuelca hacia las necesidades de los demás integrantes del hogar.

A su vez, esta entrega a los demás y la responsabilidad del cuidado recae sobre las mujeres a raíz de una división “natural” (Viveros, 1995), la cual asigna unas ideas particulares sobre las mujeres y a lo que se denomina “lo femenino” en contraposición a “lo masculino”. Esta situación permea todos los espacios de la vida social y frente al acceso, control, uso y conocimientos sobre recursos como el agua también se presentan experiencias diferenciadas entre hombres y mujeres (Sultana, 2018). Bajo un panorama de división del trabajo por género, las mujeres se enfocan en aspectos como la equidad del acceso, la mejora de los servicios y la calidad del agua, mientras que los hombres en aspectos económicos asociados a la obtención de este recurso (Sultana, 2020). Sin embargo, las mujeres experimentan no solo preocupación por la cantidad sino también por la calidad del agua, pues este aspecto involucra elementos

químicos como el cloro que implica costos adicionales a nivel monetario, físico y de tiempo (Sultana, 2020). La inequidad en las tareas relacionadas con el agua y sus consecuencias son evidentes por medio de los dolores presentes en el cuerpo de las mujeres. De allí la importancia de destacar y reconocer sus experiencias corporales (Esteban, 2013) con el fin de reivindicar el valor de su trabajo y su rol como las principales administradoras del agua en el hogar (Sultana et al., 2016).

2.2. Experiencias corporales de mujeres: dolores y enfermedades vinculados con el agua

“El cuerpo está íntimamente ligado a lo social, ya que toda práctica social es, de una manera u otra, una experiencia corporal”
(Esteban, 2013: 71).

Las experiencias corporales de las mujeres de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1, respecto a la búsqueda, acceso y tratamiento del agua, especialmente, de consumo humano, son centrales en el presente análisis porque dan cuenta de la corporización de las decisiones frente a este recurso. La presencia de dolores, la cual evidencia la relación entre el individuo y el entorno, se naturaliza hasta el punto de ser incorporados en la cotidianidad de las mujeres, pues son producto de prácticas sociales presentes a diferentes escalas (Esteban, 2013; Le Breton, 2019). Desde la escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015), las mujeres se enfrentan a dos tipos de dolor: el generado por el acceso al agua, principalmente la del río, y el del consumo expresado con malestares estomacales, alergias en la piel, entre otros.

A partir de estas dos fuentes de dolor y malestar, las mujeres de las veredas investigadas toman decisiones frente a las preferencias del agua que utilizan y en algunas ocasiones, dichas elecciones generan contradicción. Esto se presenta porque muchas veces el agua que desean consumir y utilizar, la que no les genera ninguna enfermedad a ellas ni a sus familiares, implica un esfuerzo y desgaste físico en su búsqueda y acceso. Por ende, en este apartado analizaré cómo se expresan los dolores en el cuerpo de tres mujeres de la vereda El Torno provocados por la búsqueda y acceso al agua del río San Jorge. Me centro en El Torno y no en las otras dos veredas investigadas porque es allí donde se mantiene el consumo de esta agua y no cuentan con motobombas para obtenerla de forma rápida y sencilla, y por eso deben contar solo con sus cuerpos. Igualmente, en este apartado abordaré los desafíos que las mujeres deben sortear frente a las enfermedades hídricas presentes en contextos de contaminación de afluentes como La Mojana sucreña.

Aura María ha utilizado durante muchos años el agua del San Jorge para todas las labores del hogar pero desde la llegada del pozo en 2006, solo utiliza la del río para el consumo. Esto se debe a las facilidades que le brinda el pozo porque “puedo tener mangueras y llevarlas a todo lado, es un esfuerzo menor”. Aunque actualmente no recoge la misma cantidad de agua del río que antes, esta labor sigue causándole dolores en su cuerpo, principalmente, en las rodillas, hombros y espalda.

En verano, toca darle pa' abajo, hacia la playa. Cuando una va subiendo, toca hacer escalones, es casi subir a un segundo piso. Al sacar el tanque del agua, eso da un dolor de piernas detrás de las rodillas, en la espalda y el hombro (el derecho), afirma Aura María.

Los dolores se focalizan en esas partes del cuerpo porque Aura María levanta el tambuco o pimpina del piso, lo pone en su rodilla, de allí va al hombro y luego a la cabeza. Sumado a esto, está el esfuerzo físico y de resistencia que debe realizar para salir de la playa porque como ella lo menciona “es casi subir un segundo piso” más el peso de un recipiente de 20 litros. Asimismo, estos dolores se intensifican por los trayectos que debe realizar de su casa al río, pues para abastecerse del agua para consumo esta labor le toma cerca de tres horas.

En la Imagen 20 se puede observar un dibujo realizado por Aura María sobre su cuerpo, los lugares donde se produce dolor por la búsqueda y el acceso al agua del río (en color rojo), los tonos del San Jorge en verano e invierno (azul y café) y los escalones que debe hacer en la tierra con sus pies para llegar al agua. Sortear las condiciones del terreno suma una dificultad más que se traduce en dolores en el cuerpo (Sultana, 2011) experimentados no solo por Aura María sino también por las demás mujeres cada vez que buscan agua en el río San Jorge. Esta labor cotidiana intensifica los dolores y es por medio de estas pulsaciones del cuerpo que se puede comprender “cómo repercuten las relaciones con el mundo del sujeto, a través del filtro de la vida cotidiana” (Le Breton, 2002: 92).

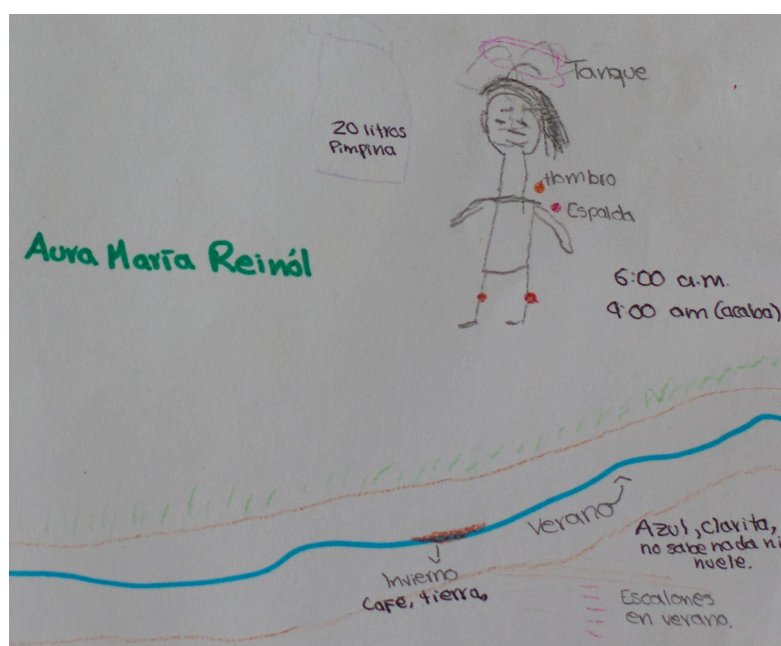


Imagen 20. Cartografía del cuerpo. Realizado por Aura María Reinól. 2019.

Los dolores que padece Aura María por la recolección del agua del San Jorge no son los únicos relacionados con este recurso. Con la llegada del pozo a la vereda, Aura María comenzó a experimentar rasquiña en la piel cada vez que la utilizaba y para contrarrestar esta reacción, le aplicó algunas gotas de límpido al agua almacenada en tinas de plástico. “El agua de pozo abulta, lo pone derecho (diarrea)”, afirma Aura María y por esto, tuvo que comprar cloro en piedra para hacerle tratamiento y así, poder consumirla. Pese a esto, Aura María prefiere el

agua del río porque es “viva, corre, no cría parásitos” y además, no le ha causado ningún malestar estomacal o en la piel ni a ella ni a su familia.

Las experiencias corporales que vivieron Aura María y su familia con la llegada de un nuevo tipo de agua a sus vidas (la subterránea) fueron claves para las decisiones relacionadas con este recurso. A pesar de que el agua del pozo le generaba facilidades a nivel de acceso, los malestares en la piel y estómago de ella y su familia influyeron en que no la utilizara para el consumo y tuviera que agregarle cloro en piedra o límpido para emplearla en las demás actividades del hogar. Por ende, ella sigue yendo al San Jorge para abastecerse y consumir de sus aguas, a pesar de los dolores que le causa obtenerla, pues es su favorita por sabor y porque no le causa enfermedades al beberla.

La unión de esta serie de dolores que Aura María y otras mujeres de El Torno padecen por buscar y acceder al agua del río muestra “cómo la realidad del cuerpo remite a significados inconscientes, sociales, culturales e individuales” (Le Breton, 2019: 50), en este caso particular, en la toma de decisiones frente a qué tipo de agua utilizar en ciertas labores. Para Aura María, pese a que recolectar agua del San Jorge le genera dolor en su espalda, rodillas, hombro y piernas, ella seguirá realizando esta actividad para garantizar un agua de consumo que refresque y no genere molestias estomacales. Sumado a esto, a dichos dolores en el cuerpo por el acceso y búsqueda del agua se les otorga nuevos significados desde lo social y cultural, los cuales se asocian con un modo de vida particular de las mujeres en el que es central el cuidado de los otros (Lagarde, 2001). De esta forma, las experiencias corporales se naturalizan porque se conciben como consecuencias innatas de su rol como proveedoras y administradoras del agua en los hogares (Esteban, 2013; Sultana et al., 2016).

Ahora bien, Olga García y Sandra Madera son mujeres que también se abastecen del San Jorge y padecen de experiencias corporales de dolor similares a las de Aura María. Por un lado, Olga García vive a tan solo 20 metros del San Jorge, no obstante, tiene fuertes dolores en la espalda y en las piernas por sacar el agua del río, su favorita para el consumo. Para ella, el agua del San Jorge es “dulce, fresca pero también *mona*²⁰ por la tierra”. En verano es cuando se presentan los dolores en su cuerpo porque se forma una playa en el río y el agua se encuentra cinco metros más lejos. Al igual que Aura María, Olga hace una especie de escalera en la tierra con sus pies para poder entrar y salir de esa playa. En la Imagen 21 se puede observar de color rosado los puntos en los que se focalizan los dolores en el cuerpo de Olga: pies, espalda, hombro y cabeza.

²⁰ El agua mona es la que proviene del río y se llama así por el color amarillo de la tierra y los sedimentos del San Jorge. Para tratar esta agua, las mujeres utilizan cloro en piedra o alumbre, los cuales ayudan a que el sedimento baje al fondo del recipiente y el agua quede transparente, lista para consumir.



Imagen 21. Cartografía del cuerpo. Realizado por Olga García. 2019.

Pese a que Olga realiza un esfuerzo físico en la búsqueda y acceso del agua de río tanto en invierno como en verano, en algunas ocasiones cuenta con una carretilla y el apoyo de su hija. Esto facilita el traslado de las pimpinas llenas hasta su casa pero no elimina los dolores en sus pies, espalda, hombro y cabeza porque sí realiza un esfuerzo físico al acceder al agua del río. Al igual que Aura María, a Olga tampoco le gusta el agua del pozo, le cae mal a su estómago, la hincha y según ella, tiene mal sabor. Por esto, solo la utiliza para lavar los trastes, la casa y la ropa, y la almacena en un gran tanque de concreto.

Los atributos físicos del agua asociados al color, sabor, entre otros, configuran su uso (Orlove y Caton, 2010) y en este caso, influyen en la decisión de Olga de no utilizar el agua del pozo para consumo y en que siga yendo al río cada vez que la sed la “apura”, a pesar de los dolores que le causa sacarla de allí. Sin embargo, para esta mujer de la vereda El Torno el agua del pozo también le implica un desgaste físico, en la medida en que mantener limpio el recipiente de almacenamiento es todo un reto. Los residuos y parásitos que manchan el tanque de concreto le producen una percepción de suciedad a Olga y a su vez, una sensación de cansancio por el esfuerzo que debe realizar para quitarlo. Por esta razón, la presencia del agua del pozo no representa para ella una fuente libre de desgaste ni esfuerzo físico.

Por otro lado, Sandra Madera vive muy cerca al San Jorge, a menos de dos metros, y de los tres casos presentados es la que menos debe caminar para acceder al agua del río. Cada una o dos semanas, va hasta el San Jorge y saca cinco pimpinas de 20 litros cada una. Algunas veces cuenta con el apoyo de su esposo Domingo. Sin embargo, no siempre coinciden con los horarios de recolección porque él trabaja en fincas vecinas como jornalero y debe salir desde muy temprano. A diferencia de las otras mujeres consultadas en El Torno, Sandra Madera incluye en su experiencia de acceder al agua del San Jorge, el trabajo de crear las escaleras con una pala. “En tiempo de verano, hay que hacer escalones para poder bajar por el barranco. Hay que hacerla con una pala para poder bajar hasta la playa”, comenta. Tras el esfuerzo físico que implica crear las escaleras, vienen los trayectos y con ellos, los dolores en el cuerpo, en especial en los pies, debido al peso de los recipientes y el uso de chanclas.

Uno con un tanque de abajo para arriba le da de todo, dolor en los pies. A veces en los hombros por la carga de la pimpina y hasta dolor de cabeza. Si usted se resbala en el barranco, se parte todo, afirma Sandra Madera.

Para Sandra este esfuerzo vale la pena porque el agua del río es sabrosa, dulce, clarita y no le hace daño a ella ni a su familia debido a que “la corriente hace que no tenga mugre, el agua corre”, aclara. Además, Sandra fundamenta su decisión de tomar agua del río en que ha pasado toda la vida en El Torno y siempre la ha consumido, le quita la sed y no le ha generado ningún malestar. En cambio, el agua del pozo es gruesa, salada y no hace espuma al momento de lavar, por esto no es catalogada como un agua buena. Para Sandra y las demás mujeres consultadas durante esta investigación, la espuma que genera el agua al momento de lavar es indicador de calidad porque se asocia a que es un agua delgada, transparente y que no mancha la ropa. Sandra trata el agua del río con cloro en piedra o límpido para poder utilizarla para cocinar y beber. Aunque en algunas capacitaciones con organizaciones como la Secretaría de Salud de San Marcos o el PNUD les recomiendan hervir el agua, para Sandra esta no es una opción porque el sabor de ceniza que queda no le agrada. Sin embargo, este es un procedimiento obligado cuando algún integrante del hogar se encuentra enfermo porque de esta forma se garantiza que el agua no contenga ningún parásito o suciedad.

Las contradicciones que se presentan frente a qué tipo de agua utilizar (río o subterránea) y cuál dolor priorizar (el del acceso o el que genera al consumirla) evidencia una reflexión corporal (Esteban, 2013) de las mujeres, quienes administran el dolor (Das, 2008) y lo asumen con el fin de reducir la aparición de una enfermedad, en este caso estomacal, para sus familias y ellas mismas. Con esto, el cuerpo se concibe como “una alternativa para acceder al análisis de [...] las relaciones entre sujeto, cuerpo y sociedad” (Esteban, 2013: 28) y como fuente de conocimiento corporizado (García, 2013) para la toma de decisiones relacionadas con el consumo y abastecimiento de agua. Asimismo, en la búsqueda de evitar enfermedades por el consumo del agua, las mujeres prolongan los dolores en los pies, piernas, rodillas, hombros, espalda y cabeza hasta el punto en que se transforman en enfermedades (Le Breton, 2019) que, como mencionaba anteriormente, son relegadas a un segundo plano porque son vistas como consecuencias de su rol como proveedoras.

Ahora bien, en Venecia 1 y La Mancha 1 las experiencias corporales de dolor de las mujeres no son tan explícitas en relación con la búsqueda y acceso al agua del río. Esto se debe a que las principales fuentes de agua, no solo de consumo sino también para las demás labores del hogar, son el pozo profundo y la lluvia. En Venecia 1 la mayoría de las parcelas tienen su propio pozo, por lo que el desgaste es menor debido a que lo activan cada vez que lo necesiten y las distancias para trasladar las mangueras no son mayores a un metro. En La Mancha 1 hay un pozo subterráneo comunal del que se abastecen las 10 familias ubicadas a orillas del San Jorge y el cual es activado todos los días por el señor Enor durante tres horas. Este pozo se conecta con los hogares de la vereda por medio de tuberías ubicadas bajo tierra, por lo que acceder a esta agua se logra por medio de una llave. Al igual que en Venecia 1, el esfuerzo físico es reducido porque solo hay que mover las mangueras hasta los recipientes de almacenamiento. Por lo anterior, las mangueras operan como dispositivos tecnológicos (López,

2016) porque transportan y distribuyen el agua. Sin embargo, también se “convierten en una extensión del cuerpo humano” (Verbeek, 2006: 365) porque son las mangueras las que llevan el agua a los diferentes recipientes sin requerir el trabajo adicional de largos desplazamientos ni la carga de los tanques, el cual genera los dolores en el cuerpo de las mujeres.

Otro aspecto clave y transversal en las tres veredas investigadas son las experiencias corporales con el agua como las molestias o enfermedades que se pueden presentar. Malestares estomacales, vómito, alergias y manchas en la piel han sido algunos de los síntomas que se han presentado en la población de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 por el consumo y uso del agua de río o pozo, principalmente. En el caso de la lluvia, alternativa de acceso al agua muy común en áreas rurales (Quiroga y Vallejo, 2019), ninguna de las personas entrevistadas durante mi estadía en campo mencionó algún malestar ocasionado por el uso de este tipo de agua. Por esta razón, analizar las enfermedades que se presentan por el consumo o contacto con los diferentes tipos de agua es relevante porque dan cuenta de las relaciones entre este recurso y las personas y a su vez, la influencia de estas en la toma de decisiones frente a los usos del agua.

Hablar de enfermedades hídricas hace referencia a las que “se adquieren por consumo de agua que está en mal estado o contaminada”, afirma Dulima Pérez coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019). Las fuentes de agua superficial y subterráneas son las más importantes de la región de La Mojana pero también las más afectadas por la contaminación “con mercurio de las minerías de oro, principalmente de las cuencas altas de los ríos Cauca y Nechí” (Green Climate Fund, 2017: 82). Esto se debe a la inundación ocurrida en la región de La Mojana en 2010-2011 porque “todas estas tierras se inundaron, todo ese mercurio corrió sobre la tierra, entonces se cree que todo está contaminado”, relata Miguel Severiche, habitante de Venecia 1. Incluso, a orillas de la carretera que conduce de San Marcos a Majagual, se pueden observar algunos troncos de árboles que, según Severiche, se secaron a raíz de las aguas contaminadas con mercurio que inundaron estas sabanas. La situación de contaminación por mercurio (Aguilera, 2004), junto a los desechos de actividades agrícolas y ganaderas generan problemas de salud debido a que afecta la calidad del agua de consumo humano y la utilizada en diferentes labores del hogar (Green Climate Fund, 2017).

A raíz de la inundación de 2010-2011, con los proyectos de organizaciones nacionales e internacionales llegaron discursos, lineamientos e ideas específicas sobre las características del agua apta para el consumo. La noción de calidad del agua se encuentra inmersa en discursos científicos en los que se mide “por contaminantes microbiológicos y físicoquímicos que representan riesgos directos para la salud o son indicativos de un riesgo para la salud humana” (Wutich et al., 2017: 2), y la cual debe ser vigilada por organizaciones o instrumentos dispuestos por la ley. En Colombia se creó el Sistema para la Protección y Control de la Calidad del Agua para Consumo Humano con el Decreto 1575 de 2007 y con la Resolución 2115 de 2007 se formularon algunas características e instrumentos básicos para garantizar la calidad del agua como el Índice de Riesgo de la Calidad del Agua para consumo humano (IRCA). Sin embargo, desde la otra orilla las personas que día a día desarrollan su vida en un contexto de contaminación del agua sortean el aspecto de la calidad desde lo sensorial con otros elementos

como el sabor, el olor y la experiencia ante dolores (Le Breton, 2002) o las molestias físicas que se presentan al consumir los diferentes tipos de agua (río, subterránea o lluvia).

Analizar las enfermedades hídricas brinda la posibilidad de entender las complejas relaciones que se tejen entre las personas y su entorno, y a su vez, que el acceso y tratamiento del agua involucra lo corporal, lo cual termina siendo clave al momento de darle significado y tomar decisiones frente al uso de este recurso. Cuando ocurrió la inundación de 2010-2011 las enfermedades que más se presentaron fueron las respiratorias, diarreas y brotes en la piel “porque al ser agua de inundación y por lo que murieron muchos animales en la creciente, estos se pudrieron y el agua estaba en pésimo estado”, afirma Ruby Percy enfermera por más de 25 años del hospital de San Marcos. Asimismo, otra enfermedad que tuvo un aumento de casos durante la inundación fue la Hepatitis A, que se presenta por consumo de agua contaminada y en medio de esta emergencia el número de casos llegó a más de 60 personas afectadas²¹. Aunque el brote se controló, la exposición al agua contaminada en medio de una inundación que se mantuvo por más de un año, facilitó la presencia de contaminantes en el cuerpo humano afectando la salud de las personas (Pangare e Idris, 2012).

Frente a esta situación, la Cruz Roja y el PNUD entregaron filtros para el tratamiento del agua para consumo humano y el Fondo de Adaptación realizó una serie de capacitaciones en las que se integró el agua lluvia, el cloro en piedra, el límpido y hervir el agua como elementos y procesos claves para asegurar el consumo y uso de este recurso en los hogares afectados de La Mojana. La falta de agua apta y de calidad en un contexto como estos puede afectar “la salud y el bienestar de todos los miembros de un hogar, exacerbando las vulnerabilidades y la pobreza” (Sultana, 2014: 375) y a su vez, generar una carga mayor en las mujeres a quienes se les ha asignado la responsabilidad de buscar, tratar y administrar este recurso. Por esto, las mujeres de la zona rural de La Mojana, puntualmente las ubicadas a orillas del San Jorge, comenzaron a desarrollar trabajos sanitarios (Viveros, 1995) como adaptar estos artefactos y procedimientos de tratamiento a su cotidianidad para contrarrestar los efectos en la salud causados por el agua contaminada en la inundación y mantener condiciones favorables para la salud en cuanto a la limpieza, la alimentación y la protección en el ámbito del hogar.

Con el paso de los años, los casos de Hepatitis A disminuyeron en el municipio y por esto, el tema de enfermedades por contaminación de agua no se volvió a priorizar a nivel urbano aunque en la zona rural se mantienen capacitaciones, afirma la coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019). Además, las enfermedades relacionadas con el agua no solo provienen de la contaminación sino también de aguas limpias mal almacenadas como sucede con el dengue. La zona rural de San Marcos sigue siendo la más afectada porque allí “no [hay] continuidad del servicio de agua para consumo humano las 24 horas del día, lo que incide en el almacenamiento inadecuado de agua en los hogares [e incrementa] los criaderos del mosquito transmisor del virus” (Secretaría de Salud de San Marcos, 2018: 154). Por consiguiente, el problema del acceso y la calidad del agua para consumo humano en las

²¹ Información proporcionada por la coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019).

comunidades rurales de San Marcos y de las demás que integran la región de La Mojana aún sigue siendo objeto de proyectos de desarrollo y saneamiento.

La implementación del proyecto “Mojana, clima y vida” está en marcha y en los últimos dos años se ha enfocado en el monitoreo de la contaminación por mercurio, la rehabilitación de humedales y la formación de más de cien campesinos bajo la figura de promotores²². Estas acciones están enfocadas en resolver los problemas de la gestión y calidad del agua en la región. Desde este proyecto y demás esfuerzos realizados por organizaciones municipales, nacionales e internacionales, garantizar el acceso al agua de calidad que no afecte la salud de las personas ni del medio ambiente, integra un elemento clave como lo es el saneamiento que “facilita no solo la salud sino también la dignidad y la educación en materia de higiene” (Brocklehurst, 2012: 91). Aunque las personas de las veredas investigadas han creado y adoptado una serie de artefactos para el tratamiento del agua para consumo humano traídos por estas organizaciones, se ha generado una disputa frente a la validación de estos procedimientos y la calidad del agua actualmente consumida por sus habitantes (como expliqué en el segundo apartado del primer capítulo).

La apertura oficial del proyecto “Mojana, clima y vida” tuvo lugar en la vereda El Torno el 13 de febrero de 2019 y contó con la presencia de varias organizaciones nacionales e internacionales, incluso, con el príncipe Haakon Magnus de Noruega embajador de buena voluntad del PNUD. Este evento no solo generó conmoción en las autoridades nacionales sino también en los habitantes de El Torno, quienes querían exponerle las necesidades de la comunidad.

Nosotros íbamos a hablar con él (príncipe) pero los del Programa no quisieron, ni que hiciéramos una cartelera con las necesidades que nosotros tenemos aquí. El profesor Jairo nos dijo que sí pero le dijeron que no nos hiciera el favor. Nosotros queríamos hacer la cartelera para que él leyera, entonces no pudimos decirle nada. En cambio, nos dieron una pintura para que pintáramos las casas para su visita. Nosotros decidimos dejarla así para que él las viera como están, deterioradas por la ola invernal de 2010, afirma Sandra Madera.

Durante mi estadía en campo, cuatro meses después de la visita del Príncipe, las personas de El Torno me comentaron mucho este tema, incluso, pude observar el mural que pintaron de bienvenida para él (Imagen 22). Aura María me contó que con la visita del Príncipe les prometieron que les pondrían filtros para el agua y letrinas, que habría un mejoramiento del agua pero como todo, había que esperar. En La Mancha 1, Marina González afirmó que serían 49 pozos para la región y que la entrega se daría por medio del PNUD. La importancia de estas promesas radica “en soluciones de suministro del agua y gestión de riesgo en el largo plazo para la región” (Green Climate Fund, 2017: 9), con las que las mujeres podrán sortear la carencia y las dificultades de acceder a servicios e infraestructuras relacionados con el agua, desde su rol de agentes de sustentabilidad de los hogares (Rico, 1998).

²² Tomado del portal web del PNUD-Colombia:
<https://www.co.undp.org/content/colombia/es/home/presscenter/articles/2020/02/se-lanza-programa-de-formacion-para-115-campesinos-de-la-mojana.html>



Imagen 22. Mural de bienvenida para el Príncipe de Noruega. El Torno. 2019.

Las organizaciones que integran el proyecto “Mojana, clima y vida” afirman que los sistemas de agua subterráneas son la principal alternativa para la población ubicada en las áreas rurales. Sin embargo, “el acceso no es uniforme en la región” (Green Climate Fund, 2017: 57) y pueden contaminarse con facilidad por filtraciones de las fosas sépticas. Esta amenaza constante conlleva a una tarea adicional para las mujeres: afrontar “los efectos de la contaminación de los recursos sobre los miembros del hogar” (Rico, 1998: 44). Para ello, las mujeres deben crear y mantener “condiciones favorables para la salud (limpieza, alimentación, protección)” (Viveros, 1995: 160), las cuales hacen parte de las actividades sanitarias que deben realizar en el marco del trabajo doméstico. Además, el precario e intermitente servicio de energía en las zonas rurales contribuye a la desigualdad en el acceso al agua. Sin embargo, este tipo de análisis institucional sobre las vulnerabilidades de los pobladores de La Mojana frente al acceso del agua y la calidad de la misma para el consumo, dejan de lado las experiencias corporales de las personas y en especial, de las mujeres quienes son las que sortean día a día estos problemas.

Por esta razón, entender el acceso y tratamiento del agua desde una perspectiva corporal nos invita a ver la problemática de la escasez y calidad del agua más allá de un aspecto meramente técnico para considerar la dimensión social y cultural de esas actividades. Asimismo, integrar una perspectiva de género “que nos permita entender los patrones sociales y culturales mediante los cuales [...] se apropian, usan y manejan los recursos naturales” (Arellano, 2003: 83), brinda la posibilidad de tomar las experiencias corporales de las mujeres frente a la búsqueda, acceso y tratamiento del agua como fuente de conocimiento aplicable a proyectos de intervención como el de “Mojana, clima y vida”. Al otorgarle importancia a dichas experiencias en las que se destaca el rol de las mujeres como proveedoras y administradoras del agua en el hogar (Sultana et al., 2016) y se reivindican sus saberes y aportes (Le Breton, 2002; Sultana 2014; Mennelli y Rodríguez, 2018), se contribuye a la construcción del camino de los estudios de género y desarrollo (Arellano, 2003).

2.3. “Usted tiene que hacerse al agua”

Durante mi estadía en campo, tuve varias conversaciones con los habitantes de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1. Aunque cada una de ellas tiene elementos característicos

y diferenciadores sobre el agua que consumen y utilizan para las tareas del hogar, la siguiente frase sí fue recurrente en las tres veredas: “Usted tiene que hacerse al agua”. Lo anterior se traduce en que el cuerpo humano se adapta no solo a cuestiones climáticas sino también al consumo y uso de un agua en particular. En estas veredas, los habitantes acceden principalmente al río San Jorge, a la lluvia y al agua subterránea.

Analizar la adaptación del cuerpo humano a cierto tipo de agua aporta a la discusión de entender la búsqueda, acceso y tratamiento de este recurso como un proceso físico en el que las experiencias corporales de las personas operan como fundamento en la toma de decisiones. A este proceso experiencial y sensorial con el agua, se integran saberes no solo sobre su tratamiento sino también frente a las reacciones que se presentan en el cuerpo al momento de utilizarla (consumo o limpieza). Al tejer estas reacciones con los saberes sobre el cuerpo provenientes principalmente de las mujeres, se construye una imagen del cuerpo en relación con cada tipo de agua (Le Breton, 2002; Sultana, 2014), pues “no podemos pensar a un cuerpo, ni sus prácticas ni sus representaciones fuera de contextos sociales de producción” (García, 2013: 7). En dichos saberes se integran no solo experiencias corporales de los habitantes de las veredas sino también la adopción y transformación de artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) que han aportado a un tratamiento óptimo de este recurso.

Vivir a orillas de un río influye en la forma en que sus habitantes se relacionan con este cuerpo de agua, se organizan espacialmente y subsisten. Al igual que otras comunidades ribereñas, la cotidianidad de las veredas de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1 está atravesada por la búsqueda, acceso y uso del agua, en un contexto con dificultades en el servicio constante de este recurso y con experiencias diferenciadas frente a su consumo y tratamiento. En la vereda El Torno el río San Jorge fue por muchos años la principal fuente de consumo de agua, incluso, para algunas familias aún lo es. La lluvia pasó muchas veces desapercibida como fuente de agua de consumo y se destinó para otras labores del hogar. En 2006 la llegada del pozo profundo trajo consigo la idea de que sus habitantes consumirían un agua de mejor calidad. Sin embargo, se presentaron algunos casos de diarrea, vómito y alergias en la piel de los consumidores de esta agua.

Para algunos, esta situación solo era algo pasajero mientras sus cuerpos se acostumbraban a esta nueva agua. Para Jorge Taboada fue así y confirma que “hizo daño al inicio, luego uno se acostumbra y listo”. Mirlay Martínez comenta que “algunos dicen que les da alergia pero uno no sabe si es el agua o son otras cosas” y aunque tiene que tomar agua del río cuando no hay luz, para ella “son aguas contaminadas, en cambio, la del pozo sí me gusta, sabe normal, por lo que ya estoy acostumbrada”. Sin embargo, para otras personas el asunto de la “costumbre” estaba dirigida al agua del río y comenzar a consumir la del pozo no sería una opción. “Yo estoy acostumbrada al agua del río, así que hay que seguirle dando de ahí”, afirma Mayaris Madera habitante de El Torno. Lo mismo le sucede a Olga García, quien comenta que después de tantos años no ha logrado acostumbrarse al sabor del agua del pozo.

La premisa de la costumbre también se mantiene en Venecia 1 y La Mancha 1 con algunos matices. Para José Ángel Martínez habitante de Venecia 1 “el pozo nos cambió la vida, sale

cristalina y sin sabor, ya estamos adaptados a esta agua”, y el señor Enor de La Mancha 1 afirma que “el agua del pozo es dulce, delgada y nos hemos adaptado”. Respecto a la lluvia, don Evaristo Miranda habitante de Venecia 1 expresa que “después de la creciente buscamos la forma de recolectar agua lluvia y desde ahí se ha vuelto una costumbre solo consumir esa”. A pesar de estar en la misma vereda, Jairo Cárdenas no logró acostumbrarse al agua lluvia porque para él “la del río es más sabrosa pero ahora el río es un cementerio, por eso ya no la cogemos” solo para los animales y para regar los cultivos. En Venecia 1 no todos se acostumbraron a utilizar el agua del río, como es el caso de Miguel Severiche quien comenta que “a nosotros nunca nos gustó el agua del río porque es un agua turbia, no es clara, por tratamiento que le hiciéramos a mí no me gustaba”. Mariluz, una vecina de Severiche, recién llegó a este lugar el agua del río le causaba ronchas en la piel pero luego se acostumbró, y con la llegada del pozo subterráneo dejó de utilizarla.

La historia respecto al acceso al agua de estas dos veredas es diferente y ha influido en las prácticas de consumo y en la adaptación del cuerpo a este recurso (lluvia, río o subterránea). Mientras que en Venecia 1 la mayoría de las parcelas tienen su pozo independiente desde el 2017, en La Mancha 1 llevan consumiendo agua subterránea desde el año 2013 por medio de un pozo profundo comunal. Las trayectorias de cada vereda y de sus habitantes influyen en su relación con el agua, su clasificación, el tratamiento y por ende, sus procesos de adaptación, como lo expliqué en el capítulo anterior.

Ahora bien, Dulima Pérez coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019) comenta que los seres humanos nos adaptamos a todo y que esta frase célebre que escuché durante mi estadía en campo tiene un soporte.

Nuestro organismo adapta su sistema gastrointestinal para ese proceso y eso es tan cierto que cuando vienen de la zona rural y toman agua potable, les hace daño, les da diarrea, vómito, malestares porque esta es un agua tratada que tiene cloro. Así el organismo busca protegerse, tanto por dentro como por fuera, afirma Dulima Pérez.

Las reacciones en la piel como alergias o manchas también funcionan como alertas durante el proceso de adaptación de los cuerpos a las aguas del río y del pozo, principalmente. Sin embargo, es importante destacar que dichos procesos no se dan de forma lineal debido a que cuando se presenta alguna emergencia como una inundación o en temporada de sequía y escasez, expone nuevos retos sobre cómo abordar estas situaciones (Sultana, 2018). Para contrarrestar los efectos que generan dichas emergencias, no solo basta con saberes relacionados con el agua sino también de las relaciones sociales (Björkman, 2014) que permiten la construcción y transmisión de los mismos. La principal es la que se teje en el ámbito del hogar donde, a partir de la cotidianidad y adquisición de un hábito, se incorporan saberes relacionados con el acceso y tratamiento del agua para consumo humano.

Las mujeres de las veredas investigadas, además de ser cuidadoras y administradoras del agua (Sultana, 2014; Sultana et al., 2016), han sido las emisoras de saberes relacionados con el tratamiento del agua y las enfermedades que se pueden presentar por el consumo y uso del

mismo. Jairo Cárdenas, habitante de Venecia 1 me comentó que la limpieza del agua, el uso del toldo, la tinajera y el cloro lo aprendió de su mamá, y junto a sus hermanos, ahora son los encargados de las labores del hogar relacionadas con el agua. En El Torno, Ana Julia Zambrano consume el agua directa del pozo y le pone una telita a la pluma para que la “cuele”. Al momento de mi visita, Ana Julia estaba con su nieto y teniéndolo en sus brazos me dice: “cuando el niño se enferma, yo hiervo el agua, de lo contrario no” y desde el quehacer diario relacionado con el agua, le ha enseñado a su hija el proceder con este recurso.

En el proceso de transmitir los saberes referentes al agua, las tinajeras han operado como “artefactos cargados de conocimiento” (Rasmussen, 2015), las cuales han incidido en las prácticas de tratamiento del agua. Durante mi estadía en campo, la mayoría de las mujeres que visité tenían tinajera y según ellas, fue un regalo de sus padres. Dora Herrera, habitante de Venecia 1, relata que la tinaja que tiene en su casa era de su mamá y que ha sido heredada por generaciones porque tiene casi 100 años. Gracias al barro con el que está hecha, la tinaja o tinajera ha funcionado como recipiente de almacenamiento y como filtro pues “la deja cristalina”, expresa Marina González de La Mancha 1. En consecuencia, la construcción de saberes relacionados con el agua, por parte de las mujeres, se ha dado gracias a la interacción con diferentes artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) para el tratamiento y a las experiencias corporales (Esteban, 2013) de ellas y de los demás integrantes del hogar al consumir y tener contacto con este recurso. Incluso, el uso de toldillos en los tanques de almacenamiento y los paños de tela en las llaves del agua fueron alternativas ideadas por las mujeres de las veredas para evitar y contrarrestar los residuos que llegan del río, la lluvia y los tubos.

Por su parte, hervir el agua es uno de los procedimientos más recomendados para consumir este recurso libre de parásitos y que no genere molestias estomacales. Mayaris, una mujer de El Torno, afirma que el agua de consumo para los niños y niñas debería ser hervida pero que muchas personas no lo hacen porque “el agua hervida es horrible, huele a feo, a ceniza y además, deja los calderos negros y se gasta mucha leña porque el proceso es demorado”. Sin embargo, cuando una persona está enferma sí se debe hervir el agua e incluso, después de hervida se pasa por los filtros para asegurar que no generará más malestar. Es importante aclarar que no todas las personas de las tres veredas investigadas cuentan con alguno de los filtros entregados, ya sea por el PNUD o la Cruz Roja, debido a que no estaban inscritos en alguno de los proyectos creados por estas organizaciones o porque simplemente estos elementos les dejaron de funcionar. Esta situación pone en desventaja a quienes no tienen acceso a este tipo de artefactos y por ende, genera cargas emocionales en las mujeres porque al ser ellas las responsables de darle tratamiento a este recurso, deben velar por su calidad y la salud de los integrantes del hogar (Sultana, 2011; Viveros, 1995).

De todos los aprendizajes que les ha dejado la relación con los diferentes tipos de agua a los que pueden acceder, hay uno en especial que las mujeres de las veredas recalcan. Este es: no mezclar aguas. Es decir, hay que tomar una sola agua para así acostumbrar el cuerpo porque si se mezclan, se genera un malestar. Dora Herrera habitante de Venecia 1 fue la primera mujer a la que le escuché esta recomendación pues desde el primer día en que llegué a la zona, ella me recibió en su casa y me guió para evitar cualquier enfermedad provocada por el consumo

de agua. Durante mi estadía ella me ofreció agua del pozo profundo filtrada, varias veces, porque según ella, al repetir el procedimiento esta quedaba “más limpia” y así no me generaría ningún malestar.

Cuando visitaba La Mancha 1 o El Torno yo llevaba conmigo un termo con agua filtrada y Dorita, como le digo de cariño, siempre me recomendó que solo tomara esa porque si mezclaba con alguna otra de las que usaban en las veredas podría enfermarme. Sin embargo, en la mayoría de las casas que visité durante mi trabajo de campo la bebida predilecta que le brindaban a los funcionarios del Fondo de Adaptación o del PNUD y a mí era gaseosa. Según las personas de las casas a las que iba, era preferible invertir en estas bebidas porque al no ser de la zona, el agua podría causarnos malestares estomacales. Esta situación evidencia que el agua utilizada y consumida en estas veredas es para los cuerpos de los habitantes de la región porque están adaptados a ella, en cambio, los cuerpos de los foráneos no y más porque sus visitas son por periodos cortos. Asimismo, la búsqueda y tratamiento de este recurso son labores relegadas a las mujeres de la región y a pesar de mi condición de género en el trabajo de campo, no se me permitió desarrollar tareas relacionadas con el agua porque pesaba más mi condición de “foránea”. En este sentido, mi aporte en las labores del hogar no fue tan significativo como lo hubiese querido y en algunas ocasiones, tras mi insistencia, Dorita terminó accediendo a que la apoyara en labores de limpieza y organización del hogar.

En La Mancha 1, Venecia 1 o El Torno la venta de agua es poco común porque para las personas este recurso se regala y no tiene costo alguno para alguien que esté apurado con el calor y la sed. Para los foráneos que buscan hacerle frente a las fuertes oleadas de calor, lo que se les brinda y encuentran en las tiendas de las veredas es gaseosa. Recuerdo que en visitas anteriores a la región, los profesores o investigadores con los que íbamos siempre nos recomendaban llevar agua embotellada comprada en el casco urbano del municipio para evitar alguna molestia estomacal, pues no estábamos acostumbrados al consumo de agua subterránea, de lluvia o de río. A pesar del alto consumo de plástico, las botellas de agua eran reutilizadas por los habitantes de las veredas, por lo que el impacto a nivel de contaminación era mínimo.

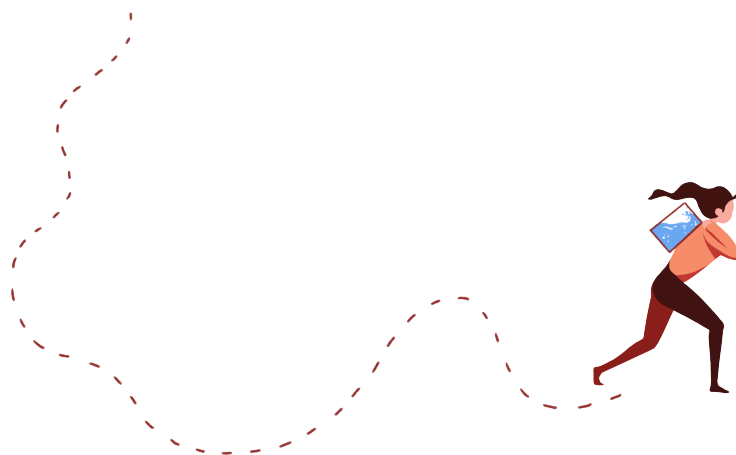
Durante los meses que estuve en campo para desarrollar esta investigación no tuve ningún problema estomacal o de alergia en la piel por el consumo y uso de agua subterránea o de lluvia. En una de las entrevistas que tuve con la coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019) ella me dijo: “Por ahí dicen que lo que uno hace por 13 o 15 días se te convierte en un hábito” porque para ella era un asombro que yo no estuviera enferma o hubiese tenido algún malestar estomacal por consumir agua subterránea de la cual no estaba acostumbrada a beber. Antes de regresar a Bogotá, Dorita me advirtió que tan pronto llegara a la ciudad me purgara para “sacar el agua de allá” (la subterránea) de mi organismo y así no tendría ninguna “maluquera” por mezclar aguas. Seguí la recomendación y efectivamente no tuve síntomas en mi estómago ni en mi piel relacionados con alguna enfermedad asociada con este recurso.

A raíz de esta experiencia, cada vez que viajo a la zona o a diferentes partes del país donde debo consumir agua de la que mi cuerpo no está acostumbrada, recuerdo la recomendación de

Dorita y así he evitado tener malestares estomacales. Como afirma Marina González, “la costumbre hace ley” y lo aprendido durante mi estadía en campo relacionado con el consumo del agua lo he incorporado como una regla de oro para no enfermarme en ninguno de mis viajes. Por ende, considero que mi experiencia personal con el consumo y las decisiones sobre los usos de los diferentes tipos de agua me llevó a compartir “distintas experiencias y no solo la de preguntar y observar” (García, 2013: 4) durante mi estadía en campo y a su vez, integrar en mi vida cotidiana lo aprendido durante mi experiencia etnográfica.

“Hacerse al agua”, adaptar sus cuerpos al consumo de este recurso, ya sea lluvia, subterránea o del San Jorge, ha sido y sigue siendo un proceso de ensayo y error en el que los artefactos tecnológicos han sido aliados para contrarrestar las afectaciones en la salud de las personas. A partir de estas experiencias, las mujeres han clasificado y clasifican el agua, al igual que determinan los usos que le designarán a cada una. Quienes prefieren consumir la del río, la destinan solo para este fin y dejan la del pozo para las demás labores del hogar; mientras otros, ya acostumbrados al agua subterránea la utilizan para todo y acuden al río solo en casos de emergencia, es decir, cuando falla el servicio de luz y no se puede encender la motobomba del pozo.

Finalmente, todos estos artefactos, elementos y recomendaciones adecuados para el tratamiento y relación con el agua se incorporan en prácticas cotidianas que a su vez, generan saberes particulares sobre la gestión de este recurso (Björkman, 2014; Rasmussen, 2015). Además, al desarrollarse a una escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015) se reivindica la producción y creación de saberes desde abajo que, a pesar de interlocutar con conocimientos científicos e institucionales provenientes de escalas nacionales e internacionales, se ajustan a las necesidades particulares de su contexto a nivel geográfico, social y cultural. Por ende, hacer énfasis en estos saberes y conocimientos de las mujeres en torno a los usos del agua (Ortíz, 2018) es central para esta investigación porque son un aporte valioso a la comprensión del tratamiento del agua para consumo humano desde un enfoque social y corporal. Asimismo, desde esta postura analítica busco resaltar la labor de las mujeres enfocada en la búsqueda, acceso y tratamiento del agua para consumo humano porque a partir de dichas acciones, ellas han creado una serie de mecanismos y saberes que contribuyen al bienestar y la salud de los integrantes de su familia y comunidad (Viveros, 1995).



Conclusiones

El final del recorrido

Hemos llegado al final de este viaje por las aguas del río San Jorge, en el que nos acercamos a las paradojas, decisiones y dilemas cotidianos frente al acceso, búsqueda y tratamiento del agua para consumo humano, en las que la organización socio-espacial de las comunidades y las experiencias corporales marcadas por el género fueron categorías centrales de este análisis. Como lo vimos, el río, la lluvia y el agua subterránea son las tres principales fuentes de abastecimiento diferenciado para las comunidades de El Torno, Venecia 1 y La Mancha 1. Esto se debe a que los habitantes han clasificado este recurso, a partir de sus experiencias sensoriales relacionadas con el color, el olor y el sabor del agua. Para la mayoría de las mujeres de la región, por ejemplo, si el agua no hace espuma al momento de lavar, es catalogada como mala, gruesa y generalmente se asocia con la que proviene del río o de los pozos subterráneos. En cambio, si es delgada, fresca y clarita es buena, refrescante y se puede utilizar para diferentes tareas del hogar y el consumo. Cabe resaltar que estas últimas características fueron asociadas a la lluvia, al río y al pozo subterráneo, por lo que evidencia que los significados que se le otorgan a cada una de estas fuentes de agua dependen de los gustos, experiencias y preferencias de quien la consume.

Las características atribuidas al agua como dulce, salada, mona, clarita, fresca, limpia, gruesa, delgada, entre otras, me permitió analizar el agua como un objeto no singular (Barnes y Alatout, 2012), el cual, desde su multiplicidad de componentes físicos, incide en la forma en que sus usuarios la recolectan, tratan y utilizan. Asimismo, las altas lluvias o las temporadas de sequía alteran el color, el sabor y el olor del agua del río, la lluvia y la subterránea, lo que a su vez genera que sus consumidores creen significados y usos diferenciados para cada una de ellas. Por esta razón, la materialidad del agua, y su relación con los sentidos y la experiencia espacial, fue una categoría relevante en este análisis antropológico, ya que evidencia los vínculos emocionales y culturales que se tejen alrededor de este recurso y en la creación de los valores que se le otorgan a la misma (Barnes y Alatout, 2012; Strang, 2019).

A lo largo de esta investigación, descubrí que estudiar el uso y la interacción humana con recursos naturales como el agua es un punto de partida interesante para realizar aportes al campo de la antropología ambiental. Sin embargo, considero que este trabajo es un referente para futuras indagaciones sobre la multiplicidad y materialidad del agua. Con el crecimiento reciente de los estudios interesados en la materialidad de la naturaleza, se pueden plantear futuras investigaciones antropológicas en las que se realice un análisis sobre las diversas experiencias humanas con las propiedades materiales del agua presentes en contextos particulares de acceso como el de La Mojana sucreña, y su influencia en la construcción de relaciones con agentes humanos y otros no-humanos.

Encontrarme con una variedad de clasificaciones y significados otorgados a las diferentes fuentes de agua me llevó a argumentar que las propiedades de este recurso no son fijas (Barnes y Alatout, 2012), al igual que los valores y significados (Orlove y Caton, 2010) que se le pueden

asignar. Además, las experiencias sensoriales que tienen las personas con el agua se desarrollan en un espacio determinado, ya que las formas en que se organizan las comunidades influyen en la recolección, el tratamiento y las relaciones con este recurso. Por esta razón, mi monografía de grado va más allá del estudio antropológico del agua como un recurso de consumo “vinculado con formas y relaciones de aprovisionamiento, distribución, uso y significación” (Camargo y Camacho, 2019: 10) porque integra las experiencias sensoriales y corporales marcadas por el género, junto a la categoría de organización espacial para comprender este fenómeno.

Hablar de organización espacial me brindó la posibilidad de integrar discusiones relacionadas con el espacio, en las que los objetos naturales, las prácticas y las relaciones sociales se suman para darle sentido, ya sea de pertenencia, propiedad y/o poder a un lugar determinado (Cresswell, 2014; Lefebvre, 2013; Nates, 2010). En este caso particular, el agua es un elemento central en la producción de relaciones y prácticas atadas a un espacio específico, y a su vez, incide en la forma en que se organizan las comunidades a orillas del San Jorge. Esto se debe a la estrecha relación que los habitantes tejen con esta arteria fluvial que les brinda conexión, no solo con sus vecinos, sino también con el comercio, la pesca, el acceso al agua y las tierras fértiles para cultivar.

A partir del acceso diferenciado al agua subterránea en cada una de las veredas, logré acercarme a lo que analíticamente se denomina como usos políticos del agua (Bocarejo, 2018), es decir, las relaciones, entrelazamientos y ordenamientos cotidianos con otras personas, animales, plantas y objetos. Uno de los que identifiqué fue la idea del agua como un recurso escaso (López, 2016) que requiere restricción en su acceso y uso. Como lo describí en el primer capítulo, las Juntas de Acción Comunal de El Torno y La Mancha 1 moldean las rutinas que involucran este recurso. Aunque los habitantes de estas veredas están asentados a orillas del San Jorge, consumir de sus aguas no es recomendable por la contaminación, porque como afirma Uvaldo López “el río es el basurero acá en la costa”. Por ende, el agua subterránea es catalogada como una de las más aptas para el consumo humano y debe ser utilizada con cautela para que no se agote. Por su parte, las personas de Venencia 1 al tener un pozo subterráneo por parcela, establecen sus propios horarios de bombeo y la cantidad de agua que requieren para las actividades diarias de cada hogar.

Además de reconocer una materialidad múltiple y diversidad de significados del agua, este recurso está relacionado con otros elementos y procesos que no están simplemente en el medio, sino también en escalas nacionales como la cobertura y prestación del servicio de energía. Recordemos que las personas de las tres veredas investigadas deben contar con el servicio de energía eléctrica que les permite, por medio de motobombas, extraer el agua subterránea. En El Torno sus habitantes deben dar un aporte económico para el pago mensual de la energía que consume la motobomba, pero no todos lo hacen dentro de los tiempos establecidos. Esto ha generado que la Junta de Acción Comunal decida no bombear por algunos días con el fin de incentivar el pronto pago y prestar el servicio a toda la comunidad. Esta estrategia generó que el acceso al agua esté mediado por el pago de energía y que se establezca una relación económica entre este recurso y los habitantes de la vereda. Aunque no fue el foco de mi

investigación, considero que analizar la relación entre agua y consumidor bajo las categorías de ciudadanía y acceso a derechos, puede ser una línea de estudio futuro interesante relacionada con el campo de la antropología del estado.

Ahora bien, para sortear el acceso a un agua apta para el consumo humano los habitantes utilizan algunos elementos como toldillos, paños y tinajas, y tras la llegada de organizaciones internacionales a la región, integraron filtros y tanques para el almacenamiento y tratamiento de este recurso. Todos estos elementos los entendí como artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) porque a partir de su uso en una tarea específica, dejan de ser meramente objetos e incluso, se convierten en extensiones del cuerpo para acceder, tratar y crear saberes relacionados con el agua apta para el consumo. A través de estos artefactos tecnológicos, los habitantes no solo extienden su cuerpo al ambiente, sino que también se vinculan a unos discursos y prácticas de desarrollo de alcance global. Las personas de esta región ensamblan esas tecnologías que vienen de afuera con las propias para dar una solución al acceso al agua. Este proceso de ensamblaje es clave porque complejiza la idea del “saber local” debido a que es un producto configurado desde diferentes escalas, saberes y elementos de origen geográfico y político distinto.

Durante mi trabajo de campo, me acerqué etnográficamente a algunas tecnologías del agua como los filtros, las tinajeras, el cloro en piedra, los paños de tela en la pluma, los toldillos, los tanques, las motobombas, las tejas de zinc y las mangueras. A partir de este acercamiento, logré observar la forma en que estos elementos constituyen representaciones del agua y dan forma a las relaciones de los humanos con este recurso (Bønnelykke, 2016). Cada una de estas tecnologías cumple un papel, ya sea para el acceso o el tratamiento del agua, y se ajustan a las variabilidades de este recurso y a las preferencias de sus consumidores. Las tinajas o tinajeras tienen un significado más allá de lo utilitario porque involucra memorias, saberes y vínculos familiares. Esto se debe a que han sido heredadas por generaciones y son catalogadas como una de las herramientas predilectas, principalmente de los mayores, para almacenar, filtrar y mantener fría el agua para el consumo humano.

En el caso de las mangueras, estas funcionan como dispositivos tecnológicos (López, 2016) porque ayudan a transportar el agua a diferentes puntos y a su vez, funcionan como una relación social porque teje vínculos vecinales que permiten el acceso al agua. La movilidad y conexión que posibilitan las mangueras en este contexto forjan las relaciones entre las personas y el mundo natural (Bønnelykke, 2016; Verbeek, 2006) y a su vez, facilitan la distribución del agua para las diferentes tareas del hogar. A partir de este acercamiento etnográfico, situé a las tecnologías del agua en el ámbito de lo social y lo corporal, lo cual me aproximó a los saberes que las personas han construido desde la experiencia con dichos artefactos, a las formas en que afrontan los cambios socioambientales que se presentan en contextos como el de La Mojana y a los desafíos para acceder a un agua apta para consumir en medio de una planicie inundable.

Desarrollar mi análisis a escala del hogar (Lahiri-Dutt, 2015) me condujo a un acercamiento a las prácticas cotidianas que, sin duda, están permeadas por el uso del agua. Aunque algunos autores consideran que “las prácticas de consumo de agua en los hogares son unidades de

observación empíricas, pero no unidades de explicación conceptual (Evans et al., 2012)” (Lahiri-Dutt, 2015: 645), en esta investigación sí lo fueron en dos vías. La primera es que me basé en el concepto del hogar como “una unidad social fundamental para agrupar y compartir recursos” (Wutich et al., 2017: 2), y que, a su vez, funciona como punto de partida de las prácticas relacionadas con el agua como la limpieza, la hidratación y los usos sanitarios (Martínez & Minaverri, 2008). La segunda, es que dichas prácticas de consumo de agua en los hogares integran elementos situados en escalas nacionales, como el acceso al servicio de energía para que funcione la motobomba del pozo subterráneo, y a nivel internacional con los proyectos de adaptación al cambio climático que han llegado a la zona. Este encuentro entre lo local, lo nacional y lo internacional me permitió comprender que la búsqueda, el acceso y el tratamiento del agua conecta diferentes escalas, instituciones e intereses (Rasmussen, 2015), facilitando que se geste un diálogo e interacción multiescalar en la construcción de saberes y en la adopción y adaptación de tecnologías del agua.

De igual forma, al hacer énfasis en las prácticas relacionadas con el acceso, tratamiento y consumo del agua, a escala del hogar, tuve la posibilidad de conocer una serie de saberes creados desde las experiencias corporales cotidianas con este recurso. Dichas experiencias provienen principalmente de las mujeres quienes son las encargadas de recolectar y transformar el agua en apta para el consumo, pues son catalogadas como las administradoras del agua en el hogar (Sultana et al., 2016). Asimismo, estos saberes que nacen de abajo hacia arriba (Lahiri-Dutt, 2015) son claves para desarrollar políticas más cercanas a las necesidades de la gente y sostenibles socialmente. Es importante resaltar que dicha producción desde abajo se gesta a partir de un ensamblaje de conocimientos, herramientas, formas de hacer y significados, que incluyen lo científico, que se gesta en la vida cotidiana de las personas.

Ahora bien, cargar el agua del río y transportarla hasta sus casas genera un desgaste físico, especialmente en los pies, piernas y espalda, de las mujeres de la vereda El Torno porque allí se mantiene el consumo de las aguas del San Jorge. Ellas asumen este desgaste con el fin de evitar que los otros miembros de sus familias pasen por un malestar estomacal al consumir agua subterránea, y actúan bajo la lógica del rol de responsables de abastecer y tratar este recurso, velar por su calidad y la salud de los integrantes del hogar (Sultana, 2011; Viveros, 1995). Por esta razón, la noción de cuerpo para otros como “un espacio siempre dispuesto a cagar, y a recibir al otro” (Lagarde, 2001: 382) me permitió analizar las cargas sociales y físicas que reciben las mujeres por este rol impuesto socialmente. Asimismo, el título de mi segundo capítulo “La autobomba se cansó” recoge estas reflexiones porque hace explícita la experiencia de las mujeres que utilizan su cuerpo como herramienta (Le Breton, 2019) para acceder a este recurso y a su vez, reconoce el desgaste que les genera realizar diariamente esta tarea (Lagarde, 2001).

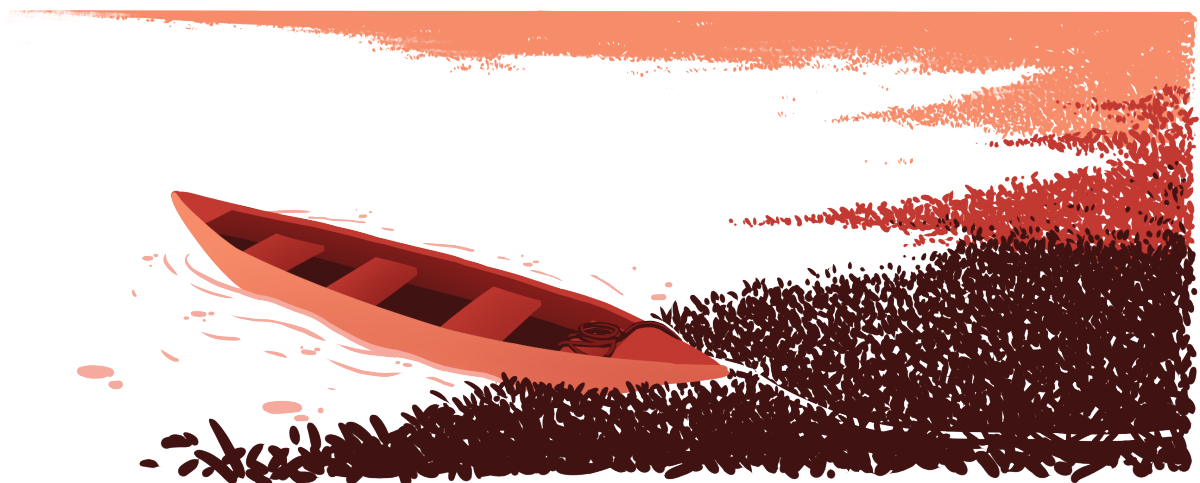
Tener en cuenta las experiencias corporales de las mujeres para comprender el acceso al agua es un elemento clave en esta investigación porque me brindó tener un acercamiento etnográfico al papel de las mujeres como administradoras y proveedoras de este recurso y a su vez, reivindicar la importancia de sus esfuerzos en el desarrollo de las actividades del hogar relacionadas con el agua. Asimismo, hacer énfasis en las experiencias de las mujeres con el

agua contribuye a la discusión de la producción de saberes y tecnologías asociadas con este recurso, desde una escala del hogar, los cuales deben ser tenidos en cuenta al momento de realizar proyectos de intervención y planes de gestión del agua en zonas de difícil acceso a este recurso. De esta forma, se desarrollarían procesos más cercanos a las necesidades y expectativas de los habitantes y se resaltaría la validez de los procesos creados por la población que día a día sortea, desde la experiencia corporal, las paradojas del acceso al agua para consumo humano. En la misma línea de análisis en la que las experiencias corporales y los conocimientos de las mujeres relacionados con el agua son el centro del debate, integrar categorías como medio ambiente y desarrollo (Rico, 1998; Arellano, 2003), generaría una línea de investigación, poco explorada en esta monografía. Desde esta nueva arista analítica, se podría indagar la importancia de integrar la igualdad social y de género en ámbitos como la sustentabilidad ambiental (Arellano, 2003), en los que la participación de las mujeres no sea un agregado sino un elemento central y equitativo en proyectos de intervención como los que actualmente se ejecutan en La Mojana sucreña.

Hilado a las discusiones sobre el cuerpo y las experiencias corporales, mi trabajo de campo me brindó la siguiente categoría de análisis para estudiar la relación cuerpo-agua: *las enfermedades hídricas*. Según Dulima Pérez, coordinadora de Salud Pública de la Alcaldía de San Marcos (2016-2019), las enfermedades hídricas hacen referencia a las que “se adquieren por consumo de agua que está en mal estado o contaminada”. En el caso de las comunidades del bajo San Jorge, recordemos que el mercurio es uno de los elementos contaminantes que predomina y que para muchos de sus habitantes “el que está contaminado con mercurio es el pescado y no el agua”. Esta situación genera unas relaciones de convivencia particular con este elemento contaminante, en las que no se dimensiona la gravedad de las afectaciones que a futuro pueden generar en el cuerpo y en la salud. Por ende, considero como línea de investigación futura analizar la relación mercurio-cuerpo, desde la antropología de la salud, para comprender el acceso al agua como un fenómeno en el que se integran enfermedades y malformaciones en el cuerpo de las personas por consumo de agua con mercurio.

Ahora bien, siguiendo con los hallazgos respecto a la relación cuerpo-agua es importante resaltar la noción de adaptación. Con mi trabajo de campo encontré que este proceso se da en doble vía, pues el agua es filtrada, hervida y tratada con cloro para transformarla en apta para el consumo humano; no solo es el cuerpo el que se tiene que adaptar a ella, aunque adaptar el cuerpo también juega un papel central en el proceso de acceder y consumir este recurso. Estos procesos responden a una lógica de las tecnologías para el tratamiento del agua que básicamente consiste en adaptar el agua al cuerpo humano, para que ésta pueda ser consumida y utilizada en diferentes labores que involucran lo corporal. A su vez, los consumidores tienen que “hacerse al agua” para que sus cuerpos resistan y se acostumbren al uso de las fuentes de agua a las que pueden acceder. Para ello, las experiencias corporales de las personas se convierten en conocimiento corporizado (García, 2013), que funciona como base para la toma de decisiones frente al abastecimiento y para la construcción de saberes relacionados con el tratamiento de este recurso.

A partir de lo anterior, los habitantes de las veredas investigadas han construido una imagen del cuerpo en relación con cada tipo de agua (Le Breton, 2002; Sultana, 2014) y a su vez, han adoptado y transformado artefactos tecnológicos (Verbeek, 2006) que les han ayudado en los procesos de acceso y transformación de este recurso. Dichas tecnologías han sido, en su mayoría, entregadas por instituciones nacionales e internacionales, pero es clave resaltar que las personas las someten a un proceso de valoración para adaptarlas o ajustarlas a sus necesidades. Por esta razón, quiero enfatizar en la importancia de tener en cuenta y comprender qué es lo que hacen los habitantes de esta región con dichas tecnologías, conocimientos y herramientas entregadas por estas organizaciones, cómo las ensamblan con otros elementos y saberes propios creados desde la experiencia y cómo toman decisiones sobre el uso y manejo de esas nuevas tecnologías. De esta forma, se podrá gestar una reflexión sobre el diálogo entre preceptos técnicos y saberes locales sobre la gestión del agua y cómo el resultado de dicho diálogo aportaría en la mitigación de las consecuencias generadas por el incumplimiento del derecho fundamental al agua en contextos de vulnerabilidad como el de La Mojana sucreña.



Referencias

- Aguilar, M (2004). “La Mojana: riqueza natural y potencial económico” en *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, No. 48, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) Cartagena: Banco de la República.
- Arellano, Rosa (2003). “Género, medio ambiente y desarrollo sustentable: un nuevo reto para los estudios de género” en *Revista de estudios de género: La Ventana* 17 (2), 79-106. Universidad de Guadalajara.
- Auyero, J., & Swistun, D. (2007). “Expuestos y confundidos. Un relato etnográfico sobre sufrimiento ambiental”. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* (28), 137-152. <https://doi.org/10.17141/iconos.28.2007.216>
- Banco Mundial. (2012). *Análisis de la gestión del riesgo de desastres en Colombia: Un aporte para la construcción de políticas públicas*.
- Barnes, J., & Alatout, S. (2012). Water worlds: Introduction to the special issue of social studies of science. *Social Studies of Science*, 42(4), 483-488.
- Beaud, S. (2018). El uso de la entrevista en las ciencias sociales. En defensa de la entrevista etnográfica. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 175-218. <https://doi.org/10.22380/2539472X.388>
- Björkman, L (2014). Un/known Waters: Navigating Everyday Risks of Infrastructural Breakdown in Mumbai. *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 34 (3), 497-517. <https://doi.org/10.1215/1089201X-2826061>
- Bocarejo Suescún, D. (2018). Gobernanza del agua: Pensar desde las fluctuaciones, los enmarañamientos y políticas del día a día. *Revista de Estudios Sociales No.35*, 63, 111-118. <https://doi.org/10.7440/res63.2018.09>
- Bønnelykke, M. L. (2016). The Affects of Water—The Materialized Morality of Wells, Pipes, and Pumps in Tarawa, Kiribati. *Society & Natural Resources*, 29(6), 668-680. <https://doi.org/10.1080/08941920.2015.1107791>
- Brocklehurst, C. (2012). “Water, sanitation, hygiene and the millennium development goals” en Bigas, H. (2012). *The Global Water Crisis: Addressing an Urgent Security Issue*. Papers for the InterAc on Council. Hamilton, Canada: UNU-INWEH. (84-93).
- Camacho, Juana (2018). *En el camino a la Gloria se pasa por la Mancha*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- Camargo, Alejandro y Camacho, Juana (2019). «Convivir con el agua». *Revista Colombiana de Antropología* 55(1):07-25.
- Camargo, A. (2009). Una tierra bondadosa: *progreso* y recursos naturales en la región del río San Jorge, siglo XX. *Historia Crítica*, (37), 170-191. <https://doi.org/10.7440/histcrit37.2009.09>
- Cresswell, T. (2004). *Place: A short introduction*. Blackwell Pub.
- DANE (2011). *Reporte final de áreas afectadas por inundaciones 2010-2011*. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/noticias/Reunidos_presentacion_final_areas.pdf
- Emerson, R. et al. (1995). In the field: Participating, observing and jotting notes. En: *Writing Ethnographic fieldnotes* (Cap 2) Chicago: The University of Chicago Press. P.p. 17-30.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo: Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Bellaterra.
- Fals Borda, Orlando (1984) *Historia doble de la costa*, tomo III: Resistencia en el San Jorge. Primera edición. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- García, Noelia (2013). La autoetnografía. Una experiencia de corporalidad en la investigación sociológica. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Gómez, A., & Rodríguez, G. A. (2013). *El derecho fundamental al agua: Desde el derecho ambiental y los servicios públicos domiciliarios* (Primera edición). Universidad del Rosario: Legis.
- Green Climate Fund (2017). Mejorando las prácticas de gestión del agua resilientes al cambio climático para las comunidades vulnerables en La Mojana. Marco de Gestión Ambiental y Social.
- Guber, R. (2001). “Introducción y Capítulo 1.” En: *La Etnografía, método campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma. Pp. 11 – 40.
- Guber, R. (2005). “La observación participante: nueva identidad para una vieja técnica” & ;.”A modo de ejercitación”. En: *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 171-188 / 275-289.
- Huertas, Henry (2006). *San Marcos del Carate: Historia social de un pueblo anfibio*. Lealon.
- IDEAM (2014). *Actualización del componente Meteorológico del modelo institucional del IDEAM sobre el efecto climático de los fenómenos El Niño y La Niña en Colombia*,

como insumo para el Atlas Climatológico. Recuperado de:
<http://www.ideam.gov.co/documents/21021/440517/Actualizacion+Modelo+Institucional+EI+Ni%C3%B1o+-+La+Ni%C3%B1a.pdf/02f5e53b-0349-41f1-87e0-5513286d1d1d>

IDEAM (2019). *Estudio Nacional del Agua 2018*. Bogotá: Ideam: 452 pp.

Ingold, Tim (2000). "Society, nature and the concept of technology" in *The perception of the Environment*. PÁGINAS: 312-322

Jociles Rubio, M. I. (2018). La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 121-150. <https://doi.org/10.22380/2539472X.386>

Kakar, K, y Thomas, V. (2012). "Water governance reform in Afghanistan: early lessons for a water-secure future" en Bigas, H. (2012). *The Global Water Crisis: Addressing an Urgent Security Issue*. Papers for the InterAc on Council. Hamilton, Canada: UNU-INWEH. (110-120).

Lagarde, M. (2001). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. UNAM.

Lahiri-Dutt, Kuntala (2015). Scaling Down: Researching Household Water Practices. En *An International E-Journal for Critical Geographies*, 14(3), pp. 639-351.

Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.

Le Breton, D. (2019). *Antropología del dolor* (1.^a ed.). Metales Pesados. <https://doi.org/10.2307/j.ctvvh86m7>

Lefebvre, H. (2013). "El espacio social" en *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing (1): 125-216.

Lemmonier (2002) Technology: *techniques and representations*. 544-547.

López, Marcela (2016). *Paisajes hídricos en disputa: agua, poder y fragmentación urbana en Medellín*. Medellín: Confiar.

Martínez, A., & Minaverri, C. M. (2008). Las Cuestiones De Género Y El Derecho Humano Del Agua. *La Aljaba, Segunda Época. Revista de Estudios de La Mujer*, 12, 257–259

Massey, D. B. (1994). *Space, place, and gender*. University of Minnesota Press.

- Mendoza Fragoso, A. (2019). Ontologías del agua y relaciones de poder en torno al paisaje hídrico en el territorio indígena mazahua del estado de México. *Revista Colombiana De Antropología*, 55(1), 91-118. <https://doi.org/10.22380/2539472X.572>
- Mennelli, Yanina y Rodríguez, Manuela. (2018). “Introducción: La corporalidad en cuestión. Alcances teóricos, metodológicos y políticos de la antropología del cuerpo en la actualidad”, *Claroscuro. Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural* 17: 1-19.
- Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. (2012). *Reducción del riesgo y de la vulnerabilidad frente al cambio climático en la región de La Depresión Momposina en Colombia*.
- Nates, Beatriz. (2010). Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio. *Revista Co-herencia*, 8 (14), 209-229.
- Nye, D. E. (2006). *Technology matters: Questions to live with*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- Orlove, B., & Caton, S. C. (2010). Water sustainability: Anthropological approaches and prospects. *Annual Review of Anthropology*, 39, 401-415.
- Orlove, Ben y Rasmussen, Mattias Borg (2017) Virtual Issue-Anthropologists exploring water in social and cultural life: *Introduction. American Anthropologist*. Website: [http://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/hub/journal/10.1111/\(ISSN\)1548-1433/exploring-water.html](http://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/hub/journal/10.1111/(ISSN)1548-1433/exploring-water.html)
- Pangare, G, & Idris, L. (2012). “Water and health security” en Bigas, H. (2012). *The Global Water Crisis: Addressing an Urgent Security Issue*. Papers for the InterAc on Council. Hamilton, Canada: UNU-INWEH. (76-83).
- Quiroga, C., & Vallejo, D. (2019). Territorios de agua: Infraestructura agrícola, reforma agraria y palma de aceite en el municipio de Marialabaja (Bolívar). *Revista Colombiana de Antropología*, 55(1), 59-89. <https://doi.org/10.22380/2539472X.570>
- Rasmussen, M. (2015). “Introduction: a sense of urgency” in *Andean waterways: Resource politics in highland Peru*, University of Washington Press: 3-22.
- Rico, María Nieves (1998). *Género, medio ambiente y sustentabilidad del desarrollo*. Serie Mujer y Desarrollo. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas: Santiago de Chile.
- Sáenz, J. D. (2008). Temas de reflexión en la intervención social. *Revista CS*, (1), 189-215. <https://doi.org/10.18046/recs.il.406>

- Scott, James (1990). “Detrás de la historia oficial”. En: Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos. Ed. Era. pp. 23-40.
- Secretaría de Salud de San Marcos. (2018). *Análisis de situación de salud con el modelo de los determinantes sociales de salud. Alcaldía municipal de San Marcos, Sucre. 17, 177.*
- Strang, V. (2019). Relaciones infraestructurales: agua, poder político y el surgimiento de un nuevo régimen despótico. *Revista Colombiana De Antropología, 55(1), 167-212.* <https://doi.org/10.22380/2539472X.575>
- Sultana, F. (2010). Living in hazardous waterscapes: Gendered vulnerabilities and experiences of floods and disasters. *Environmental Hazards, 9 (1), 43-53.* <https://doi.org/10.3763/ehaz.2010.SI02>
- Sultana, F (2011). Suffering for water, suffering from water: Emotional geographies of resource access, control and conflict. *Geoforum, 42 (2), 163-172.* <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2010.12.002>
- Sultana, F. (2014). Gendering Climate Change: Geographical Insights. *The Professional Geographer, 66(3), 372-381.* <https://doi.org/10.1080/00330124.2013.821730>
- Sultana, Farhana, Chandra Talpade Mohanty and Sarah Miraglia. (2016). “Gender Equity, Citizenship, and Public Water in Bangladesh” en *Making Public in a Privatized World*, David McDonald (Ed.) Zed Books, UK. Pp. 149-164.
- Sultana, F. (2018). Gender and Water in a Changing Climate: Challenges and Opportunities. En C. Fröhlich, G. Gioli, R. Cremades, & H. Myrntinen (Eds.), *Water Security Across the Gender Divide* (pp. 17-33). https://doi.org/10.1007/978-3-319-64046-4_2
- Sultana, F. (2020). Embodied Intersectionalities of Urban Citizenship: Water, Infrastructure, and Gender in the Global South. *Annals of the American Association of Geographers, 1-18.* <https://doi.org/10.1080/24694452.2020.1715193>
- Ulloa, A. y Romero, Hugo. (2018). “De aguas “naturales” a aguas politizadas” en *Agua y disputas territoriales en Chile y Colombia*, Universidad Nacional: 527-538.
- Vélez Torres, I., Rátiva Gaona, S., & Varela Corredor, D. (2012). Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía, 21(2), 59-73.* <https://doi.org/10.15446/rcdg.v21n2.25774>
- Verbeek, Peter-Paul. (2006) Materializing Morality: Design Ethics and Technological Mediation. *Science, technology, & Human Values, 31 (3), 361-380.*

- Viveros, M. (1995). Saberes y dolores secretos. Mujeres, salud e identidad. En M. León de Leal, L. G. Arango, & M. Viveros (Eds.), *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (1. ed, pp. 149-168). Ediciones Uniandes : Facultad de Ciencias Humanas : TM Editores.
- Von Schnitzler, A. (2008). Citizenship Prepaid: Water, Calculability, and Techno-Politics in South Africa. *Journal of Southern African Studies*, 34 (4), 899-917. <https://doi.org/10.1080/03057070802456821>
- Walsh, Casey. (2018). “Waters/Cultures” in *Virtuous Waters: mineral springs, bathing, and infrastructure in Mexico*. University of California Press: 1-14.
- Wutich, A., & Brewis, A. (2014). Food, Water, and Scarcity: Toward a Broader Anthropology of Resource Insecurity. *Current Anthropology*, 55(4), 444-468. <https://doi.org/10.1086/677311>
- Wutich, A. et.al (2017). *Advancing methods for research on household water insecurity: Studying entitlements and capabilities, socio-cultural dynamics, and political processes, institutions and governance in Water Security*: <https://doi.org/10.1016/j.wasec.2017.09.001>
- Yates, Julian S; Harris, Leila M; Wilson, Nicole J. (2015) Multiple ontologies of water: Politics, conflict and implications for governance. *Environment and Planning D: Society and Space*. DOI: 10.1177/0263775817700395.